

MEMORIA DE CHILE / CIUDADES

Santiago de memoria

Roberto Merino



PLANETA

ROBERTO MERINO nació en Santiago en 1961. Estudió en el Instituto Nacional y literatura en la Universidad de Chile, donde se graduó con una tesis sobre la obra del poeta Juan Luis Martínez. Ha publicado dos libros de poesía: *Transmigración* (Ediciones Archivo, 1987) y *Melancolía artificial* (Ediciones Carlos Porter, 1997). Fue coautor del libro *Chilenos universales* (Planeta/La Máquina del Arte, 1995).

Ha trabajado en las revistas *Apsi*, *Don Balón* y *Paula*. Desde octubre de 1995, *Hoy* publica semanalmente sus columnas sobre el tema de Santiago.

Actualmente es editor de la revista *Patagonia*.

ROSALEA MÉRINO

SANTIAGO
DE MEMORIA

DE MEMORIA

ILUSTRACIONES DE
NATALIA BABAROVA

PLANETA

Memoria de Chile/Ocupados

ROBERTO MERINO

SANTIAGO DE MEMORIA

ILUSTRACIONES DE
NATALIA BABAROVIC

PLANETA

Memoria de Chile/Ciudades

Obra patrocinada por



Municipalidad
de Santiago



Corporación
del Patrimonio
Cultural

SANTIAGO DE MEMORIA

© Roberto Merino

Inscripción N° 100.995 (1997)

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© Editorial Planeta Chilena S.A.

Olivares 1229, 4° piso, Santiago (Chile)

© Grupo Editorial Planeta

ISBN 956-247-185-3

En portada: Edificio de la antigua farmacia Bentjerodt, en la esquina
sur oriente de las calles Estado con Merced. Oleo de Natalia Babarovic

Diseño de cubierta e interiores: Patricio Andrade

Composición: Salgó Ltda.

Primera edición: septiembre 1997

Impreso en Chile por
Andros Ltda.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

INDICE

<i>Santiago. Avistamiento de una ciudad</i>	11
<i>Europeos en el viejo Santiago. VIAJEROS EN EL FIN DEL MUNDO</i>	13
<i>Puente de Cal y Canto. LA SANGRE LLEGÓ AL RÍO</i>	15
<i>Cal y Canto II. LA CAÍDA DEL GIGANTE</i>	17
<i>Un libro santiaguino. ARENAS DEL MAPOCHO</i>	19
<i>Santiago demolido. EL NINGUNEO DE LA MEMORIA</i>	22
<i>Las calles y sus patronos. VIDAS DIVERGENTES</i>	24
<i>Calles santiaguinas. LOS MISTERIOS DEL NOMBRE</i>	26
<i>Personajes del tiempo ido. LOS CONOCIDOS DE SIEMPRE</i>	28
<i>Personajes del presente. LA CORTE DE LOS MILAGROS</i>	31
<i>Calles bautizadas de fechas. EL CALENDARIO INFATIGABLE</i>	35
<i>Joaquín Toesca, "Creador de Santiago". LA EDAD DE LA TIÑA</i>	37
<i>Iglesia San Francisco y alrededores. TONADA DE MEDIANOCHE</i>	39
<i>Edificio de la Farmacia Bentjerodt. TRES CAMIONADAS DE PALOMAS</i>	42
<i>Baños públicos. DE CHAURRINAS A VESPASIANAS</i>	44
<i>Santiago ruidoso. LA MECA DE LA BULLA</i>	46
<i>Monumento al pueblo aborigen. LO FEO</i>	48
<i>Palacio de La Alhambra. EL SUEÑO DE UN MINERO</i>	51
<i>San Antonio. DE AMOR Y DE SMOG</i>	53
<i>Calle Esmeralda. RAMALAZOS DEL SANTIAGO NOCTURNO</i>	55
<i>Plaza de La Merced. LA ESQUINA DE LA MAMITA</i>	58
<i>Merced 738. RECUERDOS DE UN PETORQUINO</i>	60
<i>Cerro Santa Lucía. EL BASTIÓN DE LOS BESUCONES</i>	63
<i>Calle Santa Lucía. TELEFONAZOS EN LA NOCHE</i>	65
<i>Calle Santa Rosa. EL CAMINO DE LAS MATADAS</i>	67
<i>Casa de los Diez. EL FANTASMA DE LA DEMOLICIÓN</i>	69
<i>Calle Lira. VÍRGENES Y LENTEJUELAS</i>	72

<i>San Isidro. DE LA PELOTA AL COLEMONO</i>	74
<i>Calle Portugal. LOS HOYOS DE LA OLLERÍA</i>	76
<i>Barrio Lastarria. TINTINEOS DEL DÍA Y DE LA NOCHE</i>	79
<i>Calle Irene Morales. DEL CERO AL CIEN</i>	82
<i>Parque Forestal. LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO</i>	84
<i>Juventud y Circo. FIEBRE DE SÁBADO EN LA TARDE</i>	86
<i>Palacio Bruna. UN SUEÑO RECOBRADO</i>	88
<i>Remodelación San Borja. PICOS GEMELOS</i>	91
<i>Estatuas de Santiago. LOS CONVIDADOS DE PIEDRA</i>	93
<i>Rebeca Matte. BLANCO DE TODAS LAS FLECHAS DE LA AUSENCIA</i>	95
<i>Calle Pío Nono. EL ÚLTIMO VIA CRUCIS</i>	97
<i>Maruri. LA CALLE DEL CREPÚSCULO</i>	99
<i>Calle del Arzobispo. EL SOL EN LA PIEL</i>	102
<i>Zona estación Mapocho. UN OJO EN LA VEREDA</i>	104
<i>Río Mapocho. VIDA Y PASIONES DE UN CAMALEÓN</i>	106
<i>Calle San Martín. KARMA DE BARRIO CHINO</i>	108
<i>Palacio Errázuriz. EL HOGAR DE UN MÍSTICO</i>	110
<i>Calle Maturana. EL FANTASMA DE SARA BELL</i>	113
<i>Calle República. ESPARTA Y ATENAS</i>	115
<i>Portal Fernández Concha. SCHUBERT EN EL LABERINTO</i>	117
<i>Plaza Yungay. EL CONFÍN DEL ROTO PARISINO</i>	119
<i>Calle Mapocho. LA RIBERA SECA</i>	122
<i>Calle Matucana. LA FRONTERA DE LOS BRAVOS</i>	124
<i>Plaza Almagro. JARDINES DE ARRABAL</i>	126
<i>Conventillos. EMPACADOS EN EL TIEMPO</i>	128
<i>Calle Cóndor y Plaza Huemul. POR LA RAZÓN O LA FUERZA</i>	130
<i>Avenida Matta. EL CASO DE LOS 50 CHANCHOS</i>	132
<i>Parque O'Higgins. COUSIÑO EN LA MEMORIA</i>	135
<i>Fiestas del dieciocho. DE AQUÍ NO SE LIBRA NADIE</i>	137
<i>Estación Central. UN GALPÓN METAFÍSICO</i>	142
<i>Chuchunco. ARRABAL AMARGO</i>	144
<i>Quinta Normal. HISTORIAS DE PELAGATOS</i>	147
<i>Cerro San Cristóbal. CAMINO DE PERFECCIÓN</i>	149
<i>Calle Olivos e inmediaciones. ZONA DE LOCOS</i>	152

<i>Cementerio General.</i> EL PATIO DE LOS CALLADOS	154
<i>Avenida Independencia.</i> UN MILAGRO EN LA RESOLANA	156
<i>Vivaceta.</i> EL REINO DE LA CARLINA	158
<i>Santiago aburrido.</i> EL CÍRCULO DE LOS ERIZADOS	160
<i>Pájaros de ciudad.</i> EL DERECHO A ALETEO	163
<i>La noche santiaguina.</i> UN FLASH EN LA OSCURIDAD	168
<i>Llano Subercaseaux.</i> MÚSICA DE CÁMARA	170
<i>San Miguel.</i> LUCES Y SOMBRAS DE LO MIRA	173
<i>Pedreros.</i> UN FOGONAZO ENTRE LAS ZARZAS	175
<i>Avenida Pedro de Valdivia.</i> LA TROMPETADA DEL JUICIO FINAL	177
<i>Irarrázaval.</i> LA VIDA CONTINÚA	179
<i>Grecia-Macul.</i> A LA SOMBRA DEL PEDAGÓGICO	181
<i>Ñuñoa.</i> DE ÑUÑO HUE A ÑUÑO R K	184
<i>Tobalaba.</i> RECUERDOS DE TODALAGUA	186
<i>Plaza Egaña.</i> ZONA DE NADIE	188
<i>Canal San Carlos.</i> MISTERIOS DE AGUAS TURBIAS	190
<i>Emilia Téllez.</i> RASPANDO LAS MURALLAS	192
<i>Plaza Las Lilas.</i> NUNCA EN DOMINGO	195
<i>Avenida Providencia.</i> UN TOQUE DE DISCRECIÓN	197
<i>Providencia, 1897-1997.</i> LA ESTRELLA DEL ORIENTE	200
<i>Plaza de la India.</i> LA NADA	202
<i>Puente Rac-Alamac.</i> EL ARCO DE LOS FALSOS SUICIDAS	204
<i>Barrio El Golf.</i> AIRES DE FAMILIA	207
<i>El Bosque Norte.</i> GULA Y CELULARES	210
<i>Caminata a Apoquindo.</i> LA RUTA DE LOS TIPÓGRAFOS	212
<i>Vitacura-Oeste.</i> LA FRONTERA DEL CURACA	214
<i>Parque Los Dominicos.</i> 300 AÑOS DE INDULGENCIA	216
<i>La Dehesa.</i> LA VENGANZA DE LOS GUAYCOCHES	218
<i>La Reina.</i> DONDE EL DIABLO PERDIÓ EL PONCHO	221
<i>Pirque.</i> EL DIABLO EN SU CASILLERO	224
Ensayo de despedida.	
<i>Una ciudad abierta a los cuatro vientos</i>	227



AVISTAMIENTO DE UNA CIUDAD

Perdersé en la ciudad es una manera razonable de conocerla. En los últimos años de su vida, Enrique Lihn se perdía deliberadamente en los barrios menos recomendables de Nueva York. Caminando por esas calles peligrosas —donde la vida valía poco— tenía la sensación de volverse invisible. Tal era su necesidad de ver lo que la ciudad ofrecía a su retina de poeta de paso. El cine ha usado más de una vez el foco del personaje perdido, que deriva por las calles al arbitrio de una lógica ajena, la de la ciudad. Recuerdo una película —probablemente no muy buena— estructurada sobre la exacerbación de esa idea: una pareja de afuerinos se extraviaba, de noche, en Chicago. En el trasfondo, y se diría que con indiferencia al drama de los protagonistas, aparecían en sucesión avenidas vacías, negocios cerrados, departamentos miserables y redes de alcantarilla. *After hour*, de Scorsese, y —en Santiago— *Largo viaje*, de Patricio Kaulen, son variaciones generales del tema.

La ciudad se revela igualmente ante el ocioso que se entretiene aplanando las veredas y observando con cierta indolencia a la infatigable fauna que día a día se renueva en plazas, micros y restaurantes. Semejante modelo es parcialmente favorable a estas crónicas. No es novedad que Roberto Arlt lo aplicó en sus entrañables *Aguafuertes porteñas*.

Es curioso que los escritores santiaguinos tradicionalmente no hayan querido darle a Santiago un lugar eficaz entre sus páginas. Animados por obsesiones más fuertes, no han tenido —al decir de Luis Oyarzún— ni sensibilidad visual ni una conciencia libre para *aceptar el mundo*. Han sido, por tanto, mayoritariamente ciegos a los matices oscilantes de la realidad urbana. La lista de las excepciones la encabeza Edwards Bello cuya semblanza del barrio Borja a principios de siglo aún nos ilumina como una lámpara sórdida. Hay también un Santiago muy vivo en *El río*, de

Gómez Morel, novela de involuntaria estructura junguiana. Y, más que en ninguna otra parte, en las memorias de Ricardo Puelma, que llevan el hermoso título de *Arenas del Mapocho*.

Con el apoyo de un lugar común literario, entiendo la ciudad —Santiago, en este caso— como un misterio. Un misterio a la orden del día y de la noche, en que el pasado y el presente se invocan mutuamente todo el tiempo. Se trata más que nada de una manera de ver los hechos cotidianos, indispensable, me parece, al cronista y al escritor. Si he sentido con alguna constancia la inquietud de escribir y de indagar sobre Santiago, ése ha sido el motivo.

Desde octubre de 1995, la revista *Hoy* me da la oportunidad semanal de ejercitar esta afición en la columna titulada precisamente "ciudad". Por lo general escribo las crónicas el mismo día del cierre, un poco a matabalho (enigmas de la escritura: cuando he trabajado el texto minuciosamente no hay mayor diferencia en el resultado). En cada crónica concurren recuerdos personales y ajenos, cuentos de familia, mitologías locales, impresiones directas —es decir, callejeos— y también cierto trabajo de archivo en documentos de todo calibre. Por último, hay dos autores cuyos libros me sorprende consultando con demasiada frecuencia en este trámite: el Edwards Bello de las crónicas y Benjamín Vicuña Mackenna.

El Autor
Junio de 1997

VIAJEROS EN EL FIN DEL MUNDO

Tanto el naturalista como el aventurero romántico —enganchado a menudo en luchas por la independencia de países remotos— corresponden a tipos extinguidos de viajeros, reemplazados hoy por el formateado turista. El Santiago aldeano de comienzos del siglo XIX no estuvo exento de estos visitantes.

Son numerosos los europeos que a comienzos del siglo pasado se asomaron por Santiago y dejaron testimonio de sus observaciones. A vuelo de pájaro se puede mencionar a Haigh, a Caldcleugh, a Lafond de Lurcy, a Darwin y al tipógrafo yanqui Samuel B. Johnston. El caso más célebre entre nosotros es el de Mary Graham. En el siglo anterior estuvieron Frézier (de cuyo nombre deriva la designación *fresa* para la nativa frutilla) y Thaddaeus Peregrinus Haenke, botánico alemán, profesor en la Universidad de Viena.

En general, la ciudad y los caballeros santiaguinos de 1790 le encantaron a Haenke. Sus apreciaciones sobre el pueblo, en cambio, son críticas: "Tienen estos naturales —dice— un modo de hablar lánguido y espacioso, especialmente las mujeres y los guazos. Los más se levantan tarde, y si se exceptúan las míseras gentes acostumbradas a las mayores fatigas, son muy malos peones, habiendo muy pocos hombres que anden a pie cuatro leguas". Añade que muchos indios y españoles viven desparramados por el campo, "manteniéndose ociosos todo el día y entregados al uso del matrimonio". Según Hanke, el oficio más despreciado entre los chilenos es el de los artesanos, y lo ejercen mulatos y "gente de behetrería".

En 1822 —el año del gran terremoto— nos visitó Gabriel Lafond de Lurcy, capitán de la marina mercante francesa que recorría entonces "los siete mares". Llegó a Valparaíso como capitán del

buque peruano Aurora y desde ahí cabalgó hasta Santiago. En el camino se extasió con el paisaje y mató de un tiro a dos ratas de cola corta y levantada, del tamaño de castores. En Curacaví, alojó en una choza donde le sirvieron un guiso de pollos, papas y huevos. No había suficientes cucharas, así es que él y sus acompañantes tuvieron que comer por turnos. "La sazón de pimienta era tan fuerte —se quejaba—, que me quemaba la boca y me hacía derramar lágrimas. Agregad a esto un vinillo casi vinagre que no desearía bebiese mi peor enemigo". Las mujeres del lugar dormían separadas, agrega, mediante un débil tabique "que ninguno de mis compañeros, según mi creencia, tuvo la fantasía de franquear, tomando en cuenta la suciedad de aquellas a quienes protegía".

Sigue Lafond: "A primera vista Santiago me desagradó soberanamente y me hizo la impresión de una ciudad monótona, en la que todo debía ser tristeza y aburrimiento...Sin embargo, las casas tenían cierto un aspecto arábigo. Una gran puerta principal conduce a un patio rodeado de arcadas; pocas ventanas dan a la calle, raros almacenes se ven aquí y allá. Se comprende que el aspecto de las calles no debe ser muy animado".

Lafond fue huésped de los Mira, una de las familias predominantes de la ciudad. Ahí experimentó la pesada rutina gastronómica obligatoria en esos días: mate, chocolate, tostadas con mantequilla y galletas a las 8. Al las 2, el almuerzo; luego la siesta y después otra distribución de chocolate y mate. Más tarde —tras el rosario— más mate, arroz con leche, pasteles, frutas, vinos franceses o chacolí rosado. A las diez aún quedaba ánimo para la cena: aceitunas, mantequilla, rábanos, atún y queso de Chanco como antesala para la sopa y para la olla podrida, donde entraban toda clase de carnes y de legumbres. Esto, sin contar el infaltable asado. Por fortuna, concluye el visitante, y "gracias al clima, al aire frío de las cordilleras, los estómagos en Santiago funcionan admirablemente, sin que haya que temer indigestiones".

PUENTE DE CAL Y CANTO

LA SANGRE LLEGÓ AL RÍO

Hecho para durar toda la vida y para prestar utilidad y "diversión", el Puente de Cal y Canto soportó durante un siglo las embestidas del Mapocho, frente a la calle Puente. Dinamitado hace otro tanto de años, hoy se conservan de él los cimientos y el recuerdo de su terrible gestor, el corregidor Zañartu.

El Puente de Cal y Canto fue en su momento la obra arquitectónica monumental de Santiago. Provisto de once grandes arcadas, prestó servicios durante más de cien años a quienes transitaban hacia el lado norte del Mapocho. En 1887 fue considerado inservible y lo barrieron a dinamitazos.

La construcción del puente alcanzó tonos mayores, trágicos y épicos. Se inició en 1767 y se prolongó por 15 años. Fue el temido bastón del corregidor Luis Manuel de Zañartu —especie de alcalde y jefe de policía— el que dio el ritmo diario a los trabajos, desde que se insinuaba "el canto de la diuca" hasta la puesta de sol. Como se sabe, la mayoría de los trabajadores fueron presidiarios reclutados por Zañartu, además de vagos, borrachos, pendedieros y "mal entretenidos" que el corregidor salía a pescar a las pulperías y a los caminos con sus propias manos. Para vigilarlos mejor, el edil hizo construir una casa con mirador en las cercanías de la obra, y ahí pasaba el día con el ojo pegado al catalejos.

Entre los obreros había criollos, mestizos, mulatos, portugueses, araucanos y esclavos negros cedidos por sus amos para purgar alguna falta. Pésimamente alimentados, humillados a latigazos por los sobrestantes, a veces se entrelazaban en peleas feroces. Entonces aparecía el corregidor repartiendo bastonazos y —si el caso lo ameritaba— balazos. Los más afortunados iban a parar al hospital. Los menos, al cementerio o a "la cadena", donde debían seguir trabajando aherrojados por los tobillos, soportando nuevas raciones de golpes.

No se crea que no hubo voces de alarma. El procurador de pobres de la ciudad, Diego Toribio de la Cueva, denunció en 1780 “los implacables gemidos del continuado padecer de estos miserables, que se hallan trabajando al rigor del sol, con una vergonzosa desnudez, mal comidos, enfermos y ultrajados”. Zañartu contestó por escrito al tribunal, alegando, entre otras cosas, que los presos a su cargo recibían tres panes y una libra de charqui al día, “con que viven fornidos y lozanos”.

Pero había también otras viandas. Se cuenta que una vez terminado el puente, el Presidente Benavides y otros notables ofrecieron una cena al corregidor. En el menú estaba la sorpresa: le cocinaron lo mismo que él daba de comer a sus obreros, es decir, una sopa achocolatada donde flotaban papas podridas y charqui con gusanos. Según Justo Abel Rosales, Zañartu montó en su caballo y se fue “hecho un Zañartu” a pasar la ira a su quinta de la Cañadilla (actual Independencia).

La figura de Luis Manuel de Zañartu es una de las más nítidas de la historia chilena. Nació en Oñate (Guipúzcoa) y a los siete años sus padres lo trajeron a Chile. Acá prosperó en el comercio, exportando frutos del país e importando fierros y clavos. La herencia familiar lo convirtió en uno de los vecinos más ricos de la capital. Como los nobles y los “hijos de algo” gozaban de ciertas excenciones comerciales, viajó a su pueblo natal y sostuvo un larguísimo pleito para probar que era caballero. Le fue bien: pudo ahorrarse por fin los seis pesos de impuestos para plebeyos, pero en el proceso gastó veinte mil. A su regreso se casó con la bella y “sabidita” —según Vicuña Mackenna— María del Carmen Errázuriz. Cuando sus dos hijas aún no salían de la cuna, el vasco implacable ya les había trazado sus destinos: el claustro. Para ello hizo construir su segunda *opera magna*, el monasterio del Carmen Bajo, en sus terrenos de la Cañadilla. Ahí entraron las niñas, cuando tenían nueve y once años, para no ver más el rostro de este transitorio mundo.

CAL Y CANTO II

LA CAÍDA DEL GIGANTE

En la venida abajo de este monumento colonial actuaron —según se ha dicho— “las fuerzas destructivas del imbunchismo”: por un lado, el Mapocho, por otro, los planificadores urbanos. Ya hemos visto la dolorosa y larga construcción del puente. Veamos ahora su súbita destrucción.

La historia más detallada sobre el puente de Zañartu la escribió Justo Abel Rosales, a fines del siglo pasado. Rosales hizo imprimir su obra —titulada simplemente *El Puente de Cal y Canto*— en la imprenta Estrella de Chile, que estaba en el extremo sur del propio puente y que sobrevivió por un tiempo a la “salida de madre” mapochina de 1888.

Si Luis Manuel de Zañartu había invertido quince años en levantar el puente monumental, al ingeniero Valentín Martínez le bastaron unos cuantos minutos de imprevisión para apurar su caída. Encargado de la definitiva canalización del Mapocho, Martínez —no se sabe muy bien por qué— hizo dinamitar el “emplantillado” de la edificación, dejándola sin sustento en todo el lado norte. El problema fue que esto sucedió a comienzos del invierno, y que el invierno de 1888 fue escandalosamente lluvioso.

Hubo aguaceros generales en junio y julio de ese año, y agosto se hizo presente con un temporal mayúsculo. El jueves 9, el río había crecido tanto que ya anegaba un sector de La Chimba y se temía que pronto se desbandara por la ciudad entera. El viernes 10, bajo la lluvia cerrada, el flacuchento Mapocho se había convertido en una bestia temible, bufando con el peso de toneladas cúbicas de aguas amarillo-negruczas.

Martínez hizo sus cálculos y ordenó el desalojo de una multitud que se había congregado sobre el Cal y Canto para observar el espectáculo. Harto trabajo les costó a los guardias hacer circular al apretado público, reacio a la instrucción del ingeniero. A las

2:30 de la tarde —un cuarto de hora después de que los curiosos abandonaran por fuerza el lugar— se desprendió con estrépito uno de los “machones”. Fue el comienzo del fin. Santiago entero —el Presidente de la República incluido— se apostó en las costaneras para presenciar la debacle. El enfurecido Mapocho arrasaba faroles, árboles, casuchas, animales y por un momento se cubrió de miles de cebollas arrancadas de un depósito.

Las 5:15 de la tarde —marcada en el reloj de La Recoleta— fue la hora clave. Un crujido horrísono y una nube de polvo avisaron que el puente comenzaba a hundirse. Sigue Rosales: “Un grito unánime de sentimiento resonó en ambas márgenes del Mapocho. Muchas personas, especialmente mujeres, no pudieron contener las lágrimas, al mismo tiempo que lanzaban contra el ingeniero Martínez las más terribles acusaciones que se haya oído jamás al aire libre en nuestra mansa ciudad”.

A unas cuadras de la catástrofe, el comerciante Manuel Miranda sufría con cada señal del derrumbe desde su lecho de enfermo cardíaco. “¡Qué gran desgracia para la ciudad —le decía a los suyos—...Chile, con toda su riqueza de hoy, no podrá hacer un puente como el de Cal y Canto!”. Al escuchar el estruendo final, Miranda no dio más y simplemente se murió. Otro amigo del puente —el rico propietario Luis Echeverría y Cotapos— no soportó tampoco la destrucción del coloso. En una semana se consumió de pena y abandonó este mundo.

Un mes después de la catástrofe, Valentín Martínez había levantado un puente alternativo a unos 200 metros, frente a la calle San Antonio. La obra se inauguró con bombos y platillos. La banda de la Guardia Municipal interpretó sus mejores piezas. Al levantarse ritualmente una bandera blanca en señal de “paso expedito”, desde los restos del Cal y Canto se dispararon unos cuantos dinamitazos a manera de salvas de despedida.

UN LIBRO SANTIAGUINO

ARENAS DEL MAPOCHO

La historia puertas adentro del Santiago del anterior cambio de siglo pasa en una andanada por las páginas del libro *Arenas del Mapocho*, de Ricardo Puelma. La obra —a medias picaresca y filosófica— fue publicada hace más de 50 años y hoy reposa en un endémico olvido, a pesar de su evidente interés.

Desde Pérez Rosales o antes, los memorialistas chilenos han dejado obras que superan en vigor y en belleza a las de muchos novelistas locales. Librados de la dolorosa profesión de fe de las estéticas, estos escritores —catalogados por el destino en el limbo de la literatura menor— han iluminado en sus páginas la vida fugaz con palabra felizmente imperfecta. El desconocido Ricardo Puelma es un caso extremo. Su *Arenas del Mapocho* es hoy un libro difícil de encontrar. La primera edición es de 1941 —año en que el libro fue escrito—, y la última de 1947, por Nascimento.*

Se trata de unas memorias santiaguinas, quizá de las memorias más santiaguinas que sea dable encontrar. Esto, por la estructura de la obra: anciano y arruinado, Puelma —ex empleado fiscal, ex pionero del ciclismo— recorre la ciudad desde Tobalaba hacia abajo, deteniéndose en algún edificio o en alguna esquina cada vez que los recuerdos aparecen como en una epifanía joyceana. A pesar de que se ha dejado patillas “para disimular la flacura”, anda con la dignidad y la indignación al tope. A este varón estoico lo sublevan las alzas abusivas de los precios, el escalamiento de las castas burocráticas y los vicios de los chilenos venales, entre otros motivos. A veces cae en una resignación insondable ante el espectáculo diario de “esta estúpida existencia”.

Puelma nació en la calle Cumming, cerca de Catedral, a fines del siglo pasado. Pertenece a una familia sin recursos, pero con parentela influyente, lo que le permitió educarse en colegios católicos y obtener cuando joven algunos trabajos para no sucum-

bir del todo a la pobreza. Entre sus recuerdos hay episodios extrañísimos. A los siete años tuvo su primer amor desdichado con una niña alegre de una casa vecina. Había sido “encargado” ahí a raíz de la muerte de su padre. Su pasión —correspondida con besos y arrullos por la bella Lucía— duró hasta que “un fuerte campanillazo” anunció la visita de unos tales don Armando y don Pocholito, que tras una fiestoca con valeses y ponche de oporto terminaron llevándose a la amada —en una calesa— a otra fiesta algo más privada.

El colegio tuvo para el niño Puelma, por naturaleza tímido, un sello de notoria violencia. Asistió a uno de curas, en la calle Santo Domingo. Un día sus fieles zapatos no dieron más y se abrieron. Su madre le puso en reemplazo los zapatos de una hermana y lo obligó a ir a clases. El niño partió cabizbajo y humillado, deseando que lo atropellara un carro para no sufrir las burlas de los otros estudiantes. Recibió mucho más que burlas: los compañeros le dieron una golphiza feroz, “por maricón”.

El comerciante Róbinson González es uno de los personajes memorables del libro. Especie de guagua adulta, miserable sin vuelta, parece engendrado por la imaginación de Dickens. Don Róbinson empleó al muchacho en su tienda de paños de la calle Ahumada sin más sueldo que una comida execrable. Las obligaciones del empleado se prolongaban hasta la medianoche, cuando debía masajearle religiosamente “las patas” al patrón. Dormía además a los pies de su cama, en una colchoneta, excepto en las noches —una vez por semana— en que el tirano cumplía sus deberes conyugales. En otra ocasión obligó al pobre niño a robarse la cuchillería y otros bienes de una dama moribunda. A Puelma —débil como era, con su abrigo lleno de objetos metálicos— se le doblaron las piernas y fue sorprendido por un paco en pleno centro.

Arenas del Mapocho tiene también disquisiciones políticas, aventuras londinenses, reflexiones amargas. Al final hay un episodio de bandidos rurales que —según escribió en su momento Alone— “equivale a un certificado de talento”.



EL NINGUNEO DE LA MEMORIA

La demolición ha sido una lamentable tradición santiaguina, casi un deporte local. Por modernizar, por especular o simplemente por freagar, muchos de los más hermosos edificios de la ciudad han sido ofrendados a la chancadora. El corolario: construcciones inferiores e incomprensibles sitios eriazos. Fealdad, en suma.

“La ciudad tiene el aspecto de Londres durante los bombardeos de la pasada guerra, excepto que Santiago se está reconstruyendo dos veces más rápido”. La observación es de enero de 1954 y aparece en un reportaje de la revista extranjera *Visión*. Evidentemente, no hubo aquí por entonces bombardeos de ninguna especie. Simplemente se trata de uno de los radicales cambios de piel y de pelo que la capital vive permanentemente. Hoy es lo mismo. Palacetes fantasiosos, decorosas mansiones y casonas empobrecidas son convertidas en un santiamén en camionadas de escombros. Especuladores inmobiliarios y empresarios de la demolición hacen su agosto. Estos últimos buscan el pino oregón en vigas y estructuras: es “el oro del demoledor”.

Da la impresión de que a nadie le importa mucho. Curiosamente, las mayorías silenciosas o bullangueras no tienen ninguna relación real con el pasado. Viven con la realidad inmediata pegada a la cara con smog y sus emociones más intensas provienen de la irrealidad misma: la televisión y sus dictados publicitarios, la obligación del show del día a día. Los que toman las decisiones públicas tampoco se muestran muy aprensivos al respecto, cuando no se trata directamente de “alcaldes grado 10 en la escala de Richter”, al decir de Enrique Lafourcade.

En la capital podrían convivir ciudades de todas las épocas. En Londres hay calles importantes que se han trazado esquivando sinuosamente los edificios históricos. Pero está escrito que aquí

no puede ser así. El supuesto de que para construir hay que demoler ha sido, hasta hoy, inapelable.

Si a uno le dicen que Santiago fue alguna vez una ciudad elegante y —en algunos reductos— suntuosa, no queda más que imaginárselo. El embajador británico Rumbold consideraba que una primera visita a esta ciudad era “una agradable sorpresa para un europeo inteligente”. En 1877 escribía: “Uno no espera encontrar a 30 leguas en el interior, al pie de Los Andes, una ciudad de 160 mil almas con edificios públicos tan magníficos, mansiones particulares tan imponentes y paseos tan extraordinariamente bellos”. El arquitecto suizo Fatio, por su parte, no concebía cómo no se adoptó aquí el tipo de casa señorial de mediados del siglo 19: austera, amplia, entre sevillana e italiana.

Pero así son las cosas. El empobrecimiento y el afeamiento son cosa viva. Donde hubo un palacete se instaura un sitio eriazo —por años—, con enrejado, casucha y perro guardián. Luego brota, en el mejor de los casos, un esperpento arquitectónico con estucados siúuticos y vidrios polarizados. Otra posibilidad es la transformación de las fachadas. El Palacio Rivas —Alameda y San Martín— es un ejemplo que da entre risa y miedo.

La lista de edificaciones meritorias echadas abajo sin aviso ni argumentos es interminable. Donde estuvo el Palacio Undurraga —Alameda y Estado— hoy día vegeta un edificio “moderno” de triste envejecimiento. El Palacio Urmeneta, en la calle Monjitas, hecho a la medida de la anglofilia de don José Tomás —su dueño— lo conocemos sólo por fotografías. La fastuosa Quinta Meiggs, cerca de República, no fue tampoco respetada; como tampoco el hermoso Palacio Arrieta, frente al Municipal, ni los fantasiosos palacios Real de Azúa y Concha Cazotte. El palacio de los García Huidobro (esquina norponiente de Alameda y San Martín), donde nació Huidobro y donde vivía un familión de 60 personas, no encontró interesados en su conservación. En su lugar funcionó, durante décadas, una playa de estacionamiento.

LAS CALLES Y SUS PATRONOS

VIDAS DIVERGENTES

No siempre el espíritu de las calles coincide con el que animó al personaje que se pretende recordar. En Valparaíso, el nombre de la austerísima Juana Ross —referencia moral porteña del pasado siglo— se identificó con un sector de prostíbulos chinoscos. En Santiago hay varios ejemplos de incongruencias de este tipo.

Es rara la circunstancia que a uno lo lleve a utilizar la calle Emilio Vaisse, en Ñuñoa. De hecho, uno puede lograr una edad respetable sin haber conocido a nadie que viva en este lugar. Se trata de una de esas calles que se miran fugazmente desde el vehículo en marcha cuando se pasa raudo por alguna vía que la intersecta. Siempre se ve lo mismo: un manchón de árboles, un par de casas pareadas, otras con antejardín y el sempiterno letrero con el intrigante nombre propio.

La vida de Emilio Vaisse no fue en ningún caso tan aburrida como el filón urbano que honra hoy su memoria. No es novedad que fue sacerdote, francés, monarquista, *laudator temporis acti* (venerador del pasado) y que durante veintiocho años las ofició de crítico literario de *El Mercurio* bajo el pseudónimo de Omer Emeth.

Se suponía que lo escarnecía algún dolor de su vida pasada. De otro modo no se explica cómo este meridional sanguíneo se vino a enterrar en las polvaredas de San Pedro de Atacama, donde fue cura párroco. Dicen que para no enloquecer en esas soledades, sin más compañía que los indígenas, compuso un diccionario griego y hebreo. Un día lo encontraron en medio del desierto montado en un burro, hablando solo.

González Vera fue su alumno en el colegio y alguna vez se refirió a él como a "ese fraile". Un compañero lo acusó. Vaisse, prendiendo su puro, lo miró como se mira a un insecto y lo fulminó: "Sí, es verdad que soy fraile, pero como usted lo ha dicho despectivamente es un roto, y se va para afuera". En otra oportu-

nidad, para dar término a un pleito con unos tipos muy desagradables, se despojó de la sotana y les sacó la mugre. Admirador de Maurras y de la Acción Francesa, se opuso al entusiasmo de los escritores de su época por el psicoanálisis: "No comentaré más las porquerías de Edipo".

Son curiosas las incongruencias entre los personajes y las calles que avivan su memoria. María Graham es un ejemplo claro. Sólo la ley del karma pudo haberle asignado una calle tristísima, en las profundidades de Recoleta, a esta inglesa pre-victoriana, refinada y siempre lista a emocionarse por la belleza, la encontrara en los paisajes magnificentes del Creador o en arreglo floral de una bandeja a la hora del té. Llegada a Chile en 1822 en la fragata Doris, a bordo de la cual había muerto su esposo, el comandante Thomas Graham, observó desde cerca la constitución de la nueva República. Era fijadísima: a O'Higgins le halló chicos los pies y las manos y fustigó a San Martín por el mal gusto de hablar de enfermedades en un salón. La calle María Graham es un socavón desdentado en extramuros, escalofriante en las noches de invierno. Exento de jardines, rencoroso y apequeñado, no tiene, por cierto, nada "que estimule el encumbramiento del espíritu".

Otro caso es el de la famosa San Camilo, azumagado nido de travestis, con sus permanentes desechos de feria libre, sus cachureos de fierro viejo y su insomne bar Nueva York, de ahorcada ampolleta de 25 watts. La vinculación de este agrupamiento de casas del pecado con el santo varón cuyo onomástico se celebra el 14 de julio, es, cuando menos, irrisorio. El romano San Camilo vivió entre 1550 y 1614. Antes de nacer, su madre lo soñó con una cruz en el pecho. De joven fue tarambana y jugador. Enfermero por antonomasia (fundó la orden de los Frailes de la Buena Muerte), fue también un connotado enfermo: tuvo úlceras en los pies, piedras en las vesícula y cálculos renales, todo lo cual apresuró su viaje al otro mundo.

LOS MISTERIOS DEL NOMBRE

Los criterios para bautizar las calles santiaguinas son múltiples y misteriosos. Nadie podría responder por qué en la remota Conchalí hubo una calle Flaco Acevedo, o quién es el Abanderado Ruperto Montero, o por qué el Aluminio deba ser conmemorado. Las preferencias musicales de los desconocidos bautizadores también se han hecho notar en más de una comuna.

Hace un par de veranos atrás, un hecho de sangre llamó la atención de los lectores de la crónica roja de Santiago: más que por el hecho en sí, por las ridículas denominaciones de las calles en que se verificó. El lío se inició en una mejora en la población Orquesta Sinfónica, al sur de la ciudad, en medio de una velada nocturna y sabatina no exenta de fiebre. Cuando el bailoteo llegaba al *peak*, uno de los invitados decidió que ya era hora de irse, llevándose un toca-cassette de su propiedad que se había utilizado para la animación del convite. Su decisión fue repudiada por algunos asistentes, a tal punto que el aguafiestas debió huir con su aparato por las calles de la población. Finalmente, los furiosos bailarines le dieron alcance en la esquina de Flautas con Violines y lo mataron a estocazos.

Borges estimaba que ser nombre de calle era un destino muy poco halagüeño para el nombre propio. Quién sabe si hay ya una calle Jorge Luis Borges en Santiago. En Puente Alto hay una consagrada a Adolfo Bioy Casares, quien no se ha muerto y publica la segunda parte de sus magníficas memorias. Escritores chilenos desconocidos tienen también asegurada de este modo su inmortalidad barrial o doméstica. Alberto Spikin-Howard bautiza una calle recóndita. En un cierto sentido, debe tener hoy más habitantes que lectores. Armando Mook lo mismo. Con toda la buena voluntad del mundo: las obras del último presentan hoy una resistencia a la lectura. En un momento fue revolución en el teatro

chileno. Cierta vez, para un estreno de Nathanael Yáñez Silva, Mook lanzó un repollo desde la platea a la hora de los aplausos. La primera actriz se agachó emocionada creyendo que se trataba de un ramo de flores.

Los nombres arcaicos de las calles santiaguinos solían ser descriptivos antes que conmemorativos. En la Colonia hubiera sido impensable un designación puramente conceptual, como Premio Nobel o Azul Añil. La calle Galán de la Burra (antigua denominación de Erasmo Escala) recordaba la asiduidad de un pretendiente de una niña Saravia, que se presentaba al asedio amoroso acompañado de imperturbable asna; y la De la Pelota (actual San Isidro), la frecuencia con que unos vascos apostados por ahí jugaban frontón para distraerse del comercio. Merced se llamó alguna vez —quién sabe por qué— Calle del Regente Viejo; y la tenebrosa Sama, Calle del Ojo Seco. Si uno lo piensa dos veces y atiende al sentido, nombres que el uso ha vuelto familiares deben sonar rarísimos en los oídos extranjeros: Huérfanos, Monjitas, Placer.

En Providencia hay una calle Crédito, y en Cerro Navia una Ahorro. Detrás de la Estación Central, en las oscuridades de Chuchunco, permanece desde siempre la patibularia Conferencia, en su momento paradero de gitanos feriantes. En Ñuñoa hay una franja de casas pareadas, agrupadas bajo el mote de Unión Literaria, y en Cerrillos una arteria conocida como Alquimista.

Más ridícula aún es la pudahuelina Abogado y una increíble sucesión de callejuelas en Maipú, tributarias también de la música selecta: Opus 1, Opus 2, Opus 3, Opus 4 y Opus 5. En la misma comuna, perdura la calle Octava Sinfonía. La Florida aporta ejemplos de siutiquería infinita: recientemente, unos uniformes pasajes con casas DFL 2 fueron motejados con fórmulas dehesianas: Camino del Viñatero, Descanso de las Flores.

Pero no hay que creer que los nombres grotescos son privilegio de los santiaguinos. Dicen que en Londres hay una calle Threadneedle (Enhebrar) y otra Poultry (Ave).

LOS CONOCIDOS DE SIEMPRE

Como cualquier capital, Santiago ha tenido a través de los años figuras más o menos callejeras que han sido referencia obligatoria para sus contemporáneos. La memoria de los cronistas abunda en alusiones a ciudadanos que se hicieron notar a toda costa.

Al menos dos cojos de cepa figuran en los anales de la ciudad. El primero respondió al mote de El Cojo Ayala, y en los comienzos de la República tuvo colegio en la calle Merced. Fue maestro, pero más que nada en el arte del látigo. "Hombre cruelísimo —se ha dicho—, que azotaba a destajo y por manadas". El prohombre Manuel de Salas —al escuchar cierta vez desde la calle la gritadera de los alumnos de Ayala y el rumor de su fusta— se alarmó a tal punto que corrió donde el ministro del Interior para legislar al respecto. De ahí nació el primer "reglamento de escuelas" entre nosotros.

El otro —El Cojo Zamorano— murió a principios de siglo. Atendió durante 50 años un puesto de diarios en Estado y Merced. Con el tiempo llegó a ser una institución santiaguina. Dueño de cierta fortuna, los futres se acercaban a él para pedirle préstamos. Cuando murió y su mesón fue retirado, se comprobó que el roce de su pata de palo había provocado un hoyo en la vereda.

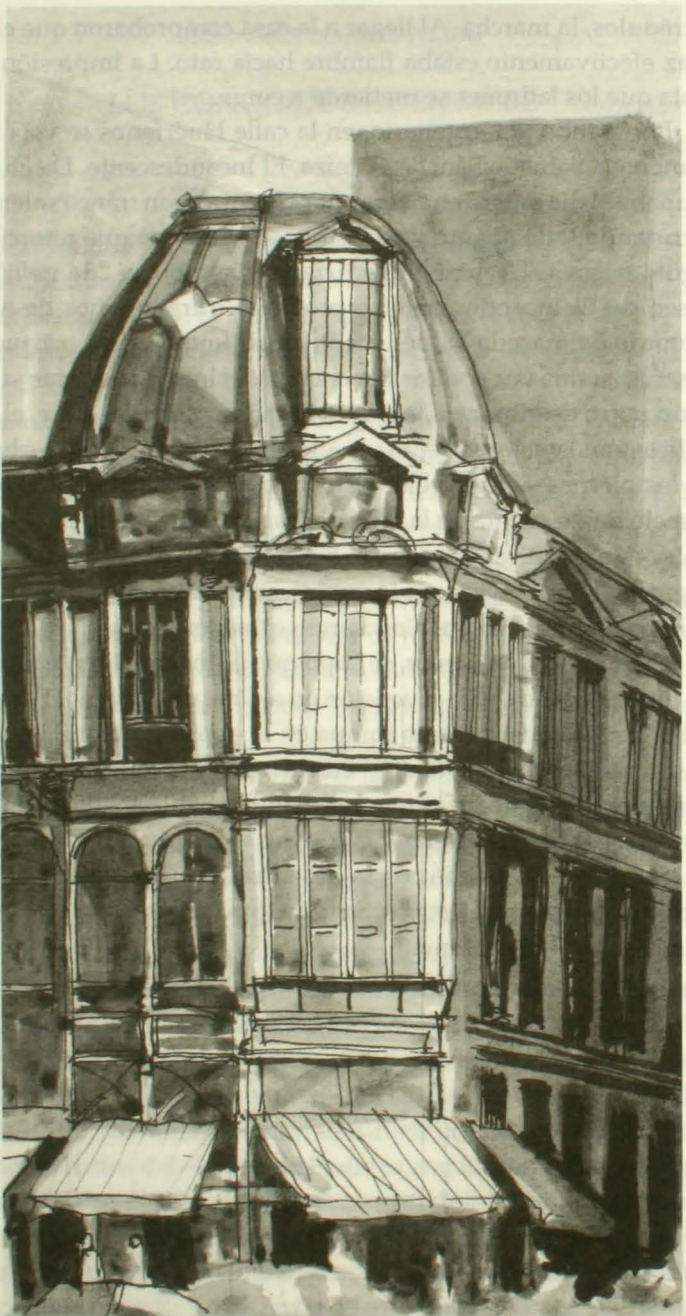
Hombre popularísimo de las inmediaciones de la Independencia fue el presbítero Francisco Balmaceda, El Santo Balmaceda. Heredero de riquezas mayores, las repartió minuciosamente entre los pobres, dejándose para él una casa minúscula en la calle Rosas. Entre sus milagros hay uno memorable: unos soldados desenganchados del ejército de Freire lo engañaron para que asistiera a un falso enfermo en una casucha de La Chimba. Pretendían matarlo y robarle. Cruzando el Puente de Cal y Canto, el anciano les pidió a los felones que se hincaran a rezar, porque su amigo había muerto. Lo hicieron de mala gana y luego siguieron,

incrédulos, la marcha. Al llegar a la casa comprobaron que el se-
cuaz efectivamente estaba fiambre hacía rato. La impresión fue
tanta que los ladrones se metieron a curas.

Bordeando el Centenario, en la calle Huérfanos se veía dia-
riamente a Salustio Sánchez Oteíza, El Incandescente. Dicen que
ocupaba el día entero en pasear por el centro, con tranco solemne,
escrutando todo cuanto veía a su paso al tiempo que retorció su
bigote francés. Usaba levita cruzada y sombrero "de pelo". El
paseo de El Incandescente se prolongó durante años de años.
Eduardo Balmaceda Valdés cuenta que a uno de sus hermanos lo
desafiaron una vez a saltar por encima del individuo como si fue-
se un potro de gimnasia. Al sonar el cañonazo de las doce, el mo-
zalbete tomó vuelo, enfrentó a su víctima por la espalda y —abrien-
do las piernas— pasó volando por sobre su cabeza. Salustio no
pareció darse cuenta de la falta de respeto. Distinto fue el caso de
Coke —Jorge Délano—, que había satirizado al personaje en las
páginas de una revista. El Incandescente lo reconoció y lo persi-
guió por todo el centro, blandiendo el bastón.

Cierta vez, finalmente, se supo que El Incandescente mostra-
ría un aeroplano de su invención en el Parque Cousiño. Para ello
había hecho construir una rampa en la elipse. Ante miles de cu-
riosos, pasó hecho un bólido —con la levita y el sombrero de siem-
pre— conduciendo un automóvil al que le había añadido dos alas
de tocuyo. El armatoste, por cierto, no se elevó un centímetro.

Su muerte coincidió con la de la luz incandescente, reempla-
zada por el sistema eléctrico. Se fue al otro mundo con el sombre-
ro de copa sobre el ataúd.



LA CORTE DE LOS MILAGROS

Como el Madrid de los siglos XVI y XVII —de donde Cervantes y Quevedo sacaron sus pícaros y sus orates—, el Santiago de estas últimas décadas ha sido un hervidero de entes estrambóticos y aventureros del espectáculo callejero y del macheteo. La galería es extensa y milagrosa.

El autodenominado Hombre Goma —desaparecido de las pistas hará un lustro— se podría registrar como el decano de la picaresca santiaguina del período “de transición”. Apareció por el Paseo Ahumada hacia 1980, destruyendo con sus muletas panfletos y afiches del Sí en el plebiscito de ese año. No es que defendiera un voto en particular; sólo estaba haciendo sus primeros tanteos en el paseo sobre cuyos adocretos iba a establecer tiempo después el escenario de sus éxitos.

El espectáculo callejero del Hombre Goma consistía en una improvisación autobiográfica en la que a veces hacía irrisión de su impedimento físico. Decía que una vez se había muerto, que había llegado al cielo y que San Pedro lo había parado en la puerta diciendo: “Aquí no se aceptan huevadas”. Después el santo le habría pegado una patada mandándolo directo al Paseo Ahumada, donde Carlos Bombal —alcalde entonces— lo había tomado por una barata.

El número del Goma se enriquecía en ocasiones con diálogos que establecía con los espectadores, pullas e insultos incluidos. El acto cúlmine de la rutina era para no verlo; uno de los turiferarios del artista se ponía en cuatro patas en el pavimento y entre ambos simulaban una relación carnal. El ayudante en cuestión era por lo general un individuo equívoco, apodado El Pera de Candado. Años después, el padre de un niño que vendía superochos en el centro lo acusó de haber secuestrado a su hijo y de manejar desde las tinieblas de una población callampa una red de homosexuales.

De un día para otro el Hombre de Goma desapareció. Uno de los de su cáfila dijo que lo habían matado "los militares". Viajeros chilenos lo vieron tiempo después haciendo su *performance* a grito pelado en la calle Florida, en Buenos Aires. Según otra versión, tras reformarse, Don Francisco le habría dado trabajo de recepcionista en la filial penquista de la Teletón.

Ya no se ve tampoco —al parecer— a la Rafaella Carrá, un semi travesti que desarrollaba un show aún más lamentable en Ahumada y Huérfanos. Impresionaba por su desfachatez, su esmirriada complexión y sus mechaz oxigenadas, pero hay que decir que no tenía gracia alguna. De vez en cuando giraba sobre sí mismo con los brazos extendidos emulando a la Mujer Maravilla y la gente se reía. Pero no había más.

En cambio, Juan Carlitos Less —esforzado percusionista que fijó domicilio a la salida de Odeplán— aún causa un arrobamiento metafísico. Su solo sobre una caja de zapatos puede durar la tarde entera. Con blanco delantal, este joven deficiente mental de edad incalculable ha recibido diversos apodos: se lo ha llamado El Gerente del Paseo Ahumada, o bien El Pingüino. En tiempos de Pinochet guardaba sus bártulos musicales en el mismísimo Odeplán, donde era como de la casa. Alguien lo ayudaba a escribir unos carteles que se colgaba al cuello, para promover diversas campañas: "Ayude a Juan Carlitos para que pueda viajar a Los Angeles" o "Ayude a Juan Carlitos para que pueda comprar su pandero metálico". Cierta vez, un rastreador de miserias recogió de alguna parte este letrero y se tumbó en el paseo Huérfanos a limosnear. Un voluntario corrió donde Juan Carlitos a informarle de la impostura. A éste se le cayeron los brazos y los ojos se le nublaron de tristeza, tratando de entender.

En otra ocasión, en una feria del libro de la Estación Central, el percusionista fue víctima de una triste humillación. Un grupo de niños giraba en una ronda al son de una banda musical. Juan Carlitos se puso gozoso con el espectáculo y se metió en la ronda. Los niños no lo rechazaron, pero sí las madres que se abalanzaron a arrebatarse a los niños de su proximidad. Ahí quedó Juan Carlitos con su delantal blanco y otra vez los ojos nublados sin comprender.

Todavía deambula voluntariosamente por el centro el mitológico Gloria a Dios, y se para a predicar en Estado y Huérfanos. Apareció en escena en los años 60, y parece que en ese entonces caminaba todos los días desde La Cisterna. Después adquirió una bicicleta. Con los ojos celestes iluminados, los brazos en alto y la Biblia abierta, salta en forma impenitente a la vez que repite con voz ronca su monserga predilecta: "Gloria a Dios, gloria al Terrible". Un humorista —Bigote Arrochet o Coco Legrand— lo imitaba hace años gritando "gloria al Pulento".

Con el Mohicano nos hemos topado ya en estas crónicas. No se le ha visto más en el umbral de San Francisco, ahumándose con las emanaciones de los sandwiches de potito. Gente de medio siglo supone haberlo visto parado ahí en la remota infancia. Ido en la contemplación de quién sabe qué recuerdos o paisajes psíquicos, pasaba el día aspirando un cigarro tras otro y sin cruzar palabra. Las versiones sobre su identidad se acumularon con los años. Se dijo que era un reo, que era un padre de familia, que era un sabio, que era un lector de Fenimore Cooper, que era —en fin— un mohicano de pacotilla exonerado del desaparecido Far West. El poeta Hernán Miranda lo llamó El Dragón de Santiago, en un texto especialmente dedicado a él. Publicado este poema alguna vez en la revista *Apsi*, fue objeto de varias precisiones en una carta a la dirección. Firmaba un abogado que llevaba un registro detallado de la rutinaria conducta diaria del Mohicano.

El Rey de los Cócteles fue otro personaje santiaguino de finales de los 80. Era número puesto en lanzamientos e inauguraciones, donde a la hora del vino de honor solía explayarse ante grupos de damas. Se trataba de un señor anónimo, vestido con esmero, pero muy pobremente. Un diario lo acusó —con testimonio gráfico— de hacerse pasar por escritor o periodista e inmiscuirse en cócteles a donde nadie lo había invitado. Así, estaba un día al interior del Museo de Bellas Artes, probando unos canapés de salmón de roca y al mediodía siguiente en Puente Alto, tragándose unas empanadas en la inauguración de una empresa con asistencia del Presidente de la República. Lo cierto es que el Rey de los Cócteles —habitante de un conventillo de la calle Santa Rosa—

era una persona afable que no hacía mayor daño que interceptar algunos comistrajos por lo demás dudosos.

Desapareció también —acaso para siempre— el Médico de las Naciones Unidas, memorable veterano que circulaba a gran velocidad por las calles principales. Vestía un delantal blanco amarrado en la espalda y una especie de birrete con el símbolo de la organización mundial. Cargaba además un maletín de médico. Parecía siempre dirigiéndose a solucionar un asunto de primer orden, pero lo seguro es que no iba a ninguna parte. Una vez, en plena calle Huérfanos, clavó a Nicanor Parra con una lata mayúscula. Sería bueno preguntarle al antipoeta de qué hablaron en esa ocasión.

CALLES BAUTIZADAS DE FECHAS

EL CALENDARIO INFATIGABLE

Especificar qué hecho histórico ocultan las fechas que nombran a algunas calles santiaguinas es un trance digno del viejo bachillerato o del igualmente viejo programa *Un millón para el mejor*. Antiguamente las fechas no contaban gran cosa a la hora de este tipo de remembranzas. 10 de Julio y 21 de Mayo son al parecer los primeros casos en Santiago.

Absurda costumbre la de bautizar calles con fechas. Se diría que la iniciativa es propia de memoriones a quienes no bastan los puros nombres de las batallas o de los fenómenos celebrados por la religión. Decir 13 de enero equivale a poner en escena una simple fórmula que para nuestra memoria es absolutamente nula, a no ser que se trate de un día de importancia personal. El sólo nombre de Chorrillos —en cambio— nos evoca de inmediato la batalla en que se trenzaron peruanos y chilenos en las inmediaciones de Lima, a fines del pasado siglo (exactamente el 13 de enero de 1881).

Llegará un día —no tan lejano— en que 11 de septiembre será una fecha cuyo hecho correlativo habrá que buscarlo en los libracos de historia, porque nadie sino los profesores y los eruditos deportivos la conservará entre sus recuerdos frescos. Habrán pasado tantas cosas más sonoras en sucesivos onces de septiembre que la confusión diluirá la polémica, si la hubiere.

En Santiago abundan las calles bautizadas con fechas. La mayoría son de referencia francamente oscura y pertenecen a suburbios marginales. Hay, sin embargo, casos conspicuos, como en todo orden de cosas. La calle 10 de Julio, por ejemplo, es uno de los rincones santiaguinos más famosos, sobre todo entre los automovilistas. Ahí estuvo Gerardo Andaur (uno de los primeros auspiciadores de *Sábados Gigantes*) y La Casa del Vidrio Inastillable, no lejos del Palacio de la Goma (con el auspicioso lema "si es de

goma, lo tenemos; si no, lo fabricamos"). Hoy día la fiebre de la mecánica automotriz ha invadido la vía en toda su longitud. Incluso el antiguo teatro Portugal —impresionante edificación a la que los jovenzuelos asistían con pistola— fue reducido a mercado persa de repuestos. Entre bielas, cardanes y bujías, a nadie se le ocurre pensar en la batalla de Huamachuco, episodio bélico ocurrido en un 1883 demasiado remoto.

10 de Julio —al menos— se llama desde hace tanto tiempo así que no cabría imaginarle otro nombre. Antes se le conoció como Canal de San Miguel y era el límite sur de la ciudad. La prostitución ha rondado desde antiguo por sus veredas. En las callejas alledañas de Ricantén y Doctor Brunner florecieron prostíbulos de miedo. Los calaveras en retiro recuerdan hoy los espectáculos sórdidos de las asiladas montadas en las ventanas, ofreciendo unas constituciones febles, morbosas. Cuando demolieron algunas de estas casas se encontraron fetos en las murallas y bajo las tablas de los pisos. Otra zona roja es la de Emiliano Figueroa, cerca de Santa Rosa, aún en actividades. Es una calle bonita, con árboles, camuflada en la fealdad general.

21 de Mayo rememora un hecho cúlmine. La fecha, en este caso, puede ser más expresiva que el enunciado Combate Naval de Iquique. La calle —paraíso de botoneras— se ha llamado de todas las formas posibles: Calle del Basural, de la Caridad, de la Pescadería y durante largo tiempo de la Nevería. Dieciocho es otro cuento. No hay ejemplo más claro de sustantivización de un número. Dieciocho es un nombre misterioso para una calle hermosísima. Fue en su momento lo mejor de Santiago. Tuvo adoquinado de madera, para los carruajes que hacían la vuelta desde el Parque Cousiño, y magníficos balcones para el sapeo del desfile en cuestión. En la esquina de la Alameda subsiste el imponente Palacio Iñíguez.

Vicente Pérez Rosales alegó alguna vez en favor de una fecha: el 12 de febrero. Según el gran aventurero, ese día tiene títulos que lo hacen merecedor "al más justo y acatamiento del hombre chileno". A saber: la fundación de Santiago (1542), el triunfo de Chacabuco (1817), y la jura de la Independencia (1818).

JOAQUÍN TOESCA, "CREADOR DE SANTIAGO"

LA EDAD DE LA TIÑA

Expirando la Colonia llegó de Europa este ilustre adelantado de la arquitectura nacional. Paradojalmente, debió forcejear con los propios santiaguinos para llevar a cabo las obras de mejoramiento público que se le encargaron, sufriendo en carne propia ciertos usos locales, desde el chaqueteo hasta el pago de Chile.

Una calle a trasmano y una estación de Metro avivan hoy como pueden la memoria de Joaquín Toesca, el arquitecto italiano que eclipsando ya el siglo de las luces nos trajo las limpias formas monumentales del neoclásico. El Palacio de la Moneda, el frontispicio de la Catedral y la Basílica de la Merced se anotan entre sus obras más importantes y duraderas. Varias otras fueron barridas por la picota, y un par de mazacotes provenientes de sus tajamares mapochinos se exhiben por ahí en calidad de vestigios de los últimos años de la Colonia.

La biografía de Toesca está jalonada de nebulosas. Se sabe que llegó a Chile por una de esas carambolas con que tanto se encapricha el destino: discípulo del famoso arquitecto siciliano Savatini, acompañó a su maestro cuando éste fue llamado a Madrid por Carlos III. En la corte lo sorprendió la solicitud del cabildo santiaguino pidiendo un responsable para la construcción de una casa de moneda y de la última fase de la Catedral. En marzo de 1780 ya se lo registra haciéndose cargo de estas obras.

Vicuña Mackenna consideraba a Toesca más que un simple urbanista: lo veía como "el creador de Santiago". Según el intendente-polígrafo, antes de llegar Toesca, en Chile "no había arquitectura, reglas, proporciones, estímulo, distribución, nada, en fin, de lo que se llama arte y simetría". En definitiva, no había ciudad.

La construcción de los tajamares —asunto de vida o muerte ante las crecidas del río— había estado empantanada en los años previos al arribo de Toesca. Ambrosio O'Higgins pretendió finan-

ciar el proyecto con un impuesto sobre la yerba mate y el azúcar: hubo indignación, macuqueos y consultas enviadas a España a cuenta de la eternidad. "Los santiaguinos", comenta otra vez Vicuña Mackenna, "consentían en ahogarse con tal de tomar mate a poco precio. La mezquindad tiene también su heroísmo".

La cosa no fue, como es de suponer, fácil para el artista italiano. Lo persiguieron aquí —según Vicuña— la envidia y la "tiña del antiextranjerismo". Se contrató a sí mismo como director de las obras del encauce del Mapocho, y para no perderse detalle se obligó a trabajar hasta de aparejador de ladrillos. Para mayor recaudo de las ironías nacionales, fue despedido al tiempo y reemplazado por un albañil iletrado. Como a Toesca le preocupaba la posibilidad de que una obra tan monumental abortara por falta de dirección, suplicó al gobierno que lo dejaran continuar a cargo de los trabajos, e incluso propuso reducir su sueldo —ya exiguo— a lo justo para financiar una calesa que lo llevara diariamente a su casa.

Tanta o más historia tiene la edificación de La Moneda. Toesca le dedicó a la obra 20 años —casi los últimos— de su vida. Fue su ópera magna. Por ella viajó a Lima a presentarle los planos y maquetas al virrey del Perú, y siempre cobró a precio de huevo. Cada año iba hipotecando —para poder comer— el trabajo del año siguiente. En algún documento se queja de verse a sí mismo "urgido y aun amenazado de varios acreedores porque les cubra mis deudas, encontrándome sin medio alguno".

La Moneda estuvo prácticamente concluida en 1796. En su construcción entraron maderas del Maule, alerces de Valdivia, cal de piedra de Polpaico y ferretería —es decir, barrotes y cerrojos— traída por encargo desde España.

Los últimos días de Joaquín Toesca son tan oscuros como su origen. No se sabe bien cuándo murió. Presumiblemente fue en 1799, pero nadie en su momento consideró necesario dejar un registro exacto del hecho.

TONADA DE MEDIANOCHE

Una ambigua —cuando no sórdida— atmósfera domina las proximidades de esta iglesia emblemática de Santiago, construida con mano de obra indígena a comienzos del siglo XVII. Personajes eternos del reparto picaresco de la capital se albergan en esta zona de escalofriante memoria.

Raros y hasta sobrecogedores son los alrededores de la iglesia San Francisco. Una corte de los milagros se instala ahí apenas caen las sombras, cada cual en su negocio particular. Prostitutas en edad de jubilar, mendigos sacados de algún rincón de Katmandú y merodeadores tenebrosos constituyen el fuerte del paisaje humano del sector.

Durante muchos años la escena la presidió El Mohicano, severo guardián del umbral lateral de la iglesia. Junto a la puerta cerrada a machamartillo se establecía por las noches a fumar unos cigarros inescrutables, mientras a su costado flameaban los densos humos de los sandwiches de potito. A cierta hora desplegaba unos cartones corrugados y se metía debajo a dormir. Un tarro de leche Nido le servía de almohada. De una noche para otra ya no se le vio más. Si pasó 30 años en ese lugar sin darle informaciones a nadie, no es raro que su desaparición o presunta desgracia haya quedado también en la nebulosa.

Sobre la identidad de El Mohicano la fantasía santiaguina elaboró tesis inverosímiles. Alguien propuso que se trataba de un artista de tercera fila que había hecho carrera como indio en los simulacros de balaceras del Far West, ese curioso lugar de esparcimiento. Una exoneración injusta había causado la fijación obsesiva del actor con el personaje. Otros lo suponían dueño de una botillería en la calle Santa Rosa. Y cierto habitué del centro nocturno había establecido con su persona la más extraña de las relaciones. Cuando lo veía aparecer reclamaba

con desaliento: “Ya llegó El Mohicano, ya se me fue la Recoleta-Lira”.

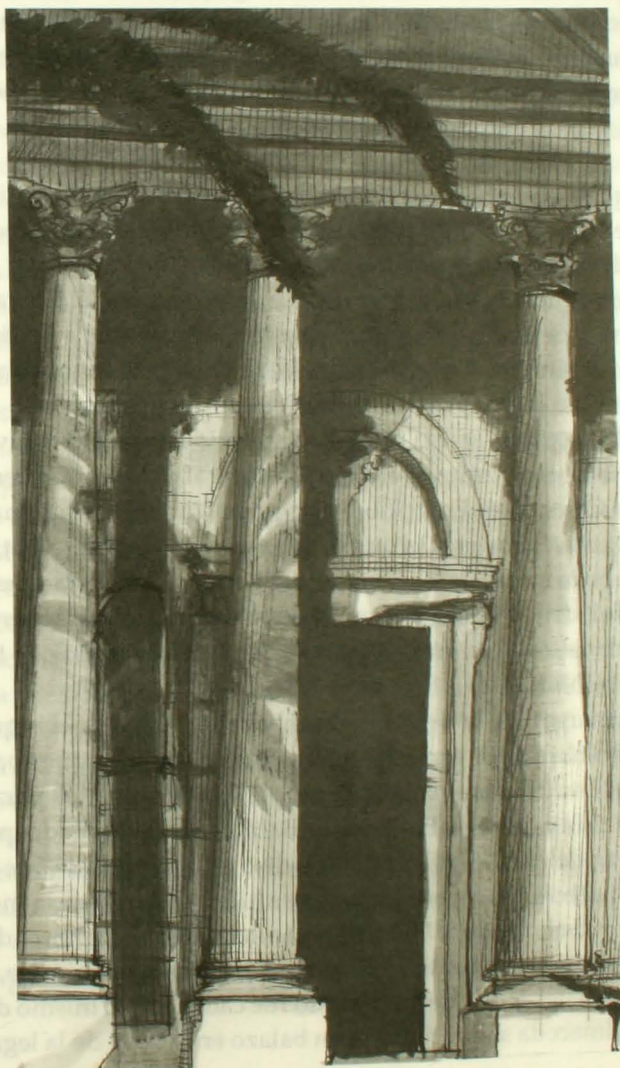
De la antigua Pérgola de las Flores queda tan sólo la pileta de piedra circular que enfrenta a la calle Londres. Si uno pasa por ahí, es difícil no acordarse del comedión musical homónimo y de su repertorio de éxitos. Pedro Messone silbando, Emilio Gaete gesticulando y Ana González carcajeando son estampas incrustadas en la memoria. Una versión cinematográfica de la obra puso a Antonio Prieto en trance de cantar una escalofriante “Tonada de medianoche” en la plazoleta, en estado de ebriedad y apoyado por una coreografía de meretrices. El resto de la película era aún más hilarante.

Recuerdos penitenciales también campean por el viejo templo y sus inmediaciones. En plena Colonia fueron célebres sus procesiones de semana santa. “Innumerable pueblo”, al decir de Alonso Ovalle, se congregaba en torno para observar la Procesión de la Soledad, cuyo acto central era el descendimiento de la cruz: no se oía —cuenta el cronista— más que el martilleo en la madera y los golpes en los pechos de los arrepentidos. Había otra procesión de indios —nocturna— que salía de San Francisco para encontrarse con una de negros, que venía de Santo Domingo. Esta vez lo que se escuchaba eran los golpetazos de las rosetas sobre las espaldas y los alaridos de los suplicantes. En la mañana, un reguero de sangre yesca indicaba el itinerario de los penitentes.

Donde hoy está el hotel Plaza San Francisco Kempinski sobrevivieron por años los antiguos Juegos Diana, con paredones de latón azul, tacatacas y puestos de tiro al blanco en que de un postonazo el interesado podía ganarse una cajetilla de Richmond. Las calles París y Londres —diseñadas magníficamente en los años 20 por Cruz Montt, Schmidt Solar y otros— fueron por siempre el epicentro de la concupiscencia céntrica. La jarana prostibularia terminaba habitualmente en los altos del Indianápolis —un poco más hacia el oeste, por la Alameda— con cumbiancheo garantizado hasta el alba.

Por estos rumbos pasaron una noche de 1970 Marta Irene

Matamala —prostituta callejera, “de estupenda facha”, según quienes la vieron— y un desmejorado cliente. Se asilaron en un hotel de la calle Londres. Al otro día a ella la encontraron asesinada espantosamente. Fue el caso de El Enano Degollador, que en su momento desveló a medio Santiago.



EDIFICIO DE LA FARMACIA BENTJERODT

TRES CAMIONADAS DE PALOMAS

Esta notable construcción de fines del siglo pasado —recientemente recuperada— fue diseñada en Santiago y prefabricada en París en el momento del auge arquitectónico del hierro. Su creador fue un joven arquitecto francés que vino por pocos años y se quedó hasta su muerte, dejando una larga familia chilena.

Cualquier observador atento habrá notado que en la esquina de Merced con Estado subsiste una extraña edificación de hierro y de vidrio, abarrotada de conjeturas arquitectónicas.

Inicialmente (1892) el edificio se llamó Comercial Edwards y perteneció a una señora Jaraquemada. Corresponde a un tipo de construcción prefabricada que tuvo su auge en la segunda mitad del pasado siglo. Por un motivo u otro se ha salvado de la acaballada picota santiaguina. La farmacia Bentjerodt estuvo ahí durante décadas, proveyendo a nuestros abuelos de Cafrenales, Pilules Orientales, Específicos Benguria, Vitalmín Vitaminado y otras extravagancias. De un día para otro, la socorrida botica se diluyó en la noche de los tiempos. Una sucursal de la cadena Santos —“el santito de su economía”— se estableció fugazmente en su lugar, antes de la quiebra, con su llamativa pirámide de tarros de Leche Nido.

Al margen de la digresión farmacéutica, interesa el arquitecto: su nombre es Eugenio Joannon. El destino quiso que abandonara su Francia natal antes de cumplir los treinta años para embarcarse a Chile. El Presidente Balmaceda —avalado por la fortaleza del peso— trajo por esos días a “una pléyade” de jóvenes arquitectos europeos para que se hicieran cargo de la modernización de la ciudad. Neut y Doyere vinieron en la hornada.

Joannon llegó por tres años y se quedó hasta su muerte, a los 74. Esto, a pesar de que su contrato fue caducado el mismo día en que Balmaceda se descargaba un balazo en la sede de la legación

argentina. En Chile se casó dos veces. Primero con Clarisa Krell, joven alemana que conoció en el viaje de venida, y de la cual envidó al poco tiempo; y luego con Rebeca Infante Gana, con quien dejó una larga familia de arquitectos.

Las palomas —tradicional o majaderamente vinculadas a la paz— tienen peculiaridades perturbadoras. Por de pronto, su cabeza y su cuerpo no funcionan con la coordinación del resto de los mortales. Obsérveselas cuando caminan con su habitual parsimonia: la cabeza se les adelanta o se les atrasa y deben hacer constantemente movimientos de ajuste. Hay personas que tienen con ellas fijaciones psicoanalíticas. Dicen que suelen anidar gusanos en la corteza cerebral.

Al revisar hace poco los pisos superiores del edificio de la farmacia Bentjerodt para su remodelación, los obreros encontraron un cementerio de palomas. Sea como fueren los ritos fúnebres de estas aves urbanas, durante una veintena de años habían usado el edificio de Joannon para morir. El poeta Cristóbal Joannon, bisnieto de don Eugenio, anduvo investigando el caso. Sólo pudo averiguar la medida exacta de palomas muertas que hubo que extraer del entretecho: tres camionadas.

Muy de su época, Joannon fue un arquitecto-ingeniero ecléctico. Sus obras tienen elementos barrocos, neogóticos, renacentistas. Defendió por escrito la utilización del hormigón armado en Chile a pesar del derrumbe de la Casa Prá, en 1904, en plena construcción. Escribió también un texto extraño (*Nociones de biología y psicología*), dedicado en parte “a mis hijos, cuando hayan alcanzado la edad varonil”.

De las numerosas edificaciones proyectadas por Eugenio Joannon, muchas quedan aún en pie. Destacan la iglesia de Santa Filomena, en el Barrio Bellavista; la parroquia de Ñuñoa, frente a la plaza homónima; la impresionante comunidad de las Hermanitas de los Pobres, en la calle Carmen; y la casa de la familia Ochagavía, en San Ignacio y Alameda.

DE CHAURRINAS A VESPASIANAS

En esta capital hipertrofiada, invadida todos los días por millones de individuos en incontables ajetreos, la oferta de mingitorios y w.c. es increíblemente pobre. Es raro no hayan aparecido empresarios jóvenes y con visión de futuro para hacerse cargo —de un modo rentable— de una carencia que pide a gritos ser solucionada.

La falta de baños públicos es más que notoria en Santiago. Los que hay se congregan casi exclusivamente en el centro. En los barrios, una persona aquejada de urgencias biológicas debe arreglárselas *por ahí*, o apelar a la buena voluntad de los cajeros de las fuentes de soda. Hasta el más desprovisto de estos expendios luce letrerillos donde se advierte que el uso del baño —aun se trate de un depósito infecto y diminuto— es de exclusivo uso de los clientes.

En el Parque Balmaceda, al comienzo de Providencia, hay unos baños de ladrillos. Los mensajes obscenos y la oferta de servicios sexuales se multiplican en sus muros interiores. Hay otros en la entrada del Cerro Santa Lucía y también en el paso bajo nivel que une Bandera y San Diego. Hasta aquí llegan los cimarreros para cambiarse el uniforme por su ropa de civil y despistar a los inspectores en su diario bartoleo por las calles céntricas.

Otro cruce bajo nivel para peatones, el de Lira, fue durante años una cueva tenebrosa usada espontáneamente como retrete. Refugio de sujetos muy sospechosos, el aire encerrado allá abajo estaba embalsamado de hedores tóxicos. Atravesar la Alameda a través de ese conducto subterráneo era una prueba tanto o más decisiva que hacerlo por la calzada, exponiéndose a la jauría automotriz. Ahora han remozado un poco el túnel, le han puesto baldosines e iluminación, pero los usos extraprogramáticos persisten, tal como lo prueban las tufaradas de amoníaco que salen constantemente por sus dos bocas.

Los baños más conspicuos de la ciudad son las vespasianas de la Plaza de Armas. Se acostumbra a vincular estos servicios a la memoria del emperador Vespasiano, que gobernó en Roma después de Nerón. La biografía de Vespasiano está cruzada de chascarros relacionados con bajas necesidades humanas. Patrono de excusados y baños, fue cierta vez acusado por su hijo Tito de gravar con impuestos hasta a la orina. Cuando recibió las primeras ganancias por este concepto, tomó los billetes y se los puso a su hijo en la nariz. “¿Huelen a orina?”, le preguntó. “Debo reconocer que no”, repuso Tito. “Y sin embargo son orina”, concluyó el gobernante. Vespasiano murió a los 69 años, con el estómago estropeado por el abuso del agua fría, según Suetonio. Cuando sintió que el minuto de su muerte se precipitaba, se levantó de la cama para morir de pie, como debían hacerlo —en su concepto— los emperadores.

Los viejos baños públicos santiaguinos (a principios de siglo había unos ocho) estaban hechos de tabla y se subdividían en seis compartimentos, con “tazas de cimientos romanos” para recoger el agua de las duchas. Estas “letrinas inmundas” se llamaban chaurrinas, en honor del intendente Echaurren, su promotor. José Zapiola anota recuerdos muy anteriores, de los albores de la República. Dice que todos los cafés capitalinos se distinguían por el pésimo olor que alcanzaba hasta la calle, proveniente de unos tientos llamados cancos, dispuestos en los patios para comodidad de la clientela. El memorialista deja constancia de unas letrinas terribles, a un costado del Teatro Municipal (“no era posible pasar por esta vereda sin gran peligro y, aun así, con las narices tapadas”). Había además otras —peores— en la calle Huérfanos y en Santo Domingo, bajo cuyas inmundicias ciertos ladrones escondían una escalera para sus trabajos nocturnos.

LA MECA DE LA BULLA

El Presidente Errázuriz acuñó en su momento una frase: "Nunca falta el tontón con fósforos". Hoy, un paseo por las calles santiaguinas nos lleva a comprobar que nunca falta el tontón con bocina, con casetera, con megáfono ni con el escape libre. Es la vida moderna, se dirá. Falso: simplemente es la arrebatadora mala educación.

John Ruskin, el prerrafaelista, sufría lo indecible en Venecia de fines del siglo pasado. Lo torturaban no sólo los cables de electricidad intruseando en el paisaje, sino que sus oídos hipersensibles era fustigados por el ruido. Lo que más intolerable le resultaba era "la horrible canción Santa Lucía", entonada por gondoleros. Un escritor dijo, refiriéndose al caso, que en Venecia de entonces la sordera era una beatitud. ¿Qué se podría decir entonces de Santiago, invadida por caseterías y boliches con wurlitzers en que se reproducen canciones peores y más estridentes que ésa?

Cierta tarde de 1970, en la Municipalidad de Santiago se recibió un llamado importante. Era Jorge Alessandri —don Jorge—, indignado porque el ruido de unos trabajos que se estaban haciendo en la calle Phillips le impedían dormir su proverbial siesta. Envidiable omnipotencia de ex-mandatario: las labores se suspendieron hasta que El Paleta hubo cumplido su compromiso vespertino con Morfeo.

Ruidos producidos por personas que están haciendo trabajos útiles, se vuelven casi excusables ante el aluvión acústico irracional de hoy. La gratuidad del ruido impera hasta en el más apartado extramuro. La sobreproducción industrial ha posibilitado que por cada individuo exista una casetera o un "equipo". La "influencia negra" ha sido, en este sentido, nefasta: raperos y otros antisociales le han enseñado a la gente que la música estridente y gritada lleva un sello de distinción.

Las alarmas automotrices, por su parte, configuran un cuadro de estupidez social. ¿Para que sirve esa música confusa de hipos y alborotos electrónicos? Cada vez que suena uno de estos dispositivos, el público parece dispuesto a alejarse de la fuente de perturbación. Además, son los mismos dueños los que generalmente las activan y no hay manera de distinguir al dueño de un auto del sujeto que pretende robar dentro de él. Otros agentes que gatillan esta alharaca son: los cambios de temperatura, los temblores, los gatos y los pelusones que no tienen más que hacer que andar zamarreando autos.

Otra inutilidad vinculada al tema fueron unos curiosos ruidómetros instalados en esquinas claves a fines de los años 80, para medir la "contaminación acústica". Un oscilador bajaba o subía por una barra cuando pasaba una moto o cuando de los frenos mal aceitados de una micro emergía ese chillido que se mete por los huesos del escucha, retorciendo su cuerpo en un escalofrío. Junto a los ruidómetros, por demás, se veía frecuentemente grupos de muchachones —e incluso uno que otro adulto— desgañitándose a grito pelado para promover el movimiento del indicador. Para otra cosa, el aparato no servía.

Las contradicciones municipales en el debacle acústico abundan por no faltar. Hace un tiempo, el alcalde Ravinet suprimió el cañonazo de las doce, una de las pocas cuestiones que en Santiago han durado algunas décadas. Todos los santos días venía puntual el estampido, y las palomas arrancaban y los burócratas del centro ajustaban sus relojes. La presión luego fue más fuerte y Ravinet debió reconsiderar la medida. Al menos, el cañonazo es un ruido controlado, civilizado y breve. Un entuerto por el estilo se originó con los canutos de la Plaza de Armas, cuando la municipalidad les prohibió predicar en la vía pública. La medida muchos agnósticos aplaudieron, pues algunos de estos pastores han armado verdaderas chinganas callejeras. Los protestantes se alzaron en pie de guerra —confiando en el poder de sus huestes— y hubo que retractarse. Y de este estilo —diría Vicuña Mackenna— ha sido la bulla.

LO FEO

A la antropología debiera interesarle el caso: una sociedad que se autoflagela erigiendo en el corazón de su ciudad capital un ídolo de piedra que contraviene los mínimos consensos de los bello y, más aun, de lo decente. El sonsonete de los predicadores y el rap de las tocantinas le llevan el amén al supuesto aborígen.

No bien hubo iniciado su mandato en 1773, el Presidente Jáuregui —espantado por el libertinaje de las masas y los homicidios de cada noche, fruto amargo de las pendencias alcohólicas, mandó a levantar una horca en medio de la Plaza de Armas y un espectáculo nuevo comenzó a animar la vida diaria santiaguina. Además, al pie del patíbulo, aquellos vecinos sorprendidos portando elementos cortopunzantes eran castigados con medidas ejemplares: cien latigazos. También debían pasearse por la plaza a lomo de mula, con los cuchillos en cuestión colgando de sus correspondientes cuellos.

Otro edicto de Jáuregui fue la prohibición de que se depositaran frente a la puerta del ayuntamiento los cadáveres no identificados encontrados en la calle. El motivo principal era que “se los comían los perros”.

Han pasado dos siglos y el cuadro de costumbres que ofrece la Plaza de Armas no es mucho más edificante. El hervidero humano que se congrega ahí —sobre todo los fines de semana— conforma una visión propia del juicio final. Junto a las máscaras diabólicas del Conejo de la Suerte y del Hombre Araña agitadas por un viento cargado de frituras, un predicador gira en el suelo sobre su columna vertebral, levantando las piernas mientras lanza amenazas bíblicas a los transeúntes. ¿Será para tanto?

Más allá, cada cual mete ruido a su manera y todo lo que se pueda: organilleros, raperos y evangélicos se expresan dramáticamente ante un público sonambulesco. El “cuerpo automovilístico”

ta" de la Iglesia Pentecostal ensaya un tango cristiano con bandurrias y acordeones. En las escalinatas de la Catedral un grupo de huasos espera su turno arpa en mano.

Desde esas escalinatas —dicen— salió alguna vez por milagro una estampa de la Virgen del Carmen y fue a depositarse a muchas cuadras, entre los árboles de una chacra de la Cañadilla. El obispo Marán mandó a construir en el sitio la Parroquia de la Estampa Volada, en homenaje a la Virgen que años antes le había salvado la vida, cuando los indios de Concepción se jugaron su cabeza a la chueca.

¿Qué habría pensado el santo varón de la necesidad de erigirle hoy un monumento al pueblo aborígen? No lo sabemos.

Lo que sabemos es que en la esquina surponiente de la plaza se alza el tal monumento: el gigantesco fragmento de una carota hipertrofiada que enfrenta al observador con expresión de idiocia. Por detrás —para mayor abundamiento— tiene incrustado una especie de huevo antediluviano. Si a uno —simple ciudadano— lo ofende tanta fealdad, el pueblo aborígen debiera sentirse más ofendido todavía. Se podría preguntar abiertamente: exceptuado el escultor —de apellido Villalobos—, ¿habrá alguien a quien le guste la escultura del indígena?

Los caminos del arte son más múltiples que la viña del Señor. El escultor Villalobos consideró necesario agregar una explicación a su engendro en una placa anexa. Nos informa que se trata de un "hombre separado de su tierra", que la semilla (porque eso era el antedicho huevo: una semilla) corresponde a "la vida que genera esperanza". También está representada "la tierra fragmentada", aunque este concepto ya es demasiado oscuro para nuestro entendimiento.

Anochece y la plaza sigue sofocada de humanidad. Un perro afónico persigue —ladrando— a un chinchinero que gira enloquecido por su propio tamborileo. Una guagua, con la boca embadurnada por el helado mantecoso, se enreda en sus propios chales y cae de cabeza contra el pedestal de la estatua del aborígen. Lanza un berrido y sobre la marcha la madre le planta una

cachetada reforzada con un grito. Como un ídolo sangriento, como el espíritu ancestral de lo feo, el indio monumental comienza a esbozar una sonrisa de triunfo.



PALACIO DE LA ALHAMBRA

EL SUEÑO DE UN MINERO

En Compañía, entre Teatinos y Amunátegui, aún está en pie este capricho arquitectónico del siglo pasado, que trata de emular al famosísimo palacio y fuerte granadino. Abigarrada al máximo, la edificación fue uno de los primeros exabruptos urbanos del viejo Santiago, colonial, sobrio y achaparrado.

Imitaciones arquitectónicas de Europa ha habido varias en Santiago, y de variado calibre. La iglesia de los Sacramentinos —en Arturo Prat— es una réplica en cemento del Sacre Coeur parisino. No deja de ser una alegría divisarla iluminada por las noches, desde cualquier punto remoto. En la esquina de Alameda y Estado estuvo el Palacio Undurraga, de un gótico narrativo y tenebroso. Fue hecho a semejanza del City Hall de Munich. La inconsciencia nacional lo echó abajo a mediados de los años 70 y puso en su lugar un edificio borroso y fome.

La Alhambra, en la calle Compañía, es por cierto un duplicado a escala del célebre palacio morisco de Granada. Lo hizo construir en 1863 el opulento minero Francisco Ignacio Ossa y tuvo el ánimo de vivir durante dos años en sus musulmanas atmósferas. La mansión fue inaugurada con un baile-monstruo, de disfraces, en el que estuvo medio Santiago y donde se vio a Diego Barros Arana ataviado como miembro del Directorio.

La idea de levantar un palacete oriental es muy de la imaginación de mineros, infestada de romanticismo. Puertas de cedro, columnatas, capiteles y una jerigonza de arabescos en el cielo raso con leyendas de Alá y poemas arábigos dan la tónica de la casa de Ossa. Es difícil hacerse una idea de cómo habrá sido —fuera de las fiestas— la vida cotidiana en medio de semejante decorado.

En 1867 la casa pasó a poder del agricultor y político Claudio Vicuña, uno de los hombres más ricos del pasado siglo, dueño de la historiada hacienda de Bucalemu y brazo derecho de José Ma-

nuel Balmaceda. Vicuña hizo algunos arreglos en La Alhambra y empedró la entrada a la casa con las tabas de los corderos de su hacienda.

Es fácil entender que la Revolución del 91 fue para Vicuña un episodio negro. Su ornamentada residencia fue un festín para los saqueadores carboneados por elementos de la facción triunfante. Cuadros, estatuas y mobiliario fueron arrojados a la calle por las hordas armadas de machetes, sedientas de venganza. Libros y cortinajes animaron improvisadas hogueras y no faltaron quienes quisieron extender el fuego a la casa de una buena vez.

Después, Vicuña partió al exilio y el palacete fue ocupado para cuartel de caballería. Dicen que la fuente de los leones del segundo patio fue destinada a "olla grande" para la sopa de la soldadesca o a abrevadero de caballos.

Hondamente afectado, Vicuña no quiso saber más y en cuanto le fue restituido transfirió el palacio a Julio Garrido Falcón, quien vivió en La Alhambra durante treinta años. Conocedor de la manía demoledora de los santiaguinos, Garrido legó la propiedad en 1940 a la Sociedad Nacional de Bellas Artes, con la condición de hacerse cargo de la integridad del edificio. Durante años estuvo a la cabeza de esta entidad "el irreductible" Pedro Reszka, pintor que "siempre apuntaba sus fuegos contra las audacias iconoclastas de la juventud".

Alguna vez, el incendio de varias propiedades vecinas estuvo a punto de dejarnos sin Alhambra para siempre. La mansión escapó con algunos daños producto del fuego y del agua, pero la pérdida en obras de arte fue significativa. La tarde del incendio podía verse a Reszka llorando sobre los escombros. No sólo los bomberos lucharon contra las llamas voraces, sino además los artistas. Al final, en medio de los restos humeantes, el pintor José Caracci decidió levantar el ánimo de sus pares y sacó su libretto de cheques, dando el vamos a una suscripción solidaria con un aporte de cien mil pesos.

SAN ANTONIO

DE AMOR Y DE SMOG

La crónica policial acecha siempre en esta antigua vía, trasbordo obligatorio de las multitudes que se dirigen hacia La Granja y otros extramuros en una incesante seguidilla de micros. El matrimonio —o su necesidad— está oculto en el origen del nombre de la calle, según se sabe la más contaminada de Santiago.

En la pequeña ciudad italiana de Padua aún se conservan —disechadas— la mandíbula, la tráquea y la lengua de San Antonio, el patrono de los casorios y de las cosas extraviadas. Ante su efigie, las niñas afligidas prenden velones con la esperanza de que el santo les encuentre marido. Varias canciones populares han celebrado a este varón indispensable, entre ellas una cumbia horrífona de hará unos veinte años, donde se repetía: “Y dile a San Antonio que te traiga un novio, que te traiga un novio...”.

No por otra cosa la céntrica calle San Antonio se llama así. Inicialmente se la conoció como Callejón del Socorro, y después como Callejón del Licenciado Pastene. En pleno siglo XVI, se hizo costumbre que los miércoles enfilaran por aquí —cirios en ristre— las quinceañeras coloniales, rumbo a una imagen del santo localizada en uno de los muros de San Francisco. El uso y el abuso de estas peticiones concluyeron en que el callejón pasó a llamarse *de San Antonio*.

Un estudio de relativa actualidad síndica a esta calle como la más contaminada de Santiago. Desde el alba y hasta más allá de la medianoche, en su calzada se acumulan en fila interminable las San Cristóbal-La Granja, pujando siempre. Quien se atreva a pasear por San Antonio deberá estar dispuesto a recibir una densa tufada de smog en sus pulmones. Para reponer fuerzas, se recomienda adquirir un pan con chicharrones y media docena de huevos duros en la esquina de la Alameda, a un paso de Almacenes París.

A todas luces, San Antonio ya no es la vía de las ilusiones amorosas juveniles. Incluso, en ciertos casos, lo ha sido más bien de las desilusiones: dicen los informados que en uno de los departamentos de la primera cuadra atendió hasta hace poco una patibularia clínica abortiva. Tarde tras tarde, las atribuladas pacientes se reunían en un pasillo y en las escalas del edificio. De repente se abría la puerta y se insinuaba la figura de un hombre atroz: el abortero. Hacía pasar a las postulantes de a una, les daba un sermón distractivo contra el aborto y luego les decía: ¡Preséntese mañana con tal suma de dinero en un cambucho!

El cruce de Agustinas le da a la calle un cierto respiro de humanidad. El Teatro Municipal, el invariable Café Paula y el palacete de Francisco Subercaseaux (actual Banco Edwards), conforman un triángulo habitable, o al menos contemplable, de otro tiempo. Más al norte la cosa nuevamente se desbanda. En las proximidades de Esmeralda y de la temible Diagonal Cervantes deambulan por las noches prostitutas inverosímiles y sujetos cetrinos, del tipo sospechoso, solapados en un paradero de micros, tasando los movimientos ajenos. Con su apedreado letrero luminoso, el cabaret Pussycat (donde mueren los valientes) anima discretamente el sombrío paisaje.

Vicuña Mackenna cuenta un curioso hecho de sangre que tuvo lugar en una casa de San Antonio en los primeros años del siglo XIX. Una mañana se encontró muerto en su cama a un hombre conocido y acaudalado. El cadáver no presentaba signos de violencia, pero el forense, al revisarlo, encontró una minúscula herida de estilete en su axila izquierda, exclamando de súbito: ¡Este individuo ha sido asesinado por un catalán!

No se sabe mucho más sobre el caso, pero, en efecto, tiempo después la policía detuvo a dos catalanes, que confesaron la autoría del crimen. Ambos fueron ahorcados en la Plaza de Armas.

RAMALAZOS DEL SANTIAGO NOCTURNO

En apenas unas pocas cuadras, esta calle de viejo trazado une lugares distantes en espíritu: el recatado Parque Forestal y el tramo más oscuro y solapado de San Antonio, abarrotado de hoteluchos, topless y restaurantes del tipo "donde mueren los valientes". Ahí el traspase es cosa viva y peliaguda.

En un principio, la actual calle Esmeralda se llamó Tapada de Santo Domingo. La causa es evidente: hasta 1885 estuvo cerrada en su extremo poniente por un murallón del convento de esa orden. Fue más conocida, sin embargo, como Calle de las Ramadas. José Zapiola se acuerda de que a comienzos del pasado siglo, y por la proximidad de una acequia, por estos lados "se formaba, decimos mal, había en permanencia una laguna pestilencial cubierta con las yerbas que produce toda agua detenida".

Frente al charco —donde los carruajes naufragaban— estaba la casa del vecino Francisco Carrera. Uno de sus enemigos había dibujado una multitud de ceros en su frontis, con una versaina de añadidura: "Al que cuente estos millones/participo la mitad/ porque en su necesidad/cuente el dinero a montones". Los sarcasmos rimados eran bastante comunes en las paredes de la vieja República.

El nombre de Esmeralda le vino a la calle precisamente después de los gloriosos hechos de Iquique. Despuntando este siglo ya constituía una unidad de caserones bajos y pesados, mansiones chilenas al viejo estilo. En una de estas casonas —en la esquina con San Antonio— vivió Eliodoro Yáñez y su hijos Pilo (Juan Emar) y María Flora Yáñez, también escritora. En sus *Visiones de infancia*, esta última describe la zona como un edén de melancólica inactividad. La visión de la Cordillera sólo era interrumpida por la torre de alguna iglesia y el silencio general por el paso de un esporádico tranvía. San Antonio, en tanto, era la vía oficial de

los cortejos fúnebres: espectáculo mayúsculo para los niños de ese tiempo.

En sus escasas cuadras, Esmeralda es hoy una calle misteriosa, con un sector bastante distinguido —en las inmediaciones del parque— y otro que es puro arrabal. En la parte elegante sobrevive el gran edificio curvo de la esquina con Miraflores, algunos de cuyos departamentos son laberintos interminables. Unos metros más allá destaca el Instituto Goethe, que en los años setenta —en pleno “apagón cultural”— fue un oasis de información y sociabilidad. Las cosas fueron tan raras por entonces, que una simple exhibición de *El tambor de hojalata* congregaba muchedumbres a las puertas del recinto, pugnando inútilmente por entrar a una sala copada. El portero del Goethe odiaba estas alteraciones y detestaba profundamente al músico Stockhausen, según lo manifestaba a quien quisiera escucharlo.

En las proximidades de San Antonio está la sección nocturna y lumpenesca de Esmeralda. Uno de los viejos prostíbulos —cuyas asiladas comenzaban a trabajar como a las diez de la mañana— acaba de ser echado abajo. En ese lugar se dio hace poco un caso peculiar: para desentrañar un crimen pasional, una detective de Investigaciones estuvo dos meses haciéndose pasar por prostituta. Sus desvelos tuvieron éxito.

La inmediata Plazuela del Corregidor tiene un cierto encanto parisino, sobre todo de noche, con sus faroles ocultos y su fuente. Dicen que en la mayoría de los edificios de la plazuela se arriendan departamentos parejeros, tarifados por horas. En lo que queda de la casa del corregidor Zañartu funcionó años ha una célebre boite, “el primer lugar donde se podía bailar a oscuras en Santiago”. Se llamaba la Posada del Corregidor. Era un sitio recurrente de los clandestinos suscriptores de Cupido. Los mozos atendían con linterna y los músicos de la orquesta eran ciegos. El periodista Rakatán presenció en esas penumbras una escena fatal: una señora llegó con su amante y, mientras se acomodaban, el mozo alumbró de refilón a un señor que arrullaba a una joven:

era el esposo de la infiel. La mocha fue, como conviene al caso, "de padre y señor mío".

Hoy, las tinieblas bailables de la Posada han dejado lugar a las luces del entendimiento y del arte: la Municipalidad de Santiago ha instalado ahí su Casa de la Cultura.

PLAZA DE LA MERCED

LA ESQUINA DE LA MAMITA

Sin otro ornamento que un par de palmeras y una estatua, e inadvertida para la mayoría de los usuarios del centro, esta plazuela es una de las primeras de que se tenga memoria en Santiago. En su remoto origen fue concebida en relación al templo vecino, pero la calle Mac-Iver los separó para siempre.

La caridad cristiana fue el norte único al que consagró su vida Antonia Salas de Errázuriz, hija del filántropo Manuel de Salas. Mujer de fortuna relevante —casada con el patricio Isidoro Errázuriz—, dicen que en sus desvelos por la suerte del prójimo no hubo jamás un mínimo desmayo.

Ya de niña se la veía casi a diario junto a su padre recorriendo los hospitales santiaguinos para llevar algo de consuelo a los postrados. Más tarde, durante los años de la Reconquista, acogió a los patriotas perseguidos por Marcó del Pont. Cuando vino la epidemia de viruela en 1820, convirtió su casa de la Chacra San Rafael (Valle del Maipo) en hospital para los contagiados. Para la revolución de 1851, no pudiendo hacer la caridad por su propia mano, mandó a sus hijas a Talca para improvisar un hospital de sangre y auxiliar a los heridos de la batalla de Loncomilla.

“Sin ser hermosa —anota un cronista— tenía el supremo encanto de la bondad en su fisonomía dulce y triste, como si todos los dolores humanos hubieran penetrado en su corazón y se reflejaran en la melancólica luz de su mirada”.

En la ancianidad, doña Antonia no sólo fundó la Sociedad de Beneficiencia de Señoras y la Casa del Buen Pastor sino que —consternada ante el avance de la mortalidad femenina en el país— no paró hasta que en la Escuela de Medicina reabrieron el curso de obstetricia. Otro de sus logros fue que se instalaran en Chile las Hermanas de la Caridad, y los hospitales de Ancud y San Fernando fueron también sus beneficiarios.

Llegó entonces un momento en que el pueblo, desbordado de afecto, la apodó La Mamita.

Esta es la persona —harto desconocida hoy— de cuya memoria da cuenta la escultura central de la pequeña Plaza de la Merced, en la esquina de Merced y Mac-Iver. Unas especies de setos han crecido ocultando en la base de la estatua el nombre de la benefactora, pero cualquier curioso puede abrirse paso entre las ramas para comprobar la inscripción.

La Plaza de la Merced es, por otra parte, bastante extraña, sobre todo si uno piensa que corresponde a una de las seis plazas coloniales que todavía se conservan en Santiago. Construida en relación directa a la vecina basílica, prácticamente es un lugar de paso, sin bancos ni surtidores. Los negocios que la flanquean parecieran estar ahí desde siempre. Se trata de la tintorería Manchester, de una importadora de fertilizantes para el agro, de una tienda de lámparas en liquidación permanente y de una somnolienta rotisería.

La Basílica de la Merced fue construida por Toesca. El carillón —con 25 campanas— fue traído de Alemania hace no mucho (1928), y lo armó —sin folleto de instrucciones— un hábil relojero local. En una de sus pasadas por Chile, el tanguero Enrique Santos Discépolo mataba las horas en el hotel escuchando las lentas campanadas. Con la experiencia auditiva, su privilegiado numen poético creó el tango que empieza así: “Yo no sé por qué extraña razón encontré/carillón de Santiago que está en La Merced/en tu son inmutable la voz de mi andar/de viajero incurable que quiere olvidar...”.

La basílica tiene también otras historias musicales: la imagen de Nuestra Señora de la Antigua de la Merced —con manos y cabeza talladas— es uno de los tesoros del templo. Fue traída a lomo de mula en 1548 por fray Antonio Correa, mercedario portugués. Asiduo a la guerra y amante de la música, su fama de maestro de canto llegó a los oídos de Tirso de Molina, que escribió sobre él: “Enseñó a cuatro de los indios más capaces a cantar y les sacó maravillosos ministriles”.

RECUERDOS DE UN PETORQUINO

En esta hermosa casa vivieron, en la segunda mitad del siglo pasado, dos Presidentes de Chile: Manuel y Pedro Montt. Acorralada entre edificios de concreto, hoy la mansión apenas se distingue, pero ahí está, con sus lampareras y sus restaurantes cuya especialidad es el conejo escabechado.

La calle Merced se llamó alguna vez De los Mayorazgos, en atención a la prosapia de sus vecinos. En este sentido, la cuadra más connotada era la que delimitaban Estado y San Antonio. De las viejas edificaciones no queda ahí sino la Casa Colorada, del Conde de la Conquista. La mayoría de esas casas ostentaban en sus frontis el mojinete, esculpido en madera con el emblema familiar. Cuando se abolieron los títulos de nobleza, en 1818, tales mojinetes causaron incomodidad a sus dueños y hubo quienes debieron disimularlos con barro. A otros les fueron arrancados. Los petimetres de la época —comandados por un cierto Bartolo Araos, “el príncipe de los lachos”— se divertieron arrastrando estos escudos por las calles, ensortijados en una cadena.

El solar de Merced 738 estuvo desde antiguo ligado a la familia Montt. Los registros indican que anteriormente hubo ahí una casa colonial, de balcón corrido, perteneciente al comerciante vasco Martín Larraín. Esa propiedad era una de las pocas que disponía de agua propia a comienzos del pasado siglo. Probablemente tenía conexiones con sus conventuales vecinos de La Merced, que habían instalado un sistema de cañerías desde el Mapocho. Pero la casa de Montt corresponde al estilo de mediados de siglo. A pesar de su austeridad, debe haber sido imponente en su época.

Incontables páginas se han escrito sobre la obra política de Manuel Montt. Algo menos sobre su vida. Hay que decir que su padre entregó su fortuna a la causa de la Independencia. Cuando los soldados realistas llegaron al fundo de Paula Jaraquemada,

buscando a este señor, no repararon en el niño Manuel, enjuto y moreno. Doña Paula les advirtió: "Aquí les tengo a uno que sabrá mañana engrandecer la libertad". También, según Adriana Montt, les agregó unas "cuchufletas en latín, aprendidas al acaso", que los godos no entendían ni por asomo. Así, cuando les dijo "*femineis yunges*" ("agregarás los nombres femeninos"), le contestaron: "No queremos para nada los yugos".

El mito de la pobreza inicial de Manuel Montt cubre una verdad relativa. Al morir su padre, el niño —nacido en Petorca— se educó entre parientes santiaguinos acaudalados. En el Instituto Nacional fue un alumno notable. Su tía Adriana cuenta en una carta de 1826: "Manuel Francisco está sacándose tan buenas notas, que Cipriano Pérez —su padrino— está creyendo que él es su hijo y se está poniendo manilargo con todos los profesores; les da y les repite en las visitas sus copitas de aguardiente anisado de Aconcagua, les saca limas y naranjas de Petorca, panales y dulces de las monjas y aun sus buenos platos de picarones y sopaipillas, higos y quesillos de duraznos almendrucos, que son tan particulares".

Posteriormente, Manuel fue inspector y rector del Instituto. Sus vinculaciones en la política nacieron de su cercanía con los Balmaceda Fernández, a quienes asistía como abogado. Cuando tenía casi cuarenta años, "se arregló" su matrimonio con Rosario Montt Goyenechea, de quince, hija de una de sus primas. Dicen que mientras Montt y su futura suegra discutían las condiciones del casorio, Rosario andaba por los patios de atrás de su casa, elevando volantines.

La niña llegó a ser un apoyo inestimable durante el decenio en que su marido gobernó el país. Desde que se supo que el barbero de La Moneda pretendía degollar al Presidente, se convirtió en la única persona autorizada para afeitarlo. Bastante apasionada, cada vez que se hablaba de conspiradores revolucionarios le decía "fusílalos, Manuel". En este asunto en particular, Manuel no le hizo caso jamás.



El viento soplaba con fuerza y los árboles se agitaban como si quisieran escapar de su prisión.
Los soldados estaban en silencio, mirando hacia el edificio con una expresión de respeto y temor.
Cuando los soldados volvieron a moverse, fue hacia el lado de la iglesia, donde se encontraba el altar.

CERRO SANTA LUCÍA

EL BASTIÓN DE LOS BESUCONES

Una arquitectura fantasiosa y una naturaleza desbordante han transformado a este paseo —el más distintivo de Santiago— en un jardín del amor para desheredados. Sus fortificaciones y cañones impresionan, pero las únicas guerras que se prodigan por sus escondrijos son, según se puede observar, las de los atraques y arrumacos.

Un reciente documental de la televisión inglesa destacaba el gran número de parejas besándose en público que podía verse por las calles de Santiago. Con su dulce descompromiso, el pololeo parece ser una modalidad amatoria netamente criolla y los vericuetos encantados del Cerro Santa Lucía el lugar ideal para concretar los mandatos de Eros. La gente —quién sabe por qué— suele relacionar el amor con los decorados exóticos, y en el Santa Lucía los besucos se distribuyen desde temprano por pagodas, ermitas, jardines babilónicos, atalayas y peñones abruptos.

Toda esta imagería nació —como es archisabido— de la cabeza humeante de Benjamín Vicuña Mackenna, quien se demoró tan sólo un par de años en cambiarle el pelo al indigente cerro Huelén, en su momento “una doliente aglomeración de rocas, albergue de la pereza y el crimen”. A un costado de este peñón trabajó por décadas el gran molino San Pedro, y en 1923 el primer **Alessandri** instaló unos fracasados baños públicos, “con agua sucia”, según el cronista Zapiola.

Rubén Darío llegó a Santiago en 1886 y se declaró inmediatamente deslumbrado. Llamó al Santa Lucía “una eminencia deliciosa llena de verdores”. A comienzos de este siglo —la época que Joaquín Edwards Bello denominó “el tiempo gordinflón”— había en el cerro uno de los mejores restaurantes de Santiago. En su comedor de cristales se reunían en bullanguera comparsa los gourmets y los figurones del momento, exhalando en las risotadas el humo espeso de sus habanos.

También hubo por entonces un teatro y una escuela donde se impartían cursos de perfeccionamiento para profesoras. Según consigna la revista *Zig-Zag*, a estas últimas “se les anublaban las pupilas” y temblaban de emoción cuando el instructor hallaba meritorias sus clases. El cañonazo de las 12 —detonado en esos días en conexión con una señal telegráfica emitida desde el observatorio de la Quinta Normal— ponía fin a tantas efusiones y señalaba la hora del lunch.

Hoy día ni la escuela ni el restorán existen, pero es posible que todavía queden en su defecto unos kioscos con berlines y fantas medio tibias, una vianda a la medida de los escolares cimarreros que han hecho del cerro su bastión. Ahí pasan sus horas muertas (que son muchas) lanzando proyectiles a los techos de los autos o fumando en poses trascendentales. Hace un par de años, uno de estos jóvenes se desbarrancó y murió ensartado en una de las rejas de lanza del lado poniente del cerro.

Los monumentos del Santa Lucía son tema aparte. El más visible es el frontón que da a la Alameda y que pretende honrar la memoria de Gabriela Mistral con imágenes de pesadilla. Por su parte, el enhiesto Caupolicán de Nicanor Plaza permanece impertubable a los problemas de identidad. Alguna vez, los que ven debajo del alquitrán insistieron en demostrar que el escultor había representado con esa figura al último de los mohicanos para participar en cierto concurso. Como no ganó, simplemente bautizó de nuevo su obra con el nombre del prócer araucano. Dicen incluso que Luis Thayer Ojeda descubrió en la base una plaquita inculpatoria en inglés: “The last of the mohicans”.

El escritor Luis Orrego Luco y Jorge Délano fueron cerreros famosos. Es cuento conocido que para capear clases en el Instituto Nacional, Coke y un compañero suyo —nieto de Vicuña Mackenna— se refugiaban en el Santa Lucía. Abrían la capilla donde reposan los restos del historiador y el niño Vicuña se metía al confesionario vestido con la ropa del cura. Increíblemente, no faltaba el distraído que le confiaba sus pecados.

CALLE SANTA LUCÍA

TELEFONAZOS EN LA NOCHE

Esta calle amplia y arbolada no debe tener émulos en el mundo. Con una línea continua de edificios que alguna vez fueron modernos, de día aparece discreta y alegre, animada por los bríos del follaje cerrero. Pero a la hora de las sombras se convierte en una ruta más de la concupiscencia de la carne.

Curioso destino el de Santa Lucía: es una calle bonita y estratégica, pero la gente —taxistas incluidos— no la ubican de buenas a primeras. Por lo general se la confunde con José Miguel de la Barra, su antecedente por el norte. Hay que aclarar entonces que Santa Lucía nace en Merced y bordeando el costado poniente del cerro se hunde en el paso bajo nivel de la Alameda. La calle tiene otras peculiaridades. Es la última del “casco céntrico”, pero no tiene nada que ver con el centro. En muchos de sus edificios no se permite la instalación de oficinas. La vida urbana, en el viejo sentido, se mantiene a despecho de una ciudad maniatizada por los cambios.

La calle tiene escaso comercio: no hay más que un par de peluquerías, un café llamado Cyber Cofee, una importadora de juguetes (en cuya vitrina destaca un Doctor Spok de goma), un negocio de aparatos telefónicos; una academia de karate y otro café —nocturno y subterráneo— bautizado con el literario mote de Yo Claudio.

En realidad el Yo Claudio es una fuente de soda similar a las miles que ofrecen shops y completos en todo Santiago, pero hay un detalle que la distingue: concentra el intenso ajeteo homosexual de la zona. Muchachones venidos sepa uno de dónde aplanan durante horas las veredas, a la espera de automovilistas interesados en sus servicios. Ahí se les ve, todas las santas noches, distribuidos bajo los árboles, fumando con expresión aburrida. A veces se sumergen entre las sombras propiciatorias del cerro, de-

safiando el reciente enrejado, o buscan intimidad tras el monumento de don José Victorino Lastarria.

Los teléfonos de la esquina de Huérfanos son la verdadera oficina de este mercado sexual. A veces, en las madrugadas, cuando no hay un alma, suenan melancólica e inútilmente. Es fácil suponer que al otro lado de la línea algún sujeto agoniza de ansiedad clandestina.

Pero hay que decir que Santa Lucía es además una calle alegre y elegante. La presencia del cerro le da un carácter único en el mundo y su vecindario es digno de mención. En el edificio conocido como El Buque vive y recibe Julita Astaburuaga, árbitro santiaguina de las buenas maneras y de las pertinencias sociales. Escritores hay varios: Jorge Edwards, Jorge Marchant Lazcano — que intenta concentrarse en medio de los combazos y martilleos de las remodelaciones— y Alejandro Sieveking, a quien se ve a menudo paseando con su esposa, la actriz Bélgica Castro.

Antes Santa Lucía se llamaba Calle de Bretón, en atención a un vecino pudiente de ese apellido (hoy sólo Dios y las actas del cabildo conservan memoria de su paso por el mundo). Cuando a fines del siglo pasado Vicuña Mackenna inició los trabajos de heroseamiento del cerro, la calle tenía casas en ambas veredas. Se trataba de viejas y chatas casonas santiaguinas, de las que quedan actualmente poquísimos ejemplares en algunos barrios. Al intendente no le faltaron problemas a la hora de hacer realidad su ensoñación paisajística. Los dinamitazos —razonablemente— molestaron a los habitantes de la Calle de Bretón: las piedras, transformadas en proyectiles, atravesaban los tejados y quebraban los vidrios. Pero el impetuoso Vicuña no se iba a detener en esto. Mientras se tramitaban las acusaciones legales ordenó intensificar las explosiones. Estas se hacían por las tardes, a destajo. A fin de que los indignados vecinos protegieran sus humanidades, un policía lanzaba tres cornetazos antes de cada detonación.

CALLE SANTA ROSA

EL CAMINO DE LAS MATADAS

Un rumoreado proyecto de remodelación consideraría la demolición de gran parte de esta antiquísima calle, que nace amplia y casi moderna en la Alameda y envejece y se estrecha hacia el sur, donde las demoliciones tienen carta de ciudadanía permanente.

Por algunos de sus tramos, Santa Rosa debe ser una de las calles feas de Santiago. Se ha visto siempre un poco dejada de la mano de Dios, con las veredas carcomidas y los murallones impregnados de pegajoso smog. Se trata de una de esas calles *de micros* por las que el paseante o flaneur evita pasar en lo posible. Ahora dicen que se proyecta su demolición y ampliación. Pueden ser rumores. Los proyectos urbanísticos suelen madurar a la sombra de los kardex durante décadas. La actual calle Santa Isabel —cuyos semáforos sincronizados tanto alaban los taxistas— existió en calidad de proyecto inminente durante cuarenta años. La idea de ponerle un tranque al Mapocho, para hacerlo navegable, dormita desde los tiempos de Vicuña Mackenna.

A toda hora, la esquina de Santa Rosa y la Alameda es un epicentro de bullicio. La madrugada ahí es invariablemente insomne. No hay ciudadano que no halla llegado a ese lugar de trambordo a horas inconvenientes, cualquiera sea el motivo. El espectáculo es el mismo desde siempre: abigarramiento humano a la luz fuerte de las lámparas a gas, puestos de sandwiches de potito, carros anaranjados atiborrados de confites y filas de colectivos a Puente Alto, a Recoleta y quién sabe a dónde más. Un coro destemplado de anunciadores de oriental sonsonete repite desde hace años: ¡Se va al tiro, se va al tiro, se va al tiro!

Llama la atención el número de nombres disímiles que ha tenido Santa Rosa durante su larguísima historia. Se llamó: Callejón de

los Hermanos de San Juan de Dios (a estos curas pertenecían los terrenos eriazos donde se abrió la calle inicialmente), Calle de las Matadas (a causa de unos crímenes de prostitutas en una época no muy bien definida), Calle de las Recogidas, Calle de los Mata-dores y Callejón de los Padres. En los retruécanos del coa se conoce simplemente como Santa Zorra.

En la esquina de Tarapacá permanece (casi invisible) la casa colonial en que sesionó alguna vez el Grupo de los Diez, con Pedro Prado a la cabeza. Juan Emar se había fijado en el caserón, y en una apreciación demoledora de Santiago, escrita por 1927 en *La Nación*, lo reivindicaba como uno de los pocos logros arquitectónicos de la ciudad. La casa, cuyas columnas de piedra fueron talladas por el escultor Alberto Ried, mantiene su metafísica torre, sin más habitantes por el momento que una familia de satisfechas palomas.

En Santa Rosa adentro queda ya bastante poco. El persistente espíritu demoledor del santiaguino se ha enseñoreado en esta calle, dejando su huella de caries negruzcas. Sólo se salvan, paradójicamente, los conventillos pestilentes, infrahumanos, que emanan ese olor endémico de la pobreza, proveniente de los abobes húmedos, del encierro y de las cocinas a parafina.

Alejandro Flores —a quien le cupo en suerte ser el “primer actor” nacional hasta su muerte— tuvo también su caserón de piedra negra en las profundidades santarrosinas. La oscuridad de sus interiores la matizaba la luz de unos vitrales con temas bíblicos. Flores fue, además de actor dramático y cómico, versificador de éxito. Su poema *Señor* se grabó en disco de 78 revoluciones y la voz temblorosa del autor se escuchó con conmoción en cuanta victrola hubo en Santiago: “Fui rebelde, Señor, pero tú te vengaste/ y fue cruel la venganza y el dolor que me diste/ Me llevaste a la amada que tú mismo forjaste...”. Flores protagonizó también algunas películas basadas en obras literarias. Dignas de verse son sus versiones de *El club de los suicidas*, de Stevenson, y de *La casa está vacía*, de Suddermann.

EL FANTASMA DE LA DEMOLICIÓN

Como se sabe, "las fuerzas del imbunchismo" no duermen: un carraspeado anuncio oficial ha dictaminado que esta hermosa casa colonial tiene que desaparecer en aras de un proyecto de ensanche. Por su parte, los dueños confían —verdadero milagro en estos casos— en que se impondrá el sentido común.

Son poquísimas las casas coloniales que quedan aún paradas en Santiago. La tesis de que la mayoría de ellas ha sido destruida por los terremotos es verdadera sólo en parte. Después del gran terremoto de 1647 —en que se vino abajo la ciudad entera— comenzó a construirse como mayor previsión, con los medios que se tenía a mano. De ahí surgieron esos caserones enclaustrados, pesadamente pegados a la tierra, que caracterizaron al Santiago de otros tiempos. Más que los terremotos, ha sido la manía local de las demoliciones la culpable de que haya que recurrir a la imaginación o a los libros para darse una idea de cómo vivieron nuestros antepasados.

Ni los terremotos del siglo pasado ni los recientes le hicieron mella a la casona de Santa Rosa 179, conocida como "la casa de Los Diez". Lo afirma don Eduardo García Powditch, uno de sus actuales propietarios. La edificación —que probablemente corresponde a los últimos días del coloniaje— perteneció alguna vez al arquitecto Fernando Tupper Tocornal, uno de los miembros de la animosa cofradía artística de Los Diez. Con la colaboración de sus pares —los "décimos"— Tupper transformó la casa, respetando la austera elegancia de sus líneas originales. Pedro Prado diseñó las rejas, Albert Ried esculpió los capiteles del patio y Julio Ortiz de Zárate labró en cedro el portón principal. Este último talló también, en una sola pieza, el dintel de piedra de la entrada (dicen que en el momento en que el arco iba a ser empotrado, Juan Francisco González se encaramó sobre él y gri-

tó: “¡Carajo, carajo y recarajo, estas cosas no las hacían más que los incas!”).

La torre es el distintivo del lugar. Su creador fue Julio Bertrand, el arquitecto que diseñó el Palacio Bruna, sede hasta hace poco del consulado de Estados Unidos, frente al Forestal. Las torres, imaginarias y reales, fueron para Los Diez el emblema de su vigilancia contemplativa. Pedro Prado tuvo una en su casa-retiro de Mapocho y dejó otra inconclusa frente al mar de Las Cruces. La de Santa Rosa, según Eduardo García, inicialmente tenía un enlucido de barro que atrapaba las semillas volátiles. Con la primavera, el barro se llenaba de flores silvestres, pero en verano se desprendían los costrones enredados con raíces. Contra lo que se advierte a simple vista, el torreón es bastante flexible. En un alarde de romanticismo, Fernando Tupper se subió en mitad de una tormenta y pudo comprobar cómo se cimbraba la estructura.

En 1936 compró la casa el arquitecto Alfredo García Burr, a menos del mínimo, pues ni él tenía plata ni había otros interesados. Ahí crió a sus ocho hijos —los actuales dueños— y ahí murió en 1982. El fantasma de la demolición, agitado con la picota en ristre por los infaltables afeadores de Santiago, le quitó el sueño en muchas ocasiones. En 1978, el alcalde Mekis se preocupó de que el ensanche de la calle Curicó no afectara a la casona.

Ahora han resurgido otra vez los ímpetus destructivos, siempre en nombre del progreso y de una funcionalidad mal entendida. El inminente ensanche de Santa Rosa considera demoler la casa de Los Diez. ¿Para qué? Para dejarle espacio al micrerío. Es el problema eterno: donde hay un poco de memoria, los funcionarios meten la aplanadora.* Edwards Bello se cansó de decir que demolemos por imprevisión y por costumbre, sin considerar los trastornos sino sólo el negocio del momento. Así, “de desdén en desdén”, Santiago se va transformando en un patache de sitios eriazos y de construcciones sin valor, pobres y feas.

* Julio de 1997. Un fax de última hora nos informa que el Ministerio de Bienes Nacionales tiene la intención de adquirir el inmueble a fin de evitar su destrucción. Uno de los destinos posibles sería el de sede del Consejo de Monumentos Nacionales. *N. del A.*

El primer proyecto de la CARRERA y Avenida de San Carlos
en 1888

VIRREYES Y LEVANTURAS

El virrey Miguel Sarmiento levantó en 1888
la Carrera y Avenida de San Carlos



En 1888 el virrey Miguel Sarmiento levantó en 1888 la Carrera y Avenida de San Carlos. Este proyecto fue el primer intento de ordenamiento urbano de la ciudad. La obra consistió en la construcción de una vía pública que conectara el centro de la ciudad con el parque. El proyecto fue aprobado por el virrey y el gobernador. La obra se inició en 1888 y se completó en 1890. La obra fue financiada por el virrey y el gobernador. La obra fue una gran obra de ingeniería y urbanismo. La obra fue una gran obra de ingeniería y urbanismo. La obra fue una gran obra de ingeniería y urbanismo.

VÍRGENES Y LENTEJUELAS

Esta vieja arteria —que desemboca frente al Santa Lucía en un paso bajo nivel de oscuro recuerdo— tiene resabios de un Santiago más católico y más silencioso que el actual. La farándula televisiva y las viejísimas glorias del Audax Italiano le dieron alguna vez vida adicional a la calle. Hoy se puede decir que aquí no pasa nada, salvo el tiempo.

En la calle Lira subsisten aún nítidas visiones del viejo Santiago. Casi por milagro, la demolición, la subdivisión y el pintarrajeo han respetado algunas casonas decimonónicas, construidas a la usanza criolla, con zaguanes y ventanas abarrotadas. Esto es, antes de la que la palabra *modernización* comenzara a pronunciarse en esta ciudad hace ya más de cien años.

La calle fue abierta en la primera mitad del siglo pasado en terrenos pertenecientes a la chacra de don Pedro Lira Argomedo. Esta chacra fue —según dicen— ejemplo de fertilidad y de buen gusto. Cubría el espacio que hoy media entre las calles Carmen, Portugal, Alameda y Diez de Julio. Tenía un parque con árboles chilenos y orientales, y un mirador altísimo donde los Lira se solazaban con la contemplación de Santiago. Por los jardines de la quinta se paseó en 1888 un visitante de fuste: Carlos de Borbón, pretendiente de la corona de España.

Actualmente, Lira y sus inmediaciones adoptan a ciertas horas una atmósfera conventual que casi sobrecoge. En los anocheceres de invierno se suceden las campanadas y se ven pasar —entre los autos atascados de la hora peak— beatas de *illo tempore* con la urgencia de la novena en los labios murmuradores. Varios dignatarios eclesiales —sin ir más lejos— tuvieron residencia en esta calle: el arzobispo Mariano Casanova, el prebendado Rafael Lira Infante y el primer obispo de San Felipe, Melquisedec Del Canto. Para complementar, hay además cárceles: la de meno-

res, cerca de la Alameda, y la correccional de mujeres, en la esquina de Avenida Matta.

El escritor Miguel Serrano tuvo también en Lira sus lugares áuricos. En cierto artículo de prensa, se acordaba de la Virgen que vigilaba el patio de un conventillo de Blas Cañas. Por 1981, Rodrigo Lira solía invitar a ver la estatua, de noche. Para el visitante inadvertido era cosa de asombro. Se entraba por la vereda curva del conventillo y llegando al oscuro patio había que prender un encendedor. Ahí aparecía el bello rostro pálido de la Mater Dolorosa. El mismo Rodrigo pensaba fotografiarse en la esquina de Lira, junto a uno de esos letreros en forma de flecha con el nombre de la calle, coincidente en este caso con su apellido.

La proximidad del Canal 13 le dio vida al sector cercano a Alameda durante por lo menos veinte años. Con sus lentejuelas y sus sonrisas se veía circular en la noche de los sábados a cantantes de cierta popularidad a finales de los sesenta: Carlos Alegría, Roberto Blin y Luz Eliana, por mencionar algunos de los que eran número fijo en los *Sábados Gigantes* de entonces. Don Francisco, por su parte, organizaba en la calzada concursos que marcaron esa época remota, como el de cuántas personas podían meterse a la fuerza en una citroneta. En una ocasión, uno de sus artistas —un fakir de nacionalidad oscura— incurrió en el mal gusto de acostarse casi desnudo en plena calle Lira y permitir que un camión le pasara por encima del vientre.

Puntos obligados de la gastronomía de la calle son la Trattoria Italiana, en la esquina de Santa Isabel (el eterno plano regulador contempla aquí una rotonda) y los impenitentes Adobes de Argomedo, donde la remolienda es anunciada desde lejos por la figura de un cuidador de autos con atuendo de huaso. Como es de esperar, el hombre no lleva rebenque, sino una linterna bajo el manto colchagüino. Muy cerca de ahí aún sigue en pie una casa comercial peculiar, con seguridad una de las antiguas de Santiago: La Bombonera. En ella es posible encontrar blondas, bandejas de cartón, novios de yeso y otros adminículos relacionados con las tortas y las celebraciones.

SAN ISIDRO

DE LA PELOTA AL COLEMONO

Aunque empobrecida y picoteada, esta antigua calle aún ofrece al transeúnte el encanto de tiempos más espaciosos y menos apurones que los actuales. Se supone que alguna vez fue reducto de vascos, y que en su momento el Presidente Montt vivió en sus soledades ciertos nocturnos ajetreos.

San Isidro debe ser una de las calles más bonitas de Santiago, provinciana y sombreada. De noche resulta particularmente entretenido internarse en ella hasta Avenida Matta. La ausencia de autos deja ver cada tanto las casas del pasado, en su empobrecimiento natural; es decir, sin recuperaciones ni *condominios*. La demolición, eso sí, ha dejado su marca: hay muchas casonas de tres patios convertidas en playas de estacionamiento.

Junto a la plaza permanece desde hace muchos años la comisaría de las fuerzas especiales de Carabineros (ex Grupo Móvil), adiestradas en el apaleo y disolución de insurgentes. Al margen de la actividad policial, el reparto de los usuarios es el de siempre: niños, jubilados y enamorados que aprovechan alternativamente la sombra de los árboles o la luz de los faroles.

Al frente está la parroquia, en un estado casi conmovedor. El terremoto del 85 le botó la cúpula y dejó unos socavones en el cielo raso. Los escalones están completamente desgastados por las suelas piadosas de cuatro siglos. Una antigua placa tallada da la nota dramática: *Exhaudivisti domine orationem servi tui* (escucha, Señor, las oraciones de tus siervos).

La iglesia fue levantada como *parroquia de campo* en 1686 por el obispo Diego de Humanzoro. A cinco o seis cuadras de la Alameda, durante mucho tiempo marcó el extremo sur de la ciudad. Más allá había sólo descampados. Lo sabemos porque en 1774 se limitó el "recurso de asilo" a las iglesias de extramuros: San Isidro y Santa Ana. Esta era una absurda disposición colonial que

permitía a los delincuentes flagrantes obtener impunidad con sólo poner un pie en alguna casa de Dios.

El templo aparece en el primer plano santiaguino —el de Frezier— con el nombre de Saint-Isidore. Los terremotos y la pobreza lo zamarrearón tanto, que en 1754 el marqués de Casa Real, Francisco García-Huidobro, lo reedificó de su bolsillo. No pidió al gobierno más que unas piedras de un sitio llamado Pie de la Trucha. Vicuña Mackenna se pregunta dónde habrá estado este lugar inubicable, y agrega que en esta ciudad “jamás ha habido otras truchas que las fritas”.

La historia de la calle San Isidro (que se llamó alguna vez De la Pelota, ~~por los vecinos vascos que se pasaban la tarde jugando al frontón~~) es extensa, como lo es también su anecdotario. Oreste Plath contaba que el Presidente Montt y algunos compadres solían visitar secretamente —San Isidro adentro— la casa de una señora en la que se remolía bastante. Una noche, ya consumido el alcohol, Montt quiso emprender la retirada. Para obligarlo a quedarse, los amigos le escondieron la pistola, la Colt. En eso la regenta tuvo una idea histórica: encontró un resto de aguardiente y lo hizo crecer con un poco de café con leche. Resultado: un trago unánimemente celebrado que los calaveras bautizaron como Colt de Montt. De ahí a cola de mono no hubo más que un paso.

El escritor Ricardo Puelma amó terriblemente en su juventud a la hija de un abogado, vecino de San Isidro. Para hacerle la corte, arrendó una pieza desde donde podía catear los movimientos de la musa. Un día, enfebrecido y angustiado, se aproximó para hablarle, pero en ese momento se dio cuenta de que la amada y sus hermanas se mofaban de él, por cargante. Volvió dando tumbos y se tiró aturdido en la cama. Treinta años más tarde, cuando era funcionario de Bienes Raíces, debió timbrarle un papel a una vieja chuñusca. La reconoció por el nombre: era su antiguo amor. Con esto quedó —según dice— suficientemente vengado.

LOS HOYOS DE LA OLLERÍA

Entierros y desentierros se suceden con la larguísima historia de esta calle, que durante una eternidad fuera el único acceso a los campos de Ñuñoa. Hoy día Portugal vive una cotidianeidad aparentemente insustancial, pero se agita de noche con las urgencias de la posta y de una farmacia de turno permanente. Una fauna canallesca, además, sobrevive en el entorno.

En un principio, la calle Portugal se llamó Ollería, en atención a la chacra de igual nombre, regentada por los jesuitas. Las casas de este fundo estaban en la actual esquina de Marcoleta. A mediados del siglo XVIII, un prominente vizcaíno de apellido Araos edificó una casa de ejercicios en la propiedad. La cosa duró poco, porque luego vino la bullada expulsión de la Compañía. El pleito de la Ollería se arrastró durante décadas. En 1817, el gobierno decidió instalar ahí la maestranza del Ejército y la Escuela Militar. La calle fue bautizada como Maestranza y los ejercicios gimnásticos de los reclutas reemplazaron a los espirituales de San Ignacio, estos últimos bastante más terribles. Hace poco, aún había gente del tiempo viejo que no decía Portugal, sino Maestranza.

“La enfermiza imaginación de la muchedumbre” —como decía Vicuña Mackenna— supuso que los jesuitas tenía túneles subterráneos que comunicaban la casa de ejercicios con la Iglesia de la Compañía, y que en el momento de la expulsión depositaron ahí sus fabulosas fortunas. Un folletín muy leído —*El subterráneo de los jesuitas*, de Ramón Pacheco— alentó estas especulaciones a fines del siglo pasado. Durante las excavaciones del Metro, en tiempos de la UP, se encontraron restos de pasillos subterráneos en la zona, pero nada de tesoros. Anteriormente, durante la construcción de las torres San Borja, los obreros habían encontrado con un entierro incaico.

No hay quien no se haya enfrentado alguna noche a la necesi-

dad de acudir a la farmacia de urgencia, en la esquina de Curicó y Portugal. Hay ahí un ajeteo nocturno incesante. Bajo el resplandor metafísico de los neones, la clientela hace un conjunto depresivo, de rostros macilentos y miradas exhaustas. Son personas cuyos destinos confluyen en la búsqueda apremiante del paliativo. Un hombre se dobla sobre el mesón y su cara se contrae en una mueca: "¿Tiene algo para la úlcera, por favor?". Otro sale corriendo con unas bolsas de suero y un manajo de sondas. Al lado de afuera se arropan los pordioseros y más allá se congregan los cuidadores de autos, con sus cínicos chiflidos y sus gorras de pacotilla.

Algunas cuadras al sur se asoman de vez en cuando los travestis de San Camilo. Hace unos años, había uno particularmente feroz. Se exhibía semidesnudo junto a un semáforo con sus pantalones de hombre doblados bajo el brazo. Los taxistas paraban para insultarlo a gritos. Un cartonero terminó llevándose a vivir con él a los eriazos de la Plaza Almagro. Durante un tiempo hicieron una especie de vida en pareja, pero presumiblemente el cartonero murió. Al travesti se lo vio por última vez en vísperas del plebiscito, en una concentración de apoyo al *sí*, acompañado por un perro pequinés.

Cerca de la Alameda, sentado en un parapeto de cemento, pasa sus mañanas el así llamado Anticristo, ofertando sus publicaciones a los peatones. Son unos opúsculos desafiantes, de títulos estrambóticos como *Una cana al aire en Sarajevo*. El Anticristo hizo su primera aparición en 1986, vestido de mujer, con minifalda y bolsa malla. Por esa época tenía una "agencia" en la calle Santo Domingo, y también se instaló con una lavandería para mendigos en Maipú. El tiempo lo ha ido poniendo un poco agresivo. Ahora se lo ve de vez en cuando gesticular contra personas imaginarias o reales. Extiende sobre la vereda un cachureo enloquecedor, que extrae de las innumerables bolsas plásticas que carga. Cuando escucha el ruido de los aviones se tapa los oídos con ambas manos y se retuerce manifestando desagrado.



BARRIO LASTARRIA

TINTINEOS DEL DÍA Y DE LA NOCHE

Hace más de cien años, se formó al este del Cerro Santa Lucía este barrio mínimo. Flanqueado a la distancia por el Forestal, ofrece hasta tarde su discreta intimidad.

La insistencia del uso ha logrado que llamemos Barrio Lastarria a este pequeño conjunto de calles torturadas que se libraron —por simple omisión— del ojo ortogonal del alarife Gamboa, cuando trazó a cordel las primeras 80 manzanas de Santiago.

José Victorino Lastarria vivió aquí, en la calle que ahora lleva su nombre y que antes se llamó Mesías, en honor de un vecino opulento que no dejó recuerdos. Al contrario, Lastarria procedía de una familia empobrecida de Rancagua, situación imperdonable para el “santiaguinismo” del momento. Se le llamó siútico y vanidoso, quién sabe si con motivos. Lo cierto es que fue un gran orador; un escritor pesado; un espíritu perseguidor de las ideas ilustres, pero fustigado por el comidillo diario y por el propio resentimiento.

Ahora su nombre se asocia a este barrio amable, uno de los más genuinamente amables de la ciudad, y que a través de los años se ha mantenido muy fiel a sí mismo, bastante al margen de la demagogia turística y de la automovilística.

Si uno se fija bien, podría determinar cuál es el encanto específico del Barrio Lastarria: que no es desolador ni de día ni de noche. Siempre es familiar. La vida diurna del sector (los incontables bautizos, los asoleados ancianos, los emporios y el frutero de la esquina) da paso gradualmente a la nocturna de los pichunchos y martinis, en interiores donde se enseñorean el humo y la conversación. Hay quienes pueden beneficiarse de ambos mundos: el poeta Marcelo Jarpa, Paz Fernández de Castro (nació en el barrio y su padre construyó varios de sus edificios), Jorge Edwards, a veces Diego Maquieira.

Donde ahora está la Plaza del Mulato, antiguamente —a comienzos de los años 50— había un colegio, el Martínez de Rozas, propiedad de doña Luisa Vicentini. Del paisaje original ya no queda casi nada, salvo quizá el balcón en que los ociosos pasajeros de una residencial vecina acortaban el día espiando a las profesoras de básica. Ya en ese tiempo el barrio era considerado “bohemio”, según la costumbre de relacionar a los artistas de cualquier catadura con los trasnochados pícaros de Murguer.

Pero muchos lugares áuricos del barrio han desaparecido en el último cuarto de siglo. Ya no está la Casa de la Luna, donde el español Benedictus (representante de un cierto International Museum of Silly Art) abría su tienda de inutilidades; ni la fuente de soda El Cabildo, cerca de la Alameda, administrada —dicen— por un ex piloto de la Real Fuerza Aérea (lo único comprobable en este caso era la gran colección de posters del *Playboy* que el británico pegaba en las paredes) ni La Maison; ni la carnicería de don Tito, ahora remodelada en el restaurante El Gatopardo; ni el taller de mármoles de don Lorenzo; ni la ~~excelente~~ librería de Bertolini (hoy en Román Díaz, a la entrada).

La Iglesia de la Vera Cruz es cuento aparte. Sus campanadas miden la tarde con pausas coloniales. La han declarado monumento nacional, por lo vieja. Sus graves adobes fueron levantados entre 1852 y 1856 por el francés Claude Brunet, traído por el gobierno de la época para sistematizar la enseñanza de la arquitectura. El mito pretende que la casa de al lado es contemporánea de la fundación de Santiago y que habría pertenecido a Pedro de Valdivia, lo que es, como se adivina, falso. Verdaderamente, si uno mira los planos iniciales de la ciudad —dibujados por Frézier—, en el rincón oriente del Santa Lucía no se distingue más que unos arbolitos minúsculos y un par de acequias que se internan en lo que suponemos son chacras. Frente a la hermosa Vera Cruz permanece desde 1972 la más extraña de las plazas: un “retazo de terreno” que quedó de las expropiaciones realizadas para construir el edificio de la Unctad, donde conviven unos juegos infantiles, un bebedero y unos árboles cuyas hojas caducas se amontonan sobre el maicillo.

En cualquier caso, Pedro de Valdivia tuvo por mucho tiempo una calle con su nombre en este enclave. Es la que hoy se llama —coincidentalmente— Luis de Valdivia. Este otro Valdivia fue jesuita, vivió en el siglo XVII, catequizó a los indígenas, compiló un diccionario mapuche y murió muy anciano en Valladolid, donde días antes de su último día fue visitado por Alonso Ovalle, quien lo encontró "hecho un retrato de paciencia".

Los nombres de las calles vecinas aportan también datos curiosos. Villavicencio fue un oficial español que perdió sus propiedades con la Independencia. Rosal se llama así por un rosal enorme que a mediados del siglo pasado trascendía la verja de un jardín.

CALLE IRENE MORALES

DEL CERO AL CIEN

En las cercanías de la Plaza Italia se encuentra esta vía de talle corto y vida intensa. Durante el día son las micros, en permanente procesión, las que la saturan con bocinazos, rugidos y trajines anexos. De noche, los movimientos cambian de sello: una casa de masajes y algunos expendios de alcohol marcan la pauta.

Según todas las evidencias, Irene Morales fue una de las copetineras que en la guerra del Pacífico emparafinaban a la soldadesca chilena con sus alcoholes de pelo duro, a los que se recomendaba añadir —por aderezo— una cucharadita de pólvora. La calle que la conmemora, en las inmediaciones de la Plaza Italia, debe ser una de las más cortas de Santiago. Su numeración va del 0 al 100, y con 57 pasos una persona normal puede cubrirla en toda su longitud.

No por breve esta calle es insignificante ni carece de historia. De hecho, cumple una función urbanística destacada: la de embudo. Todas las micros que se dirigen al oriente y que provienen del centro-centro terminan atascadas al enfilear por su escasísima cuadra. Patria y Libertad, el movimiento de ultraderecha que roncó fuerte ante el gobierno de la UP, tuvo su sede en uno de los viejos y altos edificios de Irene Morales, y —según algunos recuerdan— no faltaron por las noches de entonces los enfrentamientos a balazos entre los seguidores de Pablo Rodríguez Grez (al que la prensa oficialista había apodado "Pablo con H") y enemigos reales o imaginarios.

La cortedad de la calle permite reconstituir un itinerario completo con la pura ayuda de la memoria. Vamos viendo. Vereda poniente: en la esquina de Merced, se yergue un edificio extrañísimo, del que se echa de menos la firma del autor. En cada uno de sus siete u ocho pisos ostenta pequeños murales con ángeles mulatos y otros motivos religiosos, además de unos toldetes de

concreto a modo de balcones. Dos instituciones de fuste han fijado domicilio en el inmueble: la Beca Presidente de la República y los almuerzos caseros Rosita, con atención directa y *delivery*. En la esquina de la Alameda, en tanto, funciona una sede bancaria. Sería todo.

Vereda oriente: un edificio grande por cuyas ventanas se observan reuniones soporíferas, como de sindicatos o de cooperativas de la vivienda. Y otro edificio grande, el de Patria y Libertad, donde funciona desde hace tiempo un sauna o casa de masajes. Dicen que para protegerse de las arremetidas policiales las asiladas han debido escapar más de alguna vez por la alta azotea hacia los techos del vecindario. La solidaridad no ha faltado en estos angustiosos momentos: se cuentan casos en que las perseguidas han encontrado hospedaje y café para los nervios en los departamentos vecinos, mientras pasaban el chaparrón.

En la planta baja persiste el remozado Jaque Mate, con crepúsculo interior y azafatas con minifalda. La historia de este lugar es curiosa. Desde siempre fue una fuente de soda común y corriente, con completos en completera de plástico amarillo y schops de rigor. En 1987 seguía siendo una fuente de soda común y corriente, pero se había vuelto "taquillera". El bestiario humano que solía congregarse en el vecino El Castillo Francés se cambió por entonces en masa al Jaque Mate. El Castillo había sido centro obligado de los culturosos santiaguinos durante años, hasta que al dueño le dio por hacer un escenario con Torre Eiffel incluida y un espantable show de fonomímicos. No quedó nadie.

El furor del Jaque Mate duró también unos cuatro o cinco años. Hay que decir que por entonces la oferta culinaria era bastante limitada y que uno corría el riesgo permanente de enfrentarse a sujetos desagradables, principalmente cultores autoeditados del verso libre. La magia relativa de los lugares públicos es inexplicable. De un verano a otro el Jaque Mate perdió a su clientela cultural y se quedó con los de siempre, apenas un poco más anónimos que los otros.

PARQUE FORESTAL

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

Construido a principios de siglo sobre antiguos basurales, este parque afrancesado aún conserva su viejo estilo y melancólica elegancia. Por estas fechas, sus usuarios más visibles son los bañistas de la Fuente Alemana, en cuyo entorno se ha establecido un balneario hechizo, sucedáneo de Cartagena.

En la mitología del Parque Forestal se anotan esas fiestas de estudiantes un poco gansas —tan añoradas por nuestros abuelos— en que pierrots y colombinas lo pasaban insuperablemente bien lanzándose tiras de serpentinas. Las autoridades de gobierno quisieron reeditar estas celebraciones por 1975, pero sin éxito: el pelo de los invitados había cambiado en grado tal que las challas fueron reemplazadas en sus manos por piedrazos de grueso calibre.

El parque fue también alguna vez la Arcadia de los hippies nacionales. Se reunían bajo secuoias y seibos a conversar de nada a ritmo retardado. Bajo el enunciado “estudiantes se ríen de beatnik chilensis”, una revista *Vea* de fines de los años 60 mostraba la imagen de uno de estos esforzados ciudadanos —con chasca, anteojos y sombrero— seguido por un grupo de colegiales burlescos. Que las mujeres anduvieran a pata pelada originó también por entonces notas de prensa de corte alarmista.

Pero, al margen, el Parque Forestal es una cuestión bastante indefinible. Conserva —sublimada por el paso del tiempo— la elegancia del diseño de Dubois, el paisajista que lo trazó en 1900. En concordancia, los edificios que lo enfrentan son harto exclusivos, y se diría que en sus amplios departamentos languidecen en felpudas conversaciones esas “señoriales señoras delgadas y peinadas” que vislumbró el poeta Alberto Rubio. Cuentan también que jóvenes de éxito han comenzado a arrendar estos envidiables espacios.

Pero abajo, entre los árboles, el cuento es otro, y aquí viene lo

bueno: *il popolo*, por decirlo de alguna manera, ha hecho uso irrestricto de su derecho a disfrutar de la naturaleza, lo que ha llevado a más de un vecino industrial a proponer la instalación de rejas alrededor del parque. Pero no ha habido entusiasmo por la moción, y el monolito de Lincoln —frente al consulado norteamericano— la refuta enfáticamente: “Del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”.

Un improvisado balneario se ha establecido en torno a la Fuente Alemana, grupo escultórico wagneriano que la colonia homónima decidió obsequiar a Santiago en 1910. Es cosa de asomarse a la hora de la resolana y ahí están: miriadas de niños en trajebaño trepando como salmones cascadas arriba, para codearse confianzudamente con los ebúrneos teutones y las focas. Muchos de estos niños llevan maquillajes de conejo o de jefes indios en sus rostros (250 pesos cobra una señora por la maquillada) y orejas de espuma plástica adosadas a cintillos. A escasos metros, sobre el césped, sus madres tienden los chales, y de bolsas plásticas de supermercados extraen alimentos para que los bañistas repongan fuerzas. El agua para los jugos Yupi se saca de la misma Fuente Alemana, en botellas de Coca-Cola, y nadie parece desvelarse por el letrero que advierte “agua con aditivos: prohibido beber y bañarse”.

El ítem seguridad también está cubierto: una comisaría móvil vigila desde cerca para prevenir excesos. Como no hay camarines, el cambio de ropa debe efectuarse ahí mismo, con la pura cobertura de una toalla. Las más pailoncitas son las que más sufren, porque ya han aprendido el pudor y por las ventanillas de las micros se asoma mucho mirón.

Así se van los veranos en el Parque Forestal, tarde tras tarde, año tras año. El espectáculo es sempiterno. Al final de la jornada, unas palomas hambrientas se disputan una sopaipilla sobre el pasto. De un auto encintado, que ha aparecido anunciándose a bocinazos, salen unos novios radiantes. Se encaraman como pueden a la fuente, tratando de no mojarse, y posan junto a uno de los impasibles alemanes. Un voluntario les toma una foto.

FIEBRE DE SÁBADO EN LA TARDE

Una avanzada circense-juvenil instituida en el Parque Forestal, actúa frente al Museo de Arte Contemporáneo. La movida ya tiene un par de años y de un fin de semana a otro se vio cómo crecían las huestes del malabarismo, la acrobacia y las pruebas de habilidad. Conscientes de que la vida es un circo, hay quienes están felices con la novedad.

Por gracia de los dioses ya no se topa un mmo que en una esquina de Providencia brindaba hasta hace poco un show desagradable. El mecanismo elemental de la buña era el resorte de un número callejero: imitaba, sin previo aviso a los transeúntes desprevenidos y remedaba sus formas de caminar, entre otras maromas de rutina. Si alguien se enojaba, el tipo se refugiaba en una especie de ternura chaplinesca.

Es sabido que los romanos legislaron en contra de los mimos y de los histriones. En la España medieval, Alfonso el Sabio incluyó entre las "infamias de derecho" a los juglares, los imitadores y a los "facedores de zaharrones". Estos son —según el diccionario— "personas que se disfrazan en una función para alegrar o entretener a los demás haciendo gestos o ademanes ridículos".

Hay que decir que las artes de vinculación circense han recrudecido últimamente en Santiago: desde hace un par de años, malabaristas, saltimbanquis, tragafuegos, teatreros y otros especialistas —entre ellos los infaltables mimos— se reúnen los fines de semana en el Parque Forestal para ejecutar sus pruebas ante una galería espontánea de seguidores. No se han visto, hasta el momento, levantadores de pesas ni mujeres de goma, pero sí cultores criollos de la *capoeira* (la danza-arte marcial de los esclavos negros brasileños) girando costosamente sobre el pavimento y dando toda clase de vueltas de carnero al son del *berimbau*.

Cualquier persona que se instale frente al Museo de Arte Con-

temporáneo puede ver el espectáculo de variedades simultáneas: hay quienes hacen girar unas redondelas en una varilla, otros multiplican sus brazos para pelotear unos palos en el aire, los de más allá dan vueltas en monociclos y un trío de audaces lanza una llamarada de parafina por la boca. Algunos, aislados y circunspectos, con aire de seriedad, se pasan pelotas por debajo de las piernas. Y así, durante el día entero y —dicha sea la verdad— sin demasiadas evoluciones.

Pero la prensa se ha sentido atraída por los artistas y los artistas han hablado. Hoy sabemos que la obsesión del trapeceista Gonzalo Mardones es “hacer que la gente común y corriente practique el trapecio”; que el juego con argollas ha permitido que Pato Pimienta haya soltado su mano izquierda y adapte su cuerpo “a distintas condiciones”; que el nombre de la payasa Tuc-Tuc se lo puso un sobrino y que a la payasa la parí una mañana llena de sol, en primavera”; y que el malabarista José Ignacio Martínez ofrece en su tienda Payaso hasta “enciclopedias de pelotas” y quiere vaciar los malls y llenar los parques, además de sacar a los niños del televisor y ponerlos a malabarear con sus padres.

Es probable que no lo sepan, pero estos jóvenes tienen un patrono legendario, un alemán que respondía al nombre de Manfredo y que hacia 1981 anduvo especulando por Santiago con pelotas de colores en la diestra y una dichosa calimba —instrumento africano o amazónico— en la siniestra. Para mal de sus pecados, se desplazaba en zancos por las calles y hasta lo vieron haciendo la cola de extranjería trepado sobre sus prótesis. Había estudiado circo en la universidad —no en la de la vida, como podría esperarse, sino en una formal universidad alemana— y al irse dejó una estela de frustraciones entre las iniciadas. Después llegó Pepeu de Oliveira, rey de la picaresca brasileña, para recibir la chilena hospitalidad con el solo argumento de su *berimbau*. El sector Plaza Italia se llenó con unos afiches fotocopiados de su cara, anunciando sus conciertos rítmicos. Pero ése es otro cuento.

PALACIO BRUNA

UN SUEÑO RECOBRADO

Recientemente, la Cámara Nacional de Comercio inauguró su nueva sede: el elegante Palacio Bruna, una de las pocas construcciones de comienzos de siglo que permanecen en las inmediaciones del Parque Forestal. La decisión —sin duda feliz— va a contrapelo de las modas y de los miedos del empresariado.

Casas y mansiones trasuntan siempre destinos humanos: expectativas, esfuerzos, abandono. No sólo son, por cierto, aglomeraciones transables de balaustradas, mármoles y metros cuadrados de terreno, sino formas de entender el mundo. Un escritor muy citado en estas páginas ha dicho que los palacios son “sueños congelados”. Hay que agregar que —al menos en Santiago— vienen a menos y se vienen abajo con mayor celeridad que las personas.

El Palacio Bruna —en la calle Merced, frente al Parque Forestal— debe ser la última de las ostentosas edificaciones mandadas a hacer por mineros chilenos del último cambio de siglo. En sus orígenes anida la pesadilla de la bancarrota. El magnate Augusto Bruna —senador, empresario del salitre y uno de los socios fundadores de *La Nación*— lo encargó en 1916, “con tantos departamentos como hijos tenía”. Muy luego vino la conocida debacle producida por el salitre sintético alemán y Bruna quedó “pobre”. Vendió entonces el palacio al gobierno de Estados Unidos, que instaló ahí su consulado.

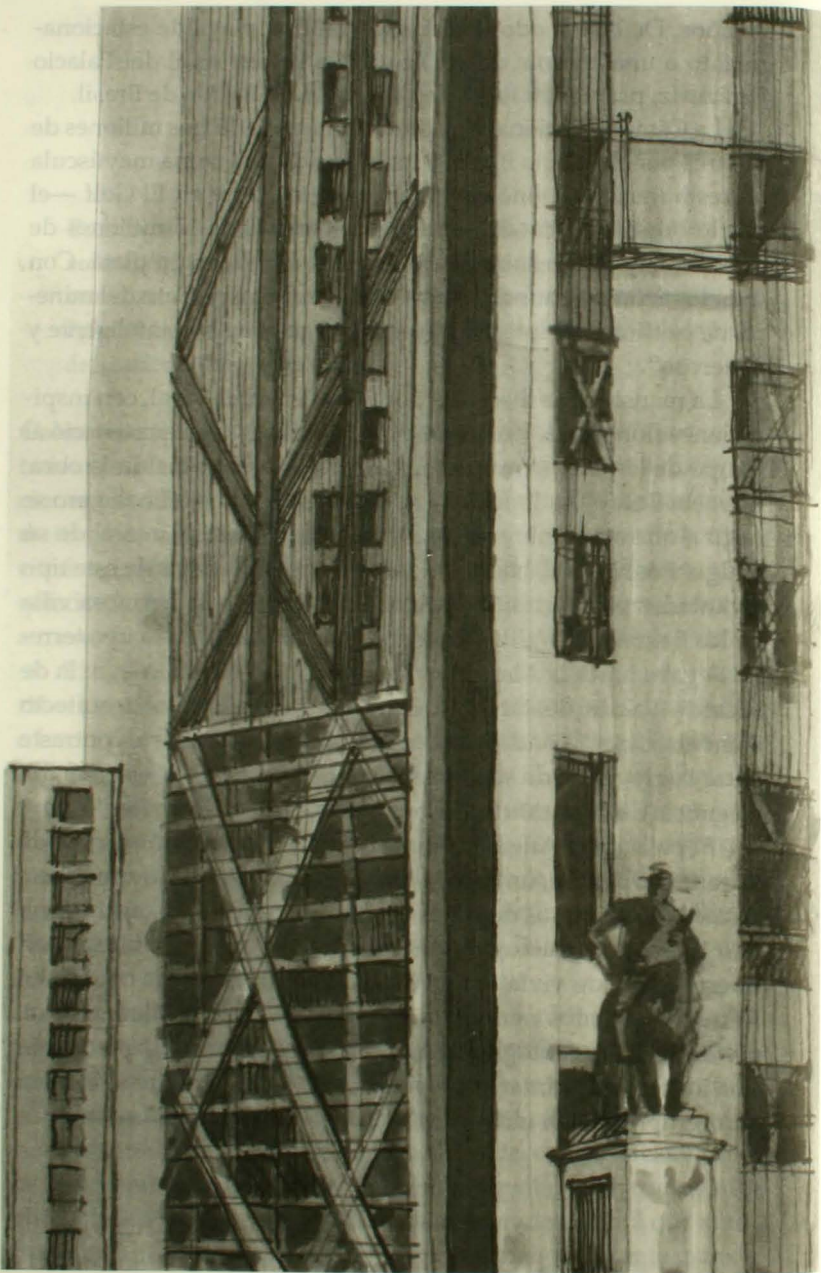
Charles Bowers, embajador de Estados Unidos a fines de los años treinta, dedica algunas páginas al Palacio Bruna en su mítico libro *Misión en Chile*, uno de cuyos capítulos lleva un título sugestivo: “Santiago, ciudad que desaira al pasado”. Ahora los norteamericanos se han despedido del palacete de la calle Merced. A pesar de que alfombraron los parquetes, rebajaron los techos y le plantaron unos portones desmesurados, habrá que agradecer que el edificio permaneciera en sus manos durante más de

70 años. De otro modo tendríamos ahí una playa de estacionamiento o una consola de acrílico. Caso similar es el del Palacio Errázuriz, propiedad hasta hoy día de la Embajada de Brasil.

La Cámara Nacional de Comercio ha pagado tres millones de dólares por el Palacio Bruna y ha invertido una suma mayúscula en restauración. Si uno considera que una torre en El Golf —el barrio bursátil de moda— puede costar más de 15 millones de dólares, hay que señalar que esta gente ha ahorrado plata. Con toda la razón del mundo, Augusto Bruna Vargas, nieto del minero, ha calificado la iniciativa como un “gesto noble, inteligente y generoso”.

La mansión fue diseñada por Julio Bertrand Vidal, con inspiraciones florentinas y renacentistas. Bertrand —que perteneció al Grupo de los Diez— murió muy joven, antes de concluir la obra. El poeta Pedro Prado fue el responsable del trabajo final, pero se negó a que su nombre se inscribiera en el frontis junto al de su amigo. Por Merced, hacia el oriente, hubo otras casas de este tipo levantadas por Bertrand. No queda ninguna: ni la hermosa villa de los Balmaceda Valdés frente a la fuente alemana —cuyo terreno llegaba hasta la Alameda y tenía tres pisos y altillo—, ni la de Ricardo Valdés Bustamante. Este último recuerda al arquitecto como un joven “blondo”, distinguido, que ofrecía “cierto contraste entre la gravedad de sus maneras, rara a sus años, y la esmerada elegancia de sus vestidos, reveladora de afanes juveniles”.

El palacio de Augusto Bruna corresponde al primer auge de la zona del parque, un basural prodigiosamente transformado en Arcadia a principios de siglo. Gustavo Merino anota que hasta el año 16 existió en su lugar una casa de dos patios —el último con huerto— donde vivía la familia del arquitecto francés Fournier. Entre los alojados permanentes estaba el español Manuel Rial, olvidado primer fotógrafo de *La Nación*. Suya probablemente fue una inverosímil cámara que permitía fotografiar en un sola toma a un grupo de cien individuos o más. ~~Pero ése es otro cuento.~~



REMODELACIÓN SAN BORJA

PICOS GEMELOS

Disperso en un sector de casas bajas y pesadas —que progresivamente ceden a la demolición— este conjunto habitacional mantiene, sin embargo, una cierta unidad. En un momento fue una aventura de suma modernidad. Hoy está simplemente incorporado sin mayor problema al inestable paisaje santiaguino.

A principios de los años ochenta, el ensayista Robert Hughes mostraba el estado en que se encontraban algunos sueños de la modernidad arquitectónica del siglo. En Brasilia —emblema amazónico del progreso, con sus largas figuras de Henry Moore— la ruina se instauraba de a poco, con grietas silenciosas y óxidos amenazantes. Más extremo era el caso de una ciudad levantada en la India según utopías salidas de la mesa de dibujo de Le Corbusier o alguien así: la saturada realidad de Oriente había vencido al voluntarioso modelo occidental de vida en comunidad. Las vacas —flacas pero sagradas— vagaban por los espacios desolados de la ciudadela sin más compañía que la del viento aullante.

Santiago también cuenta con sus utopías de hormigón. Una de ellas es la Remodelación San Borja, conjunto de edificios construido durante el gobierno de Frei Montalva para contento de la clase media, en un barrio de casas chatas y polvorientas. Según una especialista —Cristina Felsenhardt— el proyecto, generado directamente por el poder político conforme a la imagen de modernidad que se deseaba proyectar, rompió con la vida de calle tradicional y cambió los patrones vitales del "chileno medio", sin satisfacer sus inquietudes.

Sea como fuere, son tantas cosas que han cambiado últimamente en la vida del chileno medio y no medio, que ésta puede considerarse sin alarma. Basta asomarse por San Borja para darse cuenta de que tres décadas de existencia ya pueden configurar una pequeña tradición.

No hay quien no conozca a alguien que de una manera u otra haya sido habitante de la Remodelación San Borja, ya sea en el rol de estudiante-pensionista, esposo joven o flamante separado. En sus plantas bajas, además, puede encontrarse un mundo de ofertas comerciales: lavanderías, tiendas de ortopedia, librerías, laboratorios y un muy buen café, el Bárbara, frente al hospital de la Católica, en cuyas explanadas superiores los adolescentes gastan las tardes con el monótono ejercicio del skate.

Cuestión digna de verse —más que nada de noche— son los paisajes futuristas a los que se accede por Jaime Eyzaguirre, frente al Diego Portales: túneles impensados, cilindros enormes para la incineración o la extracción de aire, enrejados misteriosos, laberintos. Todo esto le da a la zona un atractivo metafísico, abismante.

El nombre San Borja fue tomado del hospital que estuvo hasta hace no mucho donde ahora prospera el parque homónimo, al final de Marcoleta. Del viejo recinto sólo queda hoy la capilla. El Hospital San Borja fue concebido para atender mujeres. Se fundó en 1772, en terrenos del noviciado de San Borja, expropiados a los jesuitas.* La idea se le ocurrió a los titulares del Cabildo de Santiago, preocupados porque en el San Juan de Dios —primer hospital chileno—, enfermos y enfermas estaban separados nada más que “por una débil puerta”.

Los detalles de la existencia del San Borja son novelescos, cuando menos. Baste decir que su mayordomo —cargo nominal y honorífico en la Colonia— fue durante un tiempo el Corregidor Zañartu, célebre por la aplicación del látigo en las espaldas de los reos que trabajaban en obras públicas de su responsabilidad. Durante la construcción del Puente de Cal y Canto, debió poner una “sala de presos convalecientes” en San Borja. Caían como moscas, víctimas de los huascazos, la insolación y otros apremios.

* El noviciado —y por tanto el hospital— estuvo inicialmente en la Cañada (Alameda), frente a la actual calle San Martín. (N.del A.)

LOS CONVIDADOS DE PIEDRA

No habrá en la capital más que unas siete esculturas públicas dignas de tal nombre, firmadas casi todas por Rebeca Matte y Virginio Arias. Una breve revisión del resto de las estatuas deja una impresión triste, cuando no mueve a risa. La ciudadanía se relaciona con los engendros estéticos de modos imprevistos.

En un perdido rincón del Parque Portales —Agustinas abajo— subiste sepa Dios cómo un busto que reproduce el rostro barbudo de un desconocido. Con sus hinchadas mejillas de cemento, el personaje parece espiritual y físicamente damnificado. Con la erosión ha ido pareciéndose a los borrachos que frecuentemente se distribuyen por el pasto a hacer la fotosíntesis. La sorpresa viene cuando uno descubre en una plaquita —oculta por una mano de pintura— que el representando es Miguel de Cervantes y Saavedra. Sólo en una ciudad reñida con la estatuaria ha podido encontrar el fabuloso Manco un destino más triste para su recuerdo.

La relación de Santiago con sus monumentos ha sido históricamente mediocre y es éste un rubro en el que empeoramos con el tiempo. Después del indio de la Plaza de Armas —ya fustigado con justicia en estas páginas— se puede esperar cualquier cosa. La intuición estética de quienes toman las decisiones públicas suele ser escasa. Por eso, cuando se anuncia un concurso de monumentos ya lo sabemos: nos van a poner ante los ojos otro dificultoso adefesio.

Los ejemplos atiborran el archivo. Los hay de todas las épocas. Al fondo del Paseo Bulnes aún resopla la efigie sarmentosa de Pedro Aguirre Cerda, flanqueado por dos niños diabólicos. El responsable se llama Galvarino Ponce, operario muy favorecido en los tiempos de Pinochet. Suyo es ese alcalde Mekis con pantalones enfierrados. Suyo es ese Cardenal Caro con manos gigan-

tescas y sombrero alón que sirve de paradero a las palomas catedralicias.

La historia de la escultura de Aguirre Cerda es simplemente inverosímil. Durante años estuvo asignada al artista Lorenzo Berg, quien trabajó en ella sin desmayo. Esto, en la medida en que lo permitían las comisiones de políticos radicales que de rifa en cazuelazo le ponían a Berg todo tipo de obstáculos (el primero fue el robo de la plata recolectada con mucho discurso para la erección del monumento). De la afanosa empresa de Berg aun queda un conjunto de piedras en la trastienda de la Plaza Almagro. Le quitaron el proyecto de un día para otro y se lo entregaron a Ponce. Esto sucedió en 1964. Lo que la comisión exigía era ¡realismo!

Es evidente que los monumentos dejan indiferentes a la mayoría de los santiaguinos. Excepciones hay pocas: muy visitada es la efigie ecuestre del general Baquedano en la plazoleta homónima. La obra es hermosa, digna de Virginio Arias. Es de no creer que tras la consecución de cualquier triunfo futbolístico de ficticia importancia, hordas destempladas de imberbes se trepen al pedestal en informes racimos para expresar una alegría primaria, incivil. A mediados de los 60, unos vivacetas le robaron el fusil al soldado desconocido que hace la guardia al general. La policía encontró el arma en los cachureos de San Camilo y fue restituida a su dueño con ceremoniales.

La estatua de Pedro de Valdivia, por su parte, es muy utilizada para sus citas por los enamorados céntricos y en una ocasión un empleado de banco la atacó a balazos después de concluir una farra de viernes por la noche. En San Miguel, por último, en los brumosos tiempos de la UP, la administración Palestro decidió fortalecer el culto al Che Guevara con la instalación de un monumento. Como el horno estaba por entonces harto caldeado, duró poquísimo. Al parecer, fueron hombres de Patria y Libertad los encargados de liberarnos a todos los chilenos del ídolo foráneo mediante una descarga nocturna de dinamita.

REBECA MATTE

BLANCO DE TODAS LAS FLECHAS DE LA AUSENCIA

Un vistazo a los contados monumentos erigidos en la capital por la artista chilena —discípula de Puesch y Monteverde—, evoca el aspecto central de su biografía: la lucha estoica contra la adversidad. Sus obras adecentan una ciudad adornada prácticamente al achunte y —lo principal— entretienen, cautivan, emocionan.

Dolorosa y piadosa fue la vida de Rebeca Matte, la gran escultora, la bisnieta de Andrés Bello. Al menos dos hechos funestos gravaron definitivamente su ánimo: el enloquecimiento de su madre, prisionera espectral “en una finca ultra-Mapocho”, y la temprana muerte de su hija Lily Iñíguez, en el sanatorio suizo para tísicos que Thomas Mann escogió como escenario de *La montaña mágica*.

Gabriela Mistral fue a verla a La Torrosa, en Fiésole, en una colina próxima a Florencia, una mañana de 1924. Encontró la casona vacía, los muebles enfundados y en el taller de la artista rastos de trabajo interrumpido. Una empleada italiana le explicó entre sollozos que toda la familia había partido al sanatorio, como último recurso para atenuar la tuberculosis de Lily. En el hospital, la joven escribió las últimas páginas de su diario íntimo, y es curioso que en cuanto más cerca vislumbraba la muerte, más intensas se hacían sus descripciones de la luz restallante de las nubes.

Joaquín Edwards Bello —primo de Rebeca— llamó a Lily Iñíguez “la Daisy Miller chilena”, aludiendo a la tan conocida heroína de Henry James: la joven y alegre norteamericana que contrae el paludismo una noche de luna en el ruinoso Coliseo romano. Ambas mujeres corresponden a sensibilidades exacerbadas, muy fin de siglo; ambas vivieron fascinadas con Europa y allá rindieron sus huesos. Lily dejó un libro de poemas en francés (*Brève Chanson*) con editor florentino. Del único ejemplar de esta

rareza existente en la Biblioteca Nacional alguien —en una arrebatada de admiración— sustrajo el retrato de la autora.

En Santiago —la ciudad de los adefesios escultóricos con venia oficial— las obras de Rebeca Matte se distinguen notoriamente para cualquier observador de buena voluntad. Los temas de sus monumentos son a menudo trágicos, y en ellos la tensión de los gestos refuerza el cristiano estoicismo de la artista. Véase su Icaro y Dédalo, a la salida del Museo Nacional de Bellas Artes, o su marmóreo Horacio, en el hall del recinto.

En la Alameda abajo, en la prosaica explanada conocida como “bandejón central”, subsiste una hermosa estatua que aviva del mejor modo el heroísmo patriótico de los héroes de La Concepción, inmolados por el país.

Otras de sus obras adornan la impresionante tumba familiar —de formato renacentista— en el Cementerio General.

Quienes vieron de cerca a Rebeca Matte, se admiran de que una mujer tan frágil pudiera haber vencido la resistencia del metal y del mármol. Trabajaba —dicen— con obsesivo silencio. Las fuerzas físicas le llegaron hasta la muerte de su hija. “Blanco de todas las flechas de la ausencia” (así dijo de ella la escritora Juana Quindos de Montalva), abandonó definitivamente los cinceles y apagó las fraguas. Se recluyó los últimos años de su vida en una hermosa casa que hasta 1991 estuvo en pie en la esquina de Curicó y Vicuña Mackenna. Donde hubo un sombreado antejardín de alta muralla hoy se yergue un edificio horrible, un verdadero patacón.

Sus otras residencias siguen todavía en pie. Su casa natal de la calle Catedral fue el lugar escogido por un sonado candidato y tribuno —Francisco Javier Errázuriz— como centro de operaciones políticas. En Independencia adentro tuvo una propiedad rural, cuyas casa originales sobreviven casi inadvertidas. En una de ellas, sede de la sociedad de beneficencia El Nido —fundada por la escultora— se podían ver hasta hace poco algunas pertenencias de su hija: un caballo de balancín, una cuna, un pequeño escritorio blanco.

CALLE PÍO NONO

EL ÚLTIMO VIA CRUCIS

Esta calle estratégica sigue dominando el implacable trasnoche del barrio Bellavista, que a pesar de los agoreros está más despierto que nunca. La artesanía, la gastronomía y las febrículas del baile se enredan aquí cada fin de semana en jornadas de extenuante diversión.

Bellavista fue hasta hace no mucho uno de los barrios más pueblerinos de Santiago. La proximidad del zoológico le proporcionaba cierto ajeteo diurno los fines de semana, pero las noches eran verdaderamente quitadas de bulla. El caminante que acertaba a cruzar esas soledades nocturnas no escuchaba más que los desapacibles rugidos del león, desvelado en la penumbra de su jaula.

Gradualmente la cuestión fue cambiando de tono. Restoranes y fuentes de soda —que nunca se pensaron peculiares— fueron convertidos en dilectos lugares de reunión, si no de culto. Un verano de mediados de los años 80 se estableció un festival del barrio en el que los protagonistas y los espectadores eran los mismos: una masa orgánica que literalmente circulaba por las calles mirándose las caras y apretujándose. En ella se mezclaban carnavalescamente los epónimos del new wave, los reservas del hippismo y mucho representante de esa tribu indefinida y eterna: los amantes de las “actividades culturales”. Más tarde llegó el lumpen anarquizante y futbolero, y detrás las fuerzas especiales de la policía, con guanacos y lacrimógenas.

Todo el mundo dice que Bellavista está hoy en decadencia, pero a simple vista el trasnoche sigue siendo joven por estos pagos. En Pío Nono —la calle principal— se multiplican y se renuevan discotecas cibernéticas, feos salserías, tiendas de ropa publicitada como underground y restoranes de todos los pelajes. Jóvenes sin mucho estilo hacen el trayecto ceremonial por las cinco cuadras de la calle con caras de tremenda expectativa. Una

inmensa fila de puestecitos de artesanía copa la mitad de la vereda. A ratos uno se cree en el mercado de Bagdad o en el de Guanajuato, por las inimaginables ofertas: ataúdes en miniatura, llaves de palo gigantes, quiltros recién nacidos, caleidoscopios, cintillos fosforescentes, lecturas del tarot y de las líneas de las manos, esclarecimiento del significado de los nombres.

A las 12 de la noche las mesas de la calle están desbordantes de bebedores de burros, esas jofainas de cinco litros de cerveza que han reemplazado al criollo metro cuadrado de pilsener. En el aire se mezclan las oleadas de incienso de sándalo con las de las fritangas callejeras (churros y sopaipillas). En medio del murmullo de la turbamulta y de la masa acústica formada por los parlantes de cada boliche funcionando al unísono, una vieja se desgañita voceando sus pizzas de urgencia, y en la esquina de López de Bello un percusionista evoluciona en un solo de batería de horas, asistido en las cobranzas por un travesti muy pasado para la punta.

En la biografía de Pío Nono —el Papa que gobernó la Iglesia entre 1846 y 1878— se anotan episodios chilenos. Cuando era un simple clérigo y se llamaba Juan María Mastai Ferreti, llegó a Santiago como parte de una misión del Vaticano. Se quedó a vivir en una celda de la Recoleta Dominicana, sin más que un camastro oxidado y una estera. De todas formas, a pesar de su aislamiento, se hizo muy popular y se visitaba con familias influyentes del momento. Uno de sus grandes amigos fue José Romero, el Zambo Peluca, mayordomo de la Nunciatura, con el que se carteó hasta el final.

Cuando lo nombraron Papa, la ciudad amaneció embanderada. Desde entonces recibió cada vez que podía a los viajeros chilenos y preguntaba por medio mundo. Le interesaba particularmente si todavía se tomaba mate en Santiago y si en la Chimba aún quedaban serenos. Dicen que añoraba también la cocina nacional, y que al que quisiera escucharlo le soltaba un inédito latinajo: "Beatis chilensis qui manducam charquicanem".

MARURI

LA CALLE DEL CREPÚSCULO

Si no fuera porque Neruda la mitologizó definitivamente en sus poemas y en sus recuerdos, esta calle sin características viviría hoy en el olvido casi total. Desprovista de comercio, constituida por una seguidilla de casas chatas y uniformes, no ofrece otro interés que el de la pequeña historia nerudiana.

Maruri es una calle bastante fea. Ancha, larga y melancólica, se origina en los recovecos del sector Independencia y concluye en unos andurriales que antiguamente se conocieron como Callejón de las Hornillas, donde campeaban los prostíbulos y los bares de mortecino trasnoche. En la Maruri de hoy, no obstante, no se escuchan ni tamboreos ni huifas arrabaleras. Se trata de un lugar en que uno adivina las tardes interminables y mudas. Ni el paso frecuente de los vehículos de una escuela de conductores, ni los rayados del tipo "Escanilla hard core punk" en las paredes logran inferirle algo de intensidad a la zona. Hasta los locatarios de una feria libre que se instala ahí una vez por semana, se ven anémicos, desvanecidos en la fomedad general.

Es difícil caminar por Maruri sin acordarse de Pablo Neruda. Parte del misterio o del prestigio de esta calle proviene de que Neruda celebró sus crepúsculos en uno de sus primeros libros, *Crepusculario*: "Entre las llamaradas amarillas y verdes / se alumbró el lampadario de un sol desconocido / que rajó las azules llanuras del Oeste / y volvió en las montañas sus fuentes y sus ríos". Para el poeta, éste fue el primero de sus lugares metafísicos, al menos en Santiago. Se instaló ahí en 1921, en una pieza de pensión, con toda la solemnidad de un estudiante pobre con la cabeza atravesada de resonancias. La calle no era por entonces mejor que ahora. Volodia Teitelboim —también vecino de Maruri— la define como "el lugar más antipoético del mundo". Dice que en esos tiempos era una calle gris, con olor a gas, a ladri-

llo añejo y a café de higos. Las pensiones estaban habitadas por desconocidos y por chinches y “el mundo se hacía más sucio, más oscuro y doloroso cuando el otoño y el invierno exterminaban las hojas de los árboles y los volvían desnudos y desolados”. Todas las mañanas llamaba la atención una joven de boina —Hortensia Bussi— que tomaba la góndola para ir a sus clases de historia.

Rubén Darío fue deslumbrado por el Santiago opulento de fines del siglo XIX. En La Moneda fue huésped permanente y conoció las mansiones por dentro. Las luminarias de gas, el mármol y el champagne iluminaron su vida santiaguina. El caso de Neruda es distinto: llegó acá como un sureño infiltrado y seminocturno. Sus primeras experiencias fueron más que nada barriales. García Reyes, Echaurren (otra calle en que fue pensionista), las inmediaciones de la Estación Central y la enorme barriada de Quinta Normal marcaron sus impresiones iniciales. Todos sus amigos de entonces vivían en casas de pensión y al calor de la “leche con parafina” constataban o proclamaban la identidad entre poesía y pobreza.

Otro escritor que vivió en Maruri fue Fernando Alegría. Sus recuerdos de la calle son menos tenebrosos. En entrevistas y conversaciones ha mencionado a algunos vecinos cuyos destinos rayaban en lo picaresco. Había entre ellos un conde italiano que por algún motivo había venido a dar con su humanidad a este calcañar del mundo. En un escenario impropio se empeñaba en mantener todos los arrestos del caballero de noble cuna. Para parar la olla, en tanto, hacía clases de esgrima en la Escuela de Investigaciones.

En la actual calle Maruri no hay recordatorios de que Pablo Neruda haya vivido aquí sus primeros años capitalinos. En 1980, el artista francés Ernest Pignon-Ernest pegó en uno de sus rincones una serigrafía con la imagen del poeta a tamaño natural. A los pocos días, aparecieron velas y flores a sus pies, como si se tratara de una animita. Se trataba de una obra perecible, que al cabo de unos meses fue destruyéndose hasta desaparecer.



CALLE DEL ARZOBISPO

EL SOL EN LA PIEL

A pesar de su nombre, de inspiración católica, nada en esta ancha calleja nos ayuda a pensar que nuestro paso por este mundo es un breve trance hacia el otro. Al contrario: los tacos constantes alargan el tiempo hasta la exasperación, mientras un sol descuerante se aplica contra los techos de los autos y las testas de los transeúntes.

Sin miedo se puede afirmar que la Calle del Arzobispo, en el límite oriente del barrio Bellavista, carece casi por completo de carácter. Uno no puede identificarla con ninguna de las comunas próximas: ni con Santiago, ni con Providencia, ni con Vitacura. No se parece a nada, salvo a sí misma, lo que no es mucho decir. Sus casas de dos pisos —donde se instalan con frecuencia restaurantes de mediana duración— recuerdan más bien retazos de un barrio de inmigrantes del medio oriente, pero de un modo no demasiado decidido.

La resolana debe ser la característica más relevante de la calle en cuestión: el calor permanente, causado por un extraño microclima que los metereólogos —o quienes fueren— deberían estudiar. La presencia impositiva de un faldeo del San Cristóbal (dominado en estos meses por una sequedad mexicana y unos arbustos polvorientos) crea un efecto de cajón, y a las diez de la mañana el sol ha comenzado su trabajo. A las doce ya hay espejismos sobre el pavimento, donde restallan las tapitas de Coca-Cola fundiéndose en el alquitrán. El Río Mapocho —condenado por la sequía a una existencia raquítica— no logra mover por lo demás ni una brizna de viento.

Y están los automóviles, por cierto, tratando el día entero de acceder hacia las salidas taponeadas de Santa María o Bellavista. Esto significa que el sol se multiplica sobre los techos cromados mientras los espejos retrovisores despiden momentáneos rayos cegadores. Los motores se sobrecalientan, la vida se atasca

neurótica entre destemplantes bocinazos. En la vereda, sobre un inverosímil pedacito de pasto, unos niños —ajenos al mundo, como suelen estar los niños— juegan a quemar vivos insectos por medio de una lupa. Son niños buenos: se entretienen con lo que hay a mano, aprovechando incluso lo aprendido en las clases de ciencias naturales.

¿Qué más se puede agregar sobre esta calle perdida, que interconecta a pequeños barrios blancos con otros pequeños barrios blancos y a todos ellos con un puente más congestionado aun que ella misma? Poco, en realidad. Una peletería, una tienda de confecciones, uno que otro café y un expendio de lapislázuli no alcanzan a configurar un paisaje en la libreta del cronista. Dicen los memoriosos que hubo aquí alguna vez un restaurant de tipo griego que presentaba una curiosidad: las mesas imitaban platos de cobre gigantescos. Esto era particularmente incómodo, pues no había dónde apoyar platos ni cubiertos, que resbalaban por los bordes cóncavos de las mesas.

De este estilo es el ajetreo en la Calle del Arzobispo, cuya única notoriedad es un viejísimo caserón campestre, de cansados murallones de adobe, que ocupa una cuadra entera. Debe ser de 1850, sino de antes. Quien se asome por la entrada de Bellavista podrá percatarse de que los que habitan la casona se dedican al negocio del reciclaje de papeles y cartones. En antiguo patio calesero, en cuya galería se ha instalado una mesa de escritorio, un letrero advierte que no se compra papel de diario, ni de revistas, como tampoco un misterioso material denominado dúplex.

Es de toda evidencia que la Calle del Arzobispo quiere honrar la memoria de Mariano Casanova Casanova, vecino del sector, quien fuera arzobispo de Santiago durante el período fatal de José Manuel Balmaceda. Casanova —que había vivido un tiempo en el Perú— ayudó a repatriar los restos de O'Higgins, auspició la despolitización de la Iglesia y su separación paulatina del Partido Conservador y —a decir de muchos— no fue querido por todo el mundo eclesiástico. A veces se considera de su inspiración la fundación de la Universidad Católica, pero fue siempre un poco reacio a ese proyecto.

ZONA ESTACIÓN MAPOCHO

UN OJO EN LA VEREDA

Viejos y altos edificios, calles anchas y un imparables ajetre humano distinguen a esta barriada de trasnoches y de trasbordos al norte suburbano. Topless inimaginables y hoteles vagamente parejeros proporcionan una fauna nocturna de merodeadores. La memoria del lugar, en tanto, está atravesada de sórdidas historias.

Porque ni siquiera llegó a la página roja, es comprensible que nadie recuerde un hecho espeluznante ocurrido en abril de 1981 ~~ocurrido~~ en un boliche de paredes celestes muy próximo a la Estación Mapocho. Hacia las 12 de la noche, la concurrencia era muy numerosa en el lugar. En las conchas de locos humeaban puchos infatigables y las risas destempladas se reproducían de mesa en mesa confundidas con los cantos de borrachos en coro. De repente se hizo un silencio gélido, el horror se imprimió en los rostros y un desordenado tropel de parroquianos buscó a tropezones las puertas de salida.

Afuera, en la vereda, un hombre (después se supo que lo apodaban El Rigor Mortis) acababa de zanjar un disputa vaciándole el ojo de una puñalada a su contendor. El herido se revolcaba en el pavimento, gritando frases incomprensibles en tono de súplica. Inútilmente, sus manos trataban de contener el líquido azulino que manaba de su perjudicada cavidad ocular. El Rigor Mortis, en tanto, entró con pasos lentos y sonrisa de triunfo al bar-restaurant y exigió un vaso de vino al mesonero. Bebió solo, exhibiendo su cínica estampa ante las mesas vacías y después se fue tan lentamente como había llegado.

No es por meter miedo, pero así son a veces las cosas en la zona aledaña a la Estación Mapocho, al menos en esas noches que la esotería lumpenesca denomina "cargadas". Después de hora, es frecuente toparse en estas calles con ese espectáculo inquietante: una ~~retabla~~ de sospechosos con las piernas separadas

y los brazos en alto contra la pared siendo palpados por funcionarios del orden.

De día, las cúpulas, los obeliscos patinados de hollín y una abigarrada humanidad bastan para darle al sector un cierto parentesco con un San Petersburgo novelesco. Abigarramiento es la palabra clave en este caso: de alientos humeantes, de olor a sopaipillas, de voceos, de metrobuses a Batuco, de colectivos a Curacaví, de fogatas en las márgenes del río, de viejas atravesando la calle entre los dribblings de los autos. Hasta un puente decimonónico de fierro se ha reservado para el hacinado menuideo: todo se transa ahí, desde utensilios para fabricar empanadas hasta calcetines de nylon y cassettes de Los Ralos. A un costado, un sujeto pequeño y gordo —tocado con un sombrero tipo Al Capone pero de lana— alimenta con afrechillo a unas 1.500 palomas. Abajo, el río fluye como en tiempos de Heráclito.

Del puente más cercano a la estación procede una de las historias sórdidas que espantaron nuestra imaginación en la infancia (parece que René Vergara la recopila en alguno de sus libros): a principios de los años 60, un tortillero había establecido su precario negocio sobre el puente. Este señor tenía un vicio, y a veces pagaba a muchachones desfinanciados para que lo satisficieran. En una ocasión —para él, la última— llegó hasta su casa uno de estos jóvenes desempleados (un tipo alto, con rasgos de mulato) buscando ganarse unas monedas. El tortillero y su amigo tuvieron sus aproximaciones en el sucio camastro. Y aquí viene lo peor: al gigoló le bajó la culpa y el asco y destazó al viejo in situ. Varios días permaneció el cadáver en la pieza, hasta que alguien lo encontró en estado de putrefacción. ¿Y cómo no se dieron cuenta antes?, le preguntó un periodista a una vecina. Respuesta:

—Es que era el mismo olor que salía cuando hacía las tortillas. ¿No ve que les echaba grasa de caballo?

RÍO MAPOCHO

VIDA Y PASIONES DE UN CAMALEÓN

Sobrevolado por gaviotas carroñeras y dominado en la parte baja por sórdidos guarenes, ahí está el Mapocho, en su diario e indiferente escurrimiento. Las inundaciones lo sacan de vez en cuando del letargo y refutan su proverbial raquitismo, provocando una desoladora estadística de damnificados.

Casi por tradición, los santiaguinos no se toman muy en serio al Mapocho. Tienen conciencia de que ante el Sena o el Río de la Plata, este reguero café y esmirriado que se escurre por la ciudad es más bien insignificante. Salvo, por cierto, cuando al río "le zapatea el indio" y "se sale de madre", esparciendo el terror y la ruina por donde se le antoja. Si bien en el siglo pasado se ganó el apodo de "el camaleón" por los colores cambiantes de sus aguas, bien pudo haber merecido este mote por sus extremos cambios de conducta.

En los últimos años se ha dado varias veces esta situación. En 1982 el cauce sobrealimentado desbordó la amplia cuenca, arrasando automóviles, bestias y bienes muebles que llegaba a dar gusto. El Parque Forestal era una dilatada laguna y en la Plaza Italia no había otra forma de atravesar que a bordo de los botes mercenarios manejados por improvisados Carontes.

Los que sufrían mucho eran los reporteros de la televisión, apostados todo el día junto a las aguas turbulentas. No tenían gran cosa que decir en sus despachos, aparte de mencionar con dramatismo cada objeto que veían pasar: "Ahí va una mesa, una mesa que hasta hace poco reunía a una familia en la intimidad de un hogar". Otros trataban de rellenar con reflexiones: "El agua, este vital elemento de por sí tan beneficioso para el ser humano, a veces se vuelve en su contra con toda la ira de que es capaz la naturaleza". El intendente del gobierno militar también aportaba lo suyo: "Debemos reconocer que la naturaleza se ha portado de un modo deplorable, pero todo está controlado".

Las regatas estudiantiles representaban hasta hace poco una cara festiva del río. Cada inicio de año se organizaban unas desbandadas acuáticas en despanzurrados botes alegóricos, para "reunir puntos". La cosa parecía una parodia picaresca de las ordenadas carreras de bogadores de Cambridge y Oxford. Al final, ganadores y perdedores debían partir rápidamente a algún consultorio a vacunarse, considerando que toda la miasma de la ciudad se aglomera en las aguas mapochinas.

Hasta entrados los años setenta el río tuvo sus habitantes preferenciales: los pelusones. Rapaces de mechas tiesas y costumbres primitivas, vivían de lo que obtenían de las billeteras de que despojaban a los giles de La Vega, y se expresaban a piedrazos y cuchilladas. Quienes quieran conocer este aspecto de la oscura vida íntima del Mapocho deben leer *El río*, la novela autobiográfica de Alfredo Gómez Morel. Imágenes siniestras de ese libro son los gatos criados al fondo de las cloacas, ciegos por el nulo contacto con la luz y feroces como jabalíes. A veces las riberas y las arcadas mapochinas vuelven a ser ocupadas por familiones paupérrimos, pero desaparecen con misterio.

Una de las salidas de madre históricas del río capitalino ocurrió en junio de 1783, tras unas lluvias bíblicas que coronaron doce años de sequía. El agua enfurecida se metió por Santo Domingo, Rosas y San Pablo hasta el actual barrio de Yungay, para juntarse con otro brazo que cubría la Estación Central. La inundación del convento carmelita de San Rafael merece crónica aparte y fue objeto de un romance popular. Las monjas se apretujaron en el coro de la capilla entre ayes y misericordias. No se atrevían a abandonar el claustro sin el permiso del obispo. Cuando el agua les llegaba al cuello aparecieron tres jinetes con la orden salvadora. Vicuña Mackenna hace notar que el capellán de estas monjas tenía "un nombre propicio para tan apurado trance". Se llamaba Fray Manuel de la Puente.

CALLE SAN MARTÍN

KARMA DE BARRIO CHINO

Mundos muy opuestos conviven en la extensión de esta antigua calle: desde una zona arrabalera con inveterada remolienda nocturna hasta amplios edificios de departamentos de los años 40, profusamente habitados. En medio aún quedan algunas mansiones de la época dorada del centro.

Alguna vez —a principios de siglo— hubo en San Martín fiestas de mucho lustre. Los memoriosos destacan las que se organizaban en la mansión de los Valdés Ossa (que hoy brilla por su ausencia en la esquina de Agustinas) y en la de la familia Yrarrázaval, cerca de la Alameda. De paso, los mismos recuerdan con nostalgia las dulcerías de Vergara y de Jaiba, donde los hojaldres y los alfajores competían en excelencia con los “príncipes embetunados”.

La mayoría de los palacetes de San Martín han sido reemplazados por edificios de departamentos y playas de estacionamiento. El Palacio Rivas es casi un símbolo tortuoso de los días de gloria de la calle. La ferretería Montero ocupó por muchos años sus salones y luego vino simplemente el abandono, para regocijo de palomas y murciélagos. Las pesadas cornisas oscilaron durante un buen tiempo sobre la cabeza de los transeúntes, alertados por los letreros de “peligro”. Ahora han derrumbado todo, menos la fachada: por detrás de ella han levantado el edificio curvo de un hotel, lográndose un golpe de vista que un observador ha denominado “efecto transformer” y que a Joaquín Edwards Bello habría hecho exclamar simplemente “¡imbunche!”.

Pero hay que añadir una cosa: la calle San Martín es bonita y caminable en casi toda su extensión. Como la paranoia oficinesca del centro aún no llega por aquí, de noche resulta casi acogedora. Razonablemente, mucha gente ocupa para vivir sus departamentos, como se puede comprobar mediante una simple incursión

nocturna. Detrás de cada visillo, el intruso se encontrará con escenas de la más amable vida doméstica. En San Martín 18, por lo demás vivía Daniel Avalos (pronúnciese Avalós), personaje de un recordado libro de francés, el *Passeport s'il vous plait*. El chino Pissanli, el gringo Brown, la empleada Rosine y monsieur Lafitte —policía parisino— se agregaban al didáctico reparto con cuyas aventuras un par de generaciones de colegiales intentaron incorporar la lengua de Molière a sus molleras.

Entre el estudiantado de hace dos década producía risas nerviosas la sola mención del niño Avalos y su domicilio, pues entonces como ahora la calle San Martín era identificada con boites y con prostíbulos.

Mucho hay de verdad en esta mala fama. En el extremo norte de la calle aún queda un remedo de barrio chino al viejo estilo, con las asiladas de las casas de tolerancia oteando tras las ventanas las 24 horas del día. La cercanía del terminal de buses le da el aire portuario a ese conjunto de cuadras adoquinadas y ominosas, con botillerías insomnes y un telón de fondo en que se divisan el triste edificio de la ex Cárcel Pública y el de Investigaciones. En los últimos días de Pinochet, las prostitutas del sector respondieron a una amenaza de desalojo con pancartas y demostraciones callejeras.

Por esos días, además, aún funcionaba —a pasos del Traumatológico— un lugar mítico del trasnoche contracultural: El Trolley, llamado así por compartir espacio con el sindicato de choferes de los extinguidos trolleys santiaguinos. El más fome Año Nuevo del que se tenga registro —el que marcó el paso entre 1986 y 1987— tuvo como escenario ese sitio. El número central fue un grupo punk innominado que nunca terminó de empezar su actuación. Un exaltado corría por entre los espectadores encuestando: “¿Le creís o no le creís a estos huevones?”. Al parecer, la mayoría optó por no creerles, ya que los músicos salieron del escenario bajo una lluvia de botellas de pilsener.

PALACIO ERRÁZURIZ

EL HOGAR DE UN MÍSTICO

Librado de los demoleedores, este palacio italiano construido en 1874 sigue prestando servicios dignos de su rango: la embajada de Brasil lo mantiene desde mediados de los años 40. Su primer dueño, Maximiano Errázuriz, lo vendió a huevo y se retiró al campo a intentar una vida, dentro de lo posible, más modesta.

Como todo el mundo sabe, en la década de 1870 Santiago vivió un esplendor de construcciones suntuosas. La plata sonante de los mineros enriquecidos se hizo notar en sus palacetes —muchos de ellos fantasiosos— recubiertos de estucos (parece que la pedrería nunca fue buena por estos lados). Las modernizaciones salidas de la cabeza de Vicuña Mackenna, el intendente, transformaron también el aspecto general de la ciudad.

Europa —la vieja y la moderna— fue en todo momento el edén de esta copias relativamente felices. El increíble Palacio Undurraga, que hoy no existe en Estado y Alameda, imitaba los góticos retorcijones de un famoso edificio alemán. La Alhambra, en tanto, levantada por el minero Francisco Ignacio Ossa, reproducía a escala su modelo español. José Díaz Gana —otro magnate del rubro— dejó que la imaginación rebasara todos los límites en la construcción de un oneroso esperpento (hoy demolido) en Alameda cerca de Cumming. De este último opinaba el hombre de mundo Eduardo Balmaceda: “¡Qué gran edificio para instalar ahí la embajada de España!”

Otra historia es el Palacio Errázuriz —actual embajada de Brasil—, en la Alameda, a un costado de la Norte-Sur. Fue construido en 1874 por el romano Eusebio Chelli, a pedido de Maximiano Errázuriz Valdivieso, quien necesitaba espacio para distribuir las obras de arte que había adquirido en Roma. Fue la única residencia particular proyectada por Chelli, que había llegado a Santiago unos años antes de ejecutar su obra maestra: la Recoleta Domínica.

Por los planos de esta iglesia el Papa Pío Nono le había entregado una medalla de oro. Chelli, que murió a los 70 años sin regresar a Italia, dejó descendencia chilena.

El Palacio Errázuriz es uno de los pocos de su género que se ha librado de la picota, probablemente a causa de que los brasileños lo tienen a su cargo desde mediados de los años cuarenta. Fue hecho con patio de honor, jardín inglés con bosquejo en el patio de atrás (que interrumpió la calle Alonso Ovalle) y departamentos independientes para los hijos del dueño. Alguna vez perteneció a Ramón Cruz y también a Agustín Edwards.

Maximiano Errázuriz no fue rico siempre. Al morir, su padre lo había dejado en una tambaleante situación económica. La fortuna vino, en su caso, aliada del amor. Mientras trabajaba en Valparaíso tuvo un discreto pololeo con la hija del potentado José Tomás Urmeneta. La cosa se formalizó del siguiente modo: la bella Amalia, en un arranque inédito, brindó públicamente por su futuro novio en una fiesta donde estaba *tout le monde*. Urmeneta no se opuso: lo hizo su socio.

El caso de Errázuriz es extraño, casi paradójal. Multiplicador de una fortuna inmensa, vivió pensando en el retiro de los negocios humanos. Se sentía en todo momento resbalando hacia la banalidad. El influjo religioso en su familia fue fortísimo. No sólo por Crescente, su hermano, sino también por su tío Rafael Valdivieso, los dos arzobispos. A sus hermanas monjas les había prometido apartarse para poder adorar al Único. Se retiró finalmente a su hacienda de Panquehue, donde se dedicó a la producción de vinos.

La lujosa casa pompeyana que mandó construir en Panquehue no la ocupó jamás. Vivió sus últimos años en la casa de la administración. Para los huasos fue un benefactor: ante el brote del cólera, personalmente salía de noche con linterna y botiquín para atender a los enfermos. Cuando murió, encontraron bajo sus ropas cilicios con los que atormentaba su carne mundana.

Por los planos de esta iglesia el Papeleño Nino le habia entregado una medalla de oro. Chile, que hacia a los 70 años sin regresar a Italia, dejo desceñir sus medallas de oro.

El Palacio Britanico es uno de los pocos de su genero que se ha librado de la picota, probablemente a causa de que los piratas no lo tienen a su cargo desde mediados de los años cuarenta.



El edificio que se ve en la foto es el Palacio Britanico, uno de los pocos edificios de su genero que se ha librado de la picota. El edificio fue construido en 1845 por el arquitecto britanico John Pritchard para el comercio de la Compania Britanica de Comercio con Chile. El edificio es un ejemplo de arquitectura neoclasica y tiene una fachada con una gran cantidad de ventanas y columnas. El edificio fue destruido por un incendio en 1907 y fue reconstruido en 1910. El edificio es uno de los edificios mas importantes de la ciudad de Valparaiso y es considerado un monumento nacional.

CALLE MATURANA

EL FANTASMA DE SARA BELL

Arrebatos románticos e historias escalofriantes se han vivido en esta insospechada calle de Santiago poniente. Venida hoy a menos, aún conserva algunos asomos de su pretérita elegancia.

Hay algo indefiniblemente misterioso en la calle Maturana. Sus primeros tramos, que flanquean el barrio Concha y Toro, tienen un no sé qué de la rue Morgue, la de los crímenes de Poe, al menos en su versión de *Tardes de cine*. Es fácil imaginar en las noches de niebla —y en Santiago poniente las hay— al transeúnte rezañado levantándose el cuello del abrigo y apurando el paso mientras a cada tanto lanza miradas ansiosas hacia atrás, por sobre el hombro.

Afrancesado y discreto, el barrio Concha y Toro en cuestión ocupa hoy el sitio donde estuvo, hasta entrado este siglo, un palacete espectral: el Díaz Gana, también conocido como Concha Cazotte. Abundaba en cúpulas, ojivas, columnatas y almenas, y un viajero definió burlescamente su estilo como “turco-siamés”. Fue un mal sueño arquitectónico —pero un sueño al fin— salido de la mente afiebrada del alemán Teodoro Burchard, por exclusivo encargo del minero José Díaz Gana, una de las fortunas de fuste del siglo XIX. Los Concha, posteriores habitantes, le agregaron también sus caprichos de estuco al engendro de las mil y una noches.

Pero en la calle Maturana coexisten fantasías y realidades de todas las épocas. En la esquina de Rosas sobrevive como puede el decorado neorrealista de un edificio gris, enorme, de imposible equilibrio (por sus ventanas abiertas, abarrotadas de mujeres, se adivinan los interiores ahumados); y frente a la Plaza Brasil, a un costado del convento de la Preciosa Sangre —donde Vicente Huidobro raptó años ha a Teresa Wilms—, los choferes de unos radiotaxis duermen la siesta de los justos a las tres de la tarde, mientras de los radios de sus autos emana una voz nasal, insensi-

blemente sintonizada. Más allá, en la esquina de Erasmo Escala (antiguamente conocida con el ridículo nombre de Galán de la Burra), algunos boy scouts, montados sobre otros boy scouts, se divierten lanzándose a la cabeza unas bolsas de suero coloreado.

Hace cien años, Maturana se conocía como Calle de Fontecilla. Era un filón colonial, con rejas de Vizcaya, portones claveteados y alumbrado escaso. En el número 30 vivía Sara Bell Recabarren, una mujer hermosa, de vida complicada, a quien los vecinos apodaban La Gringuita. Los entusiastas del folletín genealógico la suponían hija secreta de un señor Lyon. Sea como fuera, su amante, Luis Matta Pérez, un abogado con gran influencia en el gobierno parlamentarista, la asesinó una noche de octubre de 1896 con una dosis de veneno para perros.

Confiado en que con su mano manejaba los hilos del tinglado santiaguino, Matta dejó por todas partes evidencias estúpidas de su crimen. Incluso horas antes del hecho los vecinos lo vieron persiguiendo a Sara por la calle: había intentado darle a tomar un café con arsénico. Ante la curiosidad de la gente, el jurisconsulto repartía una excusa inverosímil: "No tengan cuidado, la pobre es enferma del corazón".

Matta estuvo a punto de pasar el trance con total impunidad, pero el error fatal lo había cometido varios años antes, una noche en que —culminada la revolución del 91— el Teatro Municipal prendió todas sus luces para celebrar las glorias del general Koerner. En el foyer, Matta reconoció a un reportero llamado Julio Videla, de *La Nueva República*, un diario balmacedista. Lo expulsó del recinto a empujones y a gritos.

La humillación —gran retratista— grabó a fuego el rostro de Matta en la retina de Videla. *La Nueva República* sacudió el caso de Sara Bell cuando estaba a punto de echarse sobre él una última paletada de olvido. Se exhumó el cadáver de la mujer y se le practicaron infinidad de pruebas químicas. Cuando se dictó la encargatoria de reo, Luis Matta Pérez, convenientemente dateado, salió de Chile y nunca más se supo de él.

CALLE REPÚBLICA

ESPARTA Y ATENAS

La remodelada avenida vivió su apogeo en tiempos del cabriolé. Hoy las nuevas universidades la mantienen viva, pero muchas de las mansiones pertenecen a las fuerzas armadas. En medio, un Errol's y un Mac-Donald's ponen el signo de los tiempos.

La vida de Rubén Darío tuvo un sordo dramatismo económico. El poeta se alimentaba de pan y de arenques para poder vestirse a tono con sus amigos del gran mundo liberal y afrancesado que lo adoptó en Santiago. Es sabido que se enamoró de varias bellezas criollas, pero sin chance. Edwards Bello suponía que si hubiera sido un genio de la Bolsa o de la construcción de puentes, y no un genio desfinanciado de la poesía, le hubiera ido mejor en esas lides.

Esto debe haber marcado su estado de ánimo la noche de verano en que compuso su delirante *Himno al oro*, tras una caminata por las calles de los nuevos palacetes —Dieciocho, Ejército, República— en que bajo el influjo de un vaporismo alcohólico pasó revista a las mansiones oscuras, inaccesibles y vacías (la gente andaba de vacaciones).

La calle República queda hoy como huella visible del optimismo y el derroche del pasado cambio de siglo. Las últimas construcciones levantadas con el espíritu de la época datan de los años 20 y llevan las firmas de Monckeberg y de Larraín Bravo. Las más antiguas simplemente sucumbieron a la imbecilidad de la demolición.

Uno de los palacios más recordados es el que en 1866 mandó a construir Henry Meiggs —el aventurero norteamericano, magnate del ferrocarril— en su quinta de República y Alameda. Tenía escalera de caoba en espiral, un salón de puro abeto, mármoles dispuestos en forma de estrella, puertas de cuatro metros, calefacción central y otras distracciones. Meiggs inauguró su casa con

un baile histórico, en que medio Chile bailó vals hasta el desfrenado. La banda del regimiento Buin aportó también lo suyo: la canción nacional y algunos aires livianos a la hora de conducir a los invitados a las caballerizas, donde se había dispuesto el buffet. Vicuña Mackenna reseñó la fiesta dos días después en un diario: dijo que la comilona había sido un holocausto y subrayó el hecho apreciable de que entre la concurrencia “no hubo ninguna fea”.

En el 263 de República vivió tiempo después Gustavo Balmaceda, en una casa de la que hoy no queda ni humo. Fue parisiense y santiaguino señorero, “un monumento de Ahumada con Huérfanos”, según una señora que lo conoció. Dicen que cuando regresó a Chile tras años en París se encerró en su camarote — como un desterrado — para no ver alejarse las costas europeas. Liberal, de ideas avanzadas, se entusiasmó alguna vez con el palabreo de la agitadora española Belén de Sárraga, pero ésta se burló de su peinado a la gomina. Compartió algunos años de tormento matrimonial con la más bella cachetona de esos años, Teresa Wilms Montt, y nunca llegó a comprender su ateísmo y sus desvaríos, tildándolos de “anarquismo espiritual”. Ella le fue infiel con dos Vicentes: Balmaceda — primo de Gustavo — y Huidobro.

Las universidades privadas — con sus terribles fachadas de marmolita — le han dado hoy renovada vida real a la calle República. Hasta entrados los años 80, el relevante Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile tuvo también su sede en una de estas mansiones, pero debió dejarle el lugar a una institución algo más inquietante: la CNI del general Gordon. Al respecto, el historiador Mario Góngora comentaba que basta que haya una Atenas para que aparezca una Esparta. Los numerosos locales de las fuerzas armadas que ocupan hoy la calle confirman el aserto. Las hermosas casas — con sus desbordantes glicinas — son ahora más inalcanzables para el observador de lo que fueron para Darío. Cierres metálicos, letreros de advertencia y conscriptos desconfiados han puesto un mundo de por medio.

SCHUBERT EN EL LABERINTO

Este edificio es probablemente uno de los más grandes de Santiago: ocupa todo un costado de la Plaza de Armas y se extiende hacia el sur sobre el Pasaje Matte. Lo habitan ancianos y familias numerosas, y en sus dédalos el visitante puede encontrar saunas, casas de cambio, residenciales y ofertas gastronómicas de todo calibre.

En otro artículo menciono a Pedro Fernández Concha como abuelo de Vicente Huidobro. Falso: debí decir tío abuelo. Su devoto hermano Domingo fue el abuelo de poeta creacionista y es él a quien le conviene el mote de "catoliquísimo". Pedro y Domingo levantaron uno de los edificios más reconocibles de Santiago: el Portal Fernández Concha. La rectificación del error genealógico bien vale una nota sobre el portal.*

Nadie imagina cuanta gente vive hoy en este enorme recinto, ni siquiera sus propios habitantes. Por alguna extraña disposición de la arquitectura, éstos raramente se encuentran en los laberínticos pasillos, que siempre se ven desolados. Otras rarezas distinguen al edificio: un subterráneo doble y un pozo de 80 metros que abastece de agua propia a los departamentos. Invisible desde la calle, en el medio de un patio insospechado y sombrío, hay una pequeña casa tipo bungallow de La Florida, con lavadero y colgadero.

La soprano Gabriela Lehman —de fassbinderiano destino— vive todavía con su familia en uno de los departamentos del portal. Según los vecinos canta a Schubert todas las tardes, junto a una ventana que se abre a un patio interior. La CNI —dicen— también asentó sus reales en el estratégico edificio. En tiempos relativamente recientes sus operarios aprovechaban el excelente pano-

* Se trata de la crónica "La venganza de los guaycoches", que aparece en las páginas finales de este libro. (N.del A.)

rama que ofrece la galería del séptimo piso para fotografiar desórdenes en Ahumada, la Plaza de Armas y Estado.

Desde comienzos del siglo XVII hubo aquí comercio y boliches para el juego de naipes. Tras enredosos pleitos inmobiliarios, el terreno quedó en manos de los inevitables condes de Sierra Bella. Uno de ellos, Cristóbal de Messía, construyó el primer portal, llamado previsiblemente "de Sierra Bella".

En 1869 —cuenta Hernán Eyzaguirre— el inmueble se incendió, y los hermanos Fernández Concha compraron sus restos "todavía humeantes" a los herederos del conde (con los que Pedro se había emparentado). Ahí erigieron un edificio soberbio, de cuatro pisos, 18 arcos y cúpula en la esquina oriente.

Varios hoteles harto lujosos albergó el portal desde entonces: el Santiago, que popularizó un incomparable *consommé-aux-profiteroles*, y el Inglés, cuyo propietario era por lo demás ciudadano francés. Este hotel fue el primero en la capital con luz eléctrica y tuvo como residente fijo a Domingo Faustino Sarmiento.

Despuntando este siglo, el así llamado Casino del Portal fue lugar de reunión inexcusable para la sociedad santiaguina. El repostero gabacho Pinaud proveía una variedad de invenciones que maravillaba: desde *gateaux Saint-Honoré* hasta las "bombas de helados" y los *babá-au-rhum*.

Hoy día queda una cierta tradición culinaria en el Portal Fernández Concha, que aguanta con irregular éxito la pauperización del centro de Santiago. Bajo los arcos, una *retabilla* de kioscos surte con sandwiches de jamonada, empanadas y completos —cuando no con empachadores "colegiales"— los antojos de los más pobretones.

Al frente, los restoranes oficiales, con mesas y mozos, exhiben en abismantes vitrinas platos con puré acompañado de bistecs crudos, o lomitos monumentales rebosantes de mayonesa vitrificada. No hay que olvidar tampoco un punto clave: el puestecito de las entrañables calugas Las Escocesas. Del tiempo antiguo quedan también el Ravera, la primera pizzería de Santiago, y el imperturbable Chez Henry, fundado en 1926 por Henry Boutegourd, un chef francés que había llegado a Chile años ha a hacerse cargo de la cocina del Palacio Cousiño.

PLAZA YUNGAY

EL CONFÍN DEL ROTO PARISINO

Enclavada en medio del barrio poniente de Santiago —cuya hermosa arquitectura cede por inercia a la impostura del condominio—, sobrevive esta mítica plaza consagrada nadie sabe por qué al roto, el aporreado personaje-símbolo de la chilenidad. Con su proscenio y sus postes numerados, el lugar es provincianamente capitalino.

Sólo a minutos del reconcentrado centro, la Plaza Yungay (más conocida como Plaza del Roto Chileno) ejerce un decisivo cambio de ritmo sobre el ánimo del visitante. No bien uno se baja de la El Golf-Matucana a la altura de Sotomayor, y viene como un aire de provincia que arrebatata. Sentarse en un banquito a hacer estrictamente nada se vuelve por tanto obligatorio. Los árboles son altos y capotudos, el sol amabilísimo y las tardes acompasadas y eternas.

Con abominables ladridos, unos quiltros que pululan junto a la botillería La Paz impiden que el sueño se consume. Practican ese incomprensible deporte perruno de perseguir a los automóviles en marcha mordisqueándoles los neumáticos. Y hay que decir que la población canina de la plaza es numerosa. Hay para todos los gustos y disgustos: un mestizo de doberman, un pequinés con chaleco, un negro chico de cola cortada y un percherón que mira de reojo mientras comparte un empolvado con unas liceanas. En el muro de la Iglesia de San Saturnino, junto a una imagen del Cristo de la Buena Esperanza con ranura para las erogaciones, un papel de cuaderno pegado con scotch publicita ciertas empanadas fritas a 200 pesos.

El barrio circundante fue fundado por 1839 (tras el triunfo de las tropas chilenas en la batalla de Yungay), en la heredad llamada Llano de Portales, que perteneció a los padres del malhadado ministro. En las inmediaciones de la plaza vivieron Domingo Faustino Sarmiento (que se refería al sector como "un pueblo cercano a Santiago") y el sabio polaco Ignacio Domeyko, cuya her-

mosa casona se ha librado de la picota insensible y aún sigue en pie en la calle Cueto.

Desafiante, con un brazo en jarra y el otro sosteniendo un fusil, se alza sobre una especie de gruta la figura de El Roto Chileno, como ha sido llamada la estatua que preside la plaza desde 1888. Nadie sabe por qué ni en qué momento se le adjudicó la identidad colectiva del roto a esta escultura de Virginio Arias fraguada en París, cuyo nombre de origen fue simplemente *Le Défenseur de la Patrie*. Sea como fuere, desde hace mucho tiempo las autoridades han tenido a bien homenajear al fachoso roto cada 20 de enero, con actos cívicos, palabreo y otras bullangas.

Joaquín Edwards Bello —también vecino ilustre— se preocupó muchas veces del asunto. Asegura que una vez escuchó cómo una dama ofendida le gritaba “¡no sea roto!” a un acosador, a escasos metros del monumento. En una de sus crónicas hace hablar al escultórico personaje: “Para empezar: la admiración por el roto y el cariño al roto es mentira (...). Soy un mito, una ficción, una incoherencia social, un pretexto para fingir patriotismo y amor a la plebe. Soy un mito usado y sacrificado en los momentos patéticos, despreciado y alejado en los momentos de paz social. No quieren contactos con nosotros, los rotos (...) ¿Hay alguno de ustedes que crea todavía en el patriotismo de los representantes del roto en el Parlamento? ¿Hay alguno capaz de creer en la sinceridad de los parlamentarios después de conocer el aumento que han decretado en su dieta?”.

Mención aparte merece Falabella, vagabundo afincado en la plaza y sus cercanías, que de tanto fumar marihuana en tiempos del hippismo simplemente “se quedó pegado”. Hay quienes piensan que es pariente de los dueños de la famosa tienda, porque “de vez en cuando aparecen unos señores en auto y lo dejan bien cacharpeado”. Más allá de las versiones, por ahí está casi siempre Falabella, con sus patillas y su bigote, haciendo unas enmarañadas anotaciones en una libreta o metiendo íntegros los pies en una fogata. En éstas y en otras ocasiones da unos gritos desconsoladores. Los que lo conocen advierten que no hay que preocuparse: dicen que brama de felicidad.

LA LIBRERIA DE CALZADA DE SAN JUAN DE LOS RIOS



...de la vida... en la biblioteca del...

...la punta había un enorme ombú muy celebrado. Todo el mundo pensaba que el árbol tenía cientos de años, pero el poeta lo había plantado por su propia mano. Cuando descubren que

CALLE MAPOCHO

LA RIBERA SECA

Esta larguísima calle se inicia insospechadamente en un costado de la Norte-Sur y se interna del mismo modo por Quinta Normal y por arrabales viejos y nuevos. El poeta Pedro Prado fue mapochino de nacimiento y animó con curiosas zalagardas, años ha, la vida semirrural de la avenida.

Raro destino es el de la calle Mapocho: muy poca gente sabe dónde queda. Suele confundírsele con Balmaceda u otras vías genuinamente ribereñas. Pero hay que tener en cuenta una cosa: en épocas pasadas, lo que ahora es la calle Mapocho correspondió al margen izquierdo del río homónimo, hoy retirado varias cuadras hacia el norte. De entonces le viene el nombre.

Mapocho es una avenida en extremo larga. Se interna infatigablemente Quinta Normal adentro, desemboca en una ladera del mismísimo Cerro Navia, y continúa flanqueando, por lado y lado, pobladas inimaginables. A principios de este siglo sólo llegaba hasta el 3.700: más allá estaban las chacras suburbanas y una cierta población Lo Miranda, de la que nadie se acuerda.

Pedro Prado, el poeta de *Alsino*, nació y vivió en esos extramuros, en un caserón veterano rodeado de una quinta campestre, hartamente aislado, por cierto, del epicentro social del momento. Aun así, su atavío, más que el de un huaso o el de un poeta de figurín —con capa y chambergo—, era el de un pulcro hombre de negocios. Gabriela Mistral resaltó en este sentido “su repugnancia de bohemias pestíferas y ociosas”. Los que lo visitaban en Mapocho recuerdan más que nada el silencio de su casa: en los salones enormes, en las escaleras oscuras y en la biblioteca del segundo piso, el minarete del melancólico Prado.

En la quinta había un enorme ombú, muy celebrado. Todo el mundo pensaba que el árbol tenía cientos de años, pero el poeta lo había plantado por su propia mano: “Cuando descubren que

fui yo", decía, "me creen más viejo de lo que soy". Hoy día, donde estuvo la casa hay una escuela pública, pero el ombú subsiste y es visible desde la calle.

Quizá cuánto ha cambiado Mapocho desde entonces. Puede que poco, porque la calle actual tiene un abismante aire de tiempos idos, con sus casas pareadas, sus viejas sentadas en los umbrales y sus faroles agónicos. Mucho más no pasa: las rejas en las botillerías y los graffiti sin gracia de las paredes dejan adivinar que por ahí se desplazan mandrines y bullangueras hordas juveniles.

Pero no todo fue silencio en la casa de Prado. Sus amigos de la Hermandad de los Diez eran —hay que decirlo— bastante chacoteros. Se reunían en las bodegas de la quinta para hacer circo imaginarios, ceremonias en chunga y otros alborotos (cuando el músico Acario Cotapos sacaba a pasear a sus perros invisibles, se dice que los quiltros de la vecindad se largaban a ladrar).

El gringo Spikin Howard cuenta que en una de esas ocasiones la Hermandad estaba en plena ceremonia de aceptación de un nuevo miembro, un conocido médico. Lo tenían amarrado a un sillón y lo torturaban con ruidos horripilantes, mientras los cofrades disfrazados caminaban en círculos a su alrededor. En eso apareció la empleada gritando que había un ladrón en la casa. De inmediato la acción se trasladó de lugar. El ladrón fue apresado y conducido a la fuente del jardín, donde fue a su vez obligatoriamente iniciado mediante zambullidas. Cuando apareció el paco de la esquina, le preguntó si él era el ladrón. "Sí, mi sargento", respondió el hombre, "pero tengo que decirle una cuestión: esta casa no es na seria".

CALLE MATUCANA

LA FRONTERA DE LOS BRAVOS

Límite poniente de la comuna de Santiago, esta larga calle recibe día a día el trajín de la Estación Central, de la Quinta Normal y de un enorme hospital y sus consecuentes pompas fúnebres. En los recuerdos más frescos del lugar está el famoso Garage Internacional, de tragicómico anecdotario.

Matucana es una avenida de viejo estilo, populachera y ferroviaria. Tienes zonas de intenso y humano ajeteo, con baratijas en las veredas y aires embalsamados de fritanga; en otros tramos reinan la desolación absoluta, los hangares destartalados, los paredones suburbanos y los pesados tendidos eléctricos. Hay también conventillos dickensianos, barracas de fierro, baños turcos y —en las inmediaciones del Hospital San Juan de Dios— funerarias con ataúdes en la trastienda y nombres sobrecogedores como El Universo o El Lugar de Dios.

Muy tarareables son esos versos de pata en quinchita que inmortalizan una de las esquinas de la calle: "Me gustan los barrios bravos/ me gusta San Pablo con Matucana". No diremos —para no propiciar las refutaciones de los eruditos del folklore— que fueron Los Perlas los dueños de la cueca, pero es casi seguro. Sea como fuere, la descomunal panadería San Camilo preside la esquina en cuestión. Más allá, hacia Mapocho, se suceden los restaurantes de viandas módicas, con sus imperturbables letreros de "llegó pipeño" sacados a la calle todos los días del año. Hay uno que se llama El Placer y exhibe una copa de desvaído champagne pintada en el frontis. En la puerta ocurre una escena interesante: una moza se sienta en las rodillas de un mozo y hace ademán de sacarle una basura del ojo.

Alejandro Jodorowsky es al parecer el único hijo ilustre de Matucana. En una casa de altos vivió con su familia rusa hasta que a los 23 años hizo su viaje iniciático fuera de Chile. Simbólicamente, la casa se había incendiado por esos días. Un programa de televisión llevó hace poco al escritor tarotista a reconocer el lugar, aprovechando uno de sus breves regresos. Ante una cámara titubeante, Jodorowsky vivió la ritual emoción de reingresar a los recovecos de su “casa-fantasma”.

Empleadas y panaderos mapuches se citan desde tiempos remotos en las fuentes de soda matucanienses, y hacia finales de los años 80 debieron convivir con la estrambótica fauna que circundaba por las noches el Garage Internacional de Matucana 19. Este galpón de mareadora memoria, hoy convertido en La Casa del Arranque (motores de partida, bujías, accesorios), congregó cada fin de semana a los agonistas del underground santiaguino, decididos a liberar como fuera sus cuestionadas expresividades: desde el circunspecto new wave vestido en Flamante hasta el joven optimista de ideas libertarias; desde el punk de gesto impaciente y cresta a lo mohicano hasta la *femme fatale* alternativa.

Hubo allí —sin duda— episodios felices y otros extrañamente bochornosos. Como una cierta *Noche de Bela Lugosi* organizada por el coreógrafo Vicente Ruiz con la promesa de someter al público a la experiencia del terror. La cosa empezó tarde y terminó mal, y un indignado asistente describió el espectáculo como una “desarticulación escénica y conceptual”.

Los testigos señalan que en un momento —a la voz de “la fiesta la hacen ustedes”— Ruiz o sus adláteres lanzaron sobre los espectadores unas ruedas ardientes, y que en las puertas del Garage Internacional se habían apostado unos cancerberos para que nadie fuera a irse. Otros se acuerdan de que había unos trapecios suspendidos en las alturas, donde oscilaba el artista Rayo Terrición. Hasta ellos llegó —aleonado por el alcohol— un ciudadano francés a quien nadie conocía. Hizo un par de cabriolas en el aire y se mandó guarda abajo. Se fracturó la clavícula.

PLAZA ALMAGRO

JARDINES DE ARRABAL

Próximamente, una universidad privada y un gigantesco conjunto habitacional agitarán el lento día a día de esta plaza de historia arrabalera. Una cuota de vida real le devolverá el espíritu a una zona por años rezagada, quedando de manifiesto, de paso, que ninguna decadencia es eterna.

Fue Benjamín Vicuña Mackenna quien a fines del siglo pasado mandó a construir la Plaza Almagro, en un peladero amurallado donde se aglomeraban en ruidosa anarquía los puestos del Mercado de San Diego. Durante gran parte de la Colonia el lugar había sido la primera parada para los viajeros que enfilaban por el camino del sur, así es que por entonces el socavón llevaba ya mucho tiempo de vida propia.

En las calles alledañas de la Plaza Almagro se ha visto por décadas evolucionar la miseria en todas las formas posibles. Hasta hace no mucho tiempo aún quedaba algo de los mitológicos conventillos de Gálvez, una retahíla de viejas viviendas de adobe, chatas y amarillentas, con interiores oscuros, tiznados por las cocinillas a parafina. Luego las demoliciones impusieron ahí y en los alrededores paisajes no menos extraordinarios: edificios de cuatro pisos que durante años sólo tuvieron en pie sus fachadas, y eriales extensísimos donde crecían zapallos silvestres y donde establecieron sus rancherías los cartoneros, epígonos de la economía de mercado. A pocos metros, dos veces al año, se instalaban circos pobres con sus camarines sobre ruedas y sus leones de cola pelada.

Los eriazos eternos y las librerías de viejo pasan hoy día a ritmo lento, al compás de la rueda de Chicago de los juegos Diana y de las campanadas que bajan de la cercana basílica de los Sacramentinos. La plaza sigue siendo popular a la antigua usanza chilena, con indesmentible influencia tanguera. En ninguna otra parte se ve con tanta asiduidad a ese santiaguino en extin-

ción: el hombre de paletó a rayas, bigote finísimo y zapatos de La Chispa, cliente habitual de los locales de chicha y chancho de la vecindad.

Oreste Plath contaba una vez cómo sus trasnoches juveniles lo llevaron una madrugada hasta la Plaza Almagro. Exhausto se sentó en un banco y por acomodarse estiró confianzudamente el brazo. Su mano palpó entonces un objeto metálico: era un revolver, abandonado ahí por alguien en quién sabe qué humpenescas urgencias.

En la caleidoscópica memoria del lugar refulgen sordas historias de proxenetas, queridas y cuchillazos. El novelista Alberto Romero le encontraba una "intimidación burdelera" a la zona. "Las hembritas repintadas del amor callejero", escribió, "revoloteaban alrededor de las filarmónicas, entre los hoteluchos aviesos".

El topless Unicornio, en la calle Mensía de los Nidos, aporta a esta nota un episodio siniestro. Un taxista con anteojos levantó una noche —hace un par de años— a la bailarina más exitosa del local, madre de un niño. Más tarde la encontraron degollada en una acequia. El asesino torturó a la mujer durante horas —incluso le cortó los dedos con una tijera— y después la tiró al agua aún con vida.

En la Plaza Almagro también tenía sus canchas El Criollito, un pelandrún tangómano que usó indistintamente los nombres de Oscar Malerba Palacios y Alfredo Cabrera Núñez. Una tarde de enero de 1953 tomó en la calle Inés de Aguilera un taxi ¡a Cartagena! Acababa de asesinar fríamente a un sastre polaco, San Diego adentro, y pretendía gastar los billetes criminales junto al océano. Lo pillaron —por cierto— rápido, y cuando tuvo que reconstituir la escena ante dos mil personas que pedían su cabeza, dijo a voz en cuello y con tono cínico: "Ahora empieza la fiesta". A la gente hubo que sujetarla con carabineros para que no lo lincharan y a El Criollito lo sentenciaron con la pena de muerte. Alcanzó a escribirle una carta a Gabriela Mistral para que intercediera ante el Presidente Ibáñez. Pero fue inútil: El Criollito terminó sus andanzas ante el pelotón de fusilamiento, en el patio Siberia de la Penitenciaría.

CONVENTILLOS

EMPACADOS EN EL TIEMPO

En muchos barrios santiaguinos subsisten todavía los viejos conventillos, teatro diario de la pobreza de todos los tiempos. Algunos están prácticamente insalubres, otros tiran para cités tratando de mantener una decencia mínima. El tiempo pasa, Santiago cambia, y los conventillos quedan.

En cien años, el rostro irregular de Santiago ha cambiado mil veces: las empresas de demoliciones y excavaciones han dado cuenta de casas solariegas y de palacetes. Los demoledores buscan el pino oregón y los especuladores inmobiliarios el rédito que los sitios eriazos acumulan en el tiempo. Sin embargo, los conventillos muestran una resistencia ejemplar a la picota. Persisten en todos los barrios viejos de la ciudad, o "casco antiguo". Los hay en Matucana, en Vivaceta, en San Francisco adentro, en la plomiza calle Eyzaguirre y en Quinta Normal. A veces queda alguno rezagado en Providencia o Ñuñoa.

Gonzalo Vial señala que en un principio estas deficitarias viviendas colectivas se instalaron en las casas coloniales de tres patios, subdivididas y empobrecidas hasta lo imposible. Dos ordenanzas municipales favorecieron después la construcción de conventillos. Se buscaba con ellas poner fin a los seculares rancheríos en que se hacinaba el pobrerío, "verdaderos socos africanos", según un cronista. En 1909 había en Santiago 1.251 conventillos empadronados.

No se trata, en todo caso, de una realidad únicamente chilena. Así lo prueba un tango —*Margarita*— en que el cantor despechado fustiga la memoria de una belleza de arrabal, ascendida por medio de sus encantos a las burbujeantes esferas del gran mundo bonaerense: "Siempre vas con los otarios a tirarte de bacana/a lujosos reservados del Petit o del Julié./Y tu vieja —¡pobre vieja!— lava toda la semana/pa' poder parar la

olla con pobreza franciscana/en el triste conventillo alumbrado a kerosén”.

No pocos escritores nacionales han estrujado las “posibilidades literarias” del conventillo. Edwards Bello localizó en un socavón de esta índole el escenario de su novela *El roto*: anexo al prostíbulo La Gloria, calle Borja, en los tiznados laberintos de Chuchunco. González Vera hizo otro tanto con su hermoso libro *Vidas mínimas*. En su caso —según Alone— el conventillo es mostrado con la serena impassibilidad que los cortesanos del siglo XVII usaban para describir Versalles. Manuel Rojas también escribió de conventillos —con conocimiento de causa— y Alberto Romero dejó el retrato imborrable de su famosa viuda.

Otro conventillo perdurable es el de *Palomita blanca*. Para compenetrarse con él, Enrique Lafourcade merodeó en más de una ocasión por los perdidos interiores del sector Recoleta. Raúl Ruiz, al hacer la versión fílmica de la novela, simplemente se cambió de conventillo. El que aparece en su película está en la calle Chiloé, cerca de Santiaguillo, y no se ha modificado en nada desde entonces. Los enormes conventillos de Gálvez, en cambio, cercanos a La Moneda, fueron arrasados hace no mucho tiempo. Un registro de estas decaídas casonas, hinchadas bajo el peso de las techumbres, queda en la película *Largo viaje*, que Patricio Kaulen realizó en 1966. Es ahí donde se verifica un episodio central de esa obra: el lúgubre velorio del angelito, cuando un grupo de cantoras destempladas entona: “Pobrecita la guagüita que del catre se cayó”.

Elemento fundamental de todo conventillo es el desordenado abigarramiento: de viejas, de teteras, de ropa colgada, de pizarreños, de gallinas, de pelusones amontonados en choclón. Pero el sello indeleble es el olor, concentrado esencial de la pobreza: mezcla de adobes húmedos, de cocinillas a parafina, de encierro y de aguas estancadas. *Conventillera*, por último, es una persona adicta al cahuín, al enredo y al alegato fácil y altisonante.

POR LA RAZÓN O LA FUERZA

Si bien en el escudo de armas de la República conviven estrechamente, alzados y gallardos, en la dura realidad la cosa es diferente para el carroñero cóndor y para el indefenso huemul. Dos sitios casi perdidos en el plano de Santiago rememoran ante la indiferencia del público a estos animales patrióticos. El huemul, por de pronto, está al menos dignamente representado.

Contra lo que pudiera suponerse, el escudo patrio no deja indiferente a la así llamada opinión pública. No es raro encontrar, en la sección de cartas al director de los diarios, a ciudadanos trenzados en polémicas sobre el uso y abuso del símbolo. El famoso lema ("por la razón o la fuerza") está permanentemente en la retina de opinólogos susceptibles. En tiempos de Pinochet, de por ahí surgió la idea —al final abortada— de cambiar el enunciado por uno menos dubitativo: "Por la razón y la fuerza". Joaquín Edwards Bello habla de un personaje del París de comienzos de siglo —al parecer colombiano— que aproximaba un peso chileno hasta sus ojos y exclamaba: "¡Lo peor es que no tienen razón ni tienen fuerza!".

Habitantes a perpetuidad del escudo, en la estricta realidad el cóndor y el huemul han sufrido un tratamiento bastante indigno de su heráldica condición. Baste el caso del cóndor del zoológico, deprimido en su infeliz cautiverio hasta decir basta, alimentándose de raciones de carne molida del tipo "corriente". El recordado arquero Cóndor Rojas fue por un tiempo lustroso espejo de las cualidades del ave: altura de miras, vuelos majestuosos, garras férreas y ningún miramiento con la presa (la pelota). Ya sabemos cómo acabó esa historia: con un porrazo innombrable en tierras extranjeras. El mismo Condorito ha cambiado de pelo y hoy —dicen— usa en sus chistes la jerga de los latinos de Miami.

Dos hitos santiaguinos recuerdan de la mejor manera posible a los vapuleados animales patrióticos. Quizás porque el pequeño cuadrúpedo está en extinción, a la vieja calle Huemul le cambiaron el nombre por el menos significativo de Roberto Espinoza. En el extremo sur de la calle —en las metafísicas inmediaciones de Franklin— la Plaza Huemul es el único vestigio del antiguo bautismo. Se puede afirmar que es la plaza más hermosa de Santiago, a trasmano y difícil de encontrar, como mucho de lo bueno en esta ciudad. Intima, simétrica y cubierta de favorables acacios, fue diseñada por el arquitecto Ricardo Larraín Bravo en la década del veinte y formó parte de una utopía de vivienda social, un pequeño barrio con dispensario, biblioteca, escuela pública y otros servicios.

La calle Cóndor es muy antigua y está a pocas cuadras de la Alameda. Alguna vez albergó a una comisaría famosa —la Sexta— donde iban a dar los autos chocados de la zona céntrica. En general, la calle está compuesta de edificaciones chatas, caserones muy venidos a menos y larguísimos conventillos. En las inmediaciones de San Diego —“alborotadora y populachera”— sobreviven Los Braseros de Lucifer, mueblerías, hoteluchos insomnes y casas de masajes frecuentemente clausuradas.

En uno de estos conventillos de Cóndor —un patio cuadrado con llave de agua en el medio— se vivió una de las historias santiaguinas más tristes de que se tenga memoria. Daniel de la Vega la cuenta en una crónica titulada “Vecindario”. Se trata de un episodio de la vida de Rosalía Chavez, corista de una compañía de revistas frívolas. Ayudó cuanto pudo a un fotógrafo de cajón, vecino suyo, arruinado por la tuberculosis. Le compraba alimentos y le daba palabras de aliento. Finalmente le consiguió el dinero para que regresara con su familia al campo. El sujeto, que no tenía fuerza para caminar una cuadra, sí la tuvo para descerrajar la puerta de Rosalía antes de que se fuera el tren y desvalijarla de sus escasos ahorros.

AVENIDA MATTA

EL CASO DE LOS 50 CHANCHOS

Dicen que la Avenida Matta —conocida antiguamente como Camino de Cintura— es peligrosa de noche, porque abundan los bares del tipo “donde mueren los valientes”. En la historia de la famosa calle se alternan los balazos con la más trasnochada bohemia literaria y algunos episodios estrambóticos de cuño político.

Ninguna calle de Santiago tiene tal flujo de ciclistas como la Avenida Matta. No se trata de cultores del pedaleo deportivo, sino de gente que usa ese inestable vehículo para desplazarse hacia sus lugares de trabajo. Se los ve todo el día. Es cosa de pararse cinco minutos en cualquier esquina para comprobarlo: en ridículas minis o en viejas Legnano de varillas lustrosas, ahí van, generalmente con un bolso de gimnasia al hombro y con el chiflido listo para anunciar su presencia a los peatones. Algunos, por más señas, llevan radios unidas con elástico al fierro tubular de sus bicicletas.

Cuentan que Carlos Canut de Bon y otros entusiastas solían trasnochar asiduamente en un boliche sin nombre, Matta abajo. La dueña, decidida a bautizar su local, consultó a los artistas. “No crea”, le contestaron, “que porque nuestros zapatos están rotos y raídos nuestros gabanes la posteridad va a ignorarnos. Nosotros, señora, somos inmortales, y este lugar de comunión debe llamarse así: Los Inmortales”. Así fue: la veterana hizo caso a la sugerencia y el Café Los Inmortales sobrevivió algunos años a sus inspiradores. Es muy sabido también que al lado, afuera de otro café, el Volga —cerca de San Diego—, los nazis chilenos de los años 30 mataron al poeta Héctor Barreto. Junto a Barreto, Julio Molina Muller y Miguel Serrano eran habitúes del lugar y celebraban ahí no se sabe qué ceremonias hiperbóreas con los brazos tendidos al norte.

Vecino ilustre de la avenida fue Isidoro Errázuriz, diarista,

orador, sibarita y tribuno apodado Condorito, liberal y romántico a ultranza. Expulsado del Instituto Nacional por indisciplina, su abuelo lo embarcó a educarse afuera. En Göttingen, donde se doctoró en derecho, se enamoró de Virginia Hollmann, hija de ricos comerciantes. Por la oposición de las familias a la boda, la historia adquirió tintes operáticos. La perseverancia de Isidoro fructificó y la alemana se instaló en Santiago. Fue un desastre. Mientras Isidoro saciaba fuera de la casa su sed de aventuras eróticas, Virginia se consumía de celos puertas adentro.

El gringo Peers Jones recuerda que para apoyar la ley de registro civil, Condorito le encargó organizar una manifestación frente al Congreso. Portaestandartes a caballo y 10 huasos tocando clarines presidían el desfile. Más atrás, mil jinetes. Rodearon el Congreso e hicieron un alto con chicha y empanadas. Antes corrieron la voz de que el diputado que votara en contra de la ley sería degollado a la salida. Entre vivas y muertas, los manifestantes escoltaron a José Manuel Balmaceda —entonces ministro— hasta su casa. De ahí se fueron al Matadero, a reponer fuerzas con un banquete. Todo estuvo en orden hasta llegar a la Avenida Matta, donde se encontraron con un arriero y sus 50 chanchos. Entre caballares y porcinos se produjo la desbandada y todo terminó en una carrera hasta el Matadero. En medio del regado banquete, Peers Jones tomó la precaución de esconder los caballos de los festejantes. Cuando los más exaltados quisieron volver a la ciudad para efectuar algunos saqueos, se encontraron sin cabalgaduras.

En sus últimos años, Errázuriz, decepcionado del mundo, se retiró a la Araucanía. Lo hizo, según un biógrafo, “en muy buena compañía”. Lo acompañaban, además, los numerosos animales exóticos de su colección particular. Murió tiempo después, en Río de Janeiro, de fiebre amarilla.



PARQUE O'HIGGINS

COUSIÑO EN LA MEMORIA

Convertido hoy en paseo popular, con "pueblito", museo del insecto y feria de juegos mecanizados, el Parque O'Higgins fue en su origen uno de los sueños urbanos decimonónicos santiaguinos y el epicentro de la vida elegante. En recuerdo de quien tuvo la iniciativa de crearlo y la plata para financiarlo, se llamó Parque Cousiño durante un siglo. Ya no.

Como el Cerro Santa Lucía, el Parque Cousiño fue uno de los grandes esfuerzos modernizadores de Santiago en la segunda mitad del siglo pasado. Su ideólogo y mentor fue el magnate y hombre de mundo Luis Cousiño Squella, muerto por la tuberculosis antes de cumplir cuarenta años. Hasta entonces el lugar era un peladero rodeado de zanjas y zarzamoras, denominado Campo de Marte, donde hacían sus ejercicios las tropas del ejército y los batallones civiles. Antes que eso se llamó Pampilla.

Según Gonzalo Vial, Cousiño —que había heredado el capital de su padre, Matías— competía con Vicuña Mackenna en planes radicales para sacudir a la ciudad de "la siesta colonial". Vicuña se concentró en su cerro y Cousiño en su paseo público. Cuando este último murió, su amigo intendente hizo poner vía férrea hasta las puertas del templo de Santo Domingo, para recibir el féretro. Sus principales negocios —el carbón de Lota y la viña— quedaron al manejo de su viuda, Isidora Goyenechea.

Los cambios de nombre comportan muchas veces pequeñas injusticias inútiles. No hay motivo para llamar O'Higgins hoy un parque al que todo el mundo conoció por más de cien años como Cousiño. Pero así trabaja el olvido. Luis Cousiño tomó el baldío Campo de Marte en 1869 y lo transformó en una especie de Arcadia. Para ello trajo al paisajista europeo Manuel de Arana, y puso una laguna artificial con dos islas, kioscos, restaurant, casas para administradores y guardabosques. Los árboles

y el enrejado del paseo corrieron por cuenta de la municipalidad.

Contratista de estos trabajos fue Warthon Peers Jones, "el súbdito más simpático de su majestad británica", un caso peculiar del inglés errante que se involucra en los ajetreos políticos de países remotos, de los que se vuelve patriota incondicional. Antes de venir a Chile, había pasado por Panamá y por Perú. También estuvo en la India y publicó un diario de viaje en el que se lee: "A mi modo de ver, el Taj Mahal no vale ni un centésimo de lo que se pregona". Acá fue amigo estrechísimo y vocero de Isidoro Errázuriz. La revolución del 91 lo pilló en Londres. Fue comisionado para viajar a París e impedir que el gobierno francés reconociera a un enviado del régimen depuesto.

En la isla larga del parque, Peers Jones solía conversar con el Presidente Aníbal Pinto sobre la guerra con Perú. En esos días debió enviar al frente a los ochenta trabajadores que construían el parque y reemplazarlos por 150 prisioneros peruanos. De noche los llevaba a dormir a la vecina Penitenciaría.

El esplendor del Parque Cousiño se dio en los años del centenario. Los olmos, acacios y fresnos habían crecido lo suficiente para dar un entorno vaporoso a los sueños de la *belle époque* santiaguina. Los carruajes hacían la ronda dos veces al día. Para entrar al recinto, en 1900 debían pagar cuarenta centavos. Los jinetes pagaban veinte y los peatones entraban gratis. El poeta Pezoa Véliz fue de estos últimos. Alguna vez se lo vio oteando a alguna belleza inalcanzable, que se alejaba en su coupé dejándolo envuelto en una nube de polvo. En 1906, *Zig-Zag* proponía al Parque Cousiño como una excelente alternativa de veraneo. Todos los santiaguinos rezagados, según la revista, acogían con entusiasmo la idea de pasar las noches "en las playas tranquilas de la laguna del parque, bajo la iluminación de medio centenar de grandes lunas eléctricas. Después, un instante al restaurant en busca del trago de champagne, del cocktail o del sandwich, servidos por la *madama*, que anima a los parroquianos con su charla picante de parisién y con su risa franca y contagiosa".

FIESTAS DEL DIECIOCHO

DE AQUÍ NO SE LIBRA NADIE

El estribillo de unos malos versos consagrados a la cueca repiten esta frase: de aquí no se libra nadie. Quiere decir que el que no quiere bailar, bailará necesariamente, que el no quiere participar, participará. Algo de esto tiene el sempiterno dieciocho de septiembre: es una invitación cordialmente obligatoria. Así ha sido siempre.

Alguien debería hacer una historia del dieciocho de septiembre a través de la crónica roja de los diarios. Material encontrará de sobra. En septiembre del 53 la gente tuvo que ir a hacer cola frente a la Morgue, a reconocer cadáveres. La fiesta nacional y republicana tomó entonces —como tantas veces— una cara macabra. Los olores excesivos que se trenzan en el aire setembrino —de aromos en flor, de borraja, de empanadas de horno— y la ingesta alcohólica de los celebrantes despiertan el deseo fatídico de la danza. Y ahí salta: la cueca, vapuleada, certificada por pequeños burócratas del folklore, reinterpretada hasta el hartazgo a través de los años, pero viva.

Piénsese en el gesto entre bobo y diabólico del roto que la baila, en la china y sus escobillados artísticamente esquivos, en la imposibilidad de ese cortejo dionisiaco, y se percibirá la hiel de la ansiedad impregnando la atmósfera. Ruidos guturales —de dolor animal— surgen de entre la masa sombría y cálida de los *avivadores*, y el tiquitiquití se proclama con ferocidad. Venga otra ronda de chicha de Curacaví —que harto apura los pasos— y nadie después se asombre si hay riñas o pendencies.

Una vieja canción de Los Moros (solista: Jorge Yáñez) grafica bien este cuadro fatal: en medio de una tomatera rabelesiana, alguien propuso salir un rato al pueblo, a revolverla. Bueno ya, dijeron todos, a condición de que se bailara antes la última cueca. La dueña de casa saltó al ruedo, seguida del intérprete. Entre aro y aro, la cosa se fue poniendo peluda, afrodisiaca. Así es que el

firmeza de la señora también se presentó a la pista de baile, a exigir sus derechos, extrayendo de entre sus ropas un arma cortopunzante. Yáñez prosigue: "Saqué también mi herramienta y ¡yaaahhh!: una manta de niebla me tupió al rojo los ojos, la memoria y la conciencia". Fatalidad. Crimen. Presidio.

De más está decir que la muerte dieciochesca se presenta también en formas más prosaicas, la mayor parte de ellas mediante numerosos accidentes de tránsito. 1976 fue en este sentido un año negro para la remolienda chilena. En las fondas de Tomás Moro se había estado juntando público desde temprano y la alegría era —por decir lo menos— general. Muchos bailaban ritmos foráneos en las pistas de aserrín, otros *consumían* en las endebles pero simpáticas mesitas y la fiesta adquiría casi un carácter íntimo, en familia. En eso se escuchó un estruendo inclasificable, unos gritos femeninos y el espanto retorció el gesto de todos: un enorme camión celeste, incontrolado, apareció por entre las ramadas dando tumbos de ebrio formidable, y dejando a su paso un reguero de muertos, mutilados y destrucción.

Los tripulantes estaban igualmente horrorizados: se trataba de un transportista —que alegaba no conducir en estado de intemperancia—, su suegra, su esposa y los niños. Habían salido a divertirse y ahora eran responsables de una masacre. La gente cruel —que la hay— tejió por esos días un chiste sobre el pobre chofer. Decían que se había comprado una camioneta. ¿Para qué? ¡Para celebrar el dieciocho chico!

Volviendo a la cueca. Joaquín Díaz Garcés la anduvo buscando a principios de siglo por las ramadas del Parque Cousiño —que los malagradecidos transformaron después en O'Higgins— sin poder encontrarla. Le habían dicho que estaba decaída, que ya no era la hija de Andalucía y de Arabia, que ya no destellaba chispas si no la iluminaban las llamaradas del alcohol. Fue a los costados laterales del parque, esperando hallarla intacta en las chinganas del bajo pueblo. Se llevó una desilusión: "La vimos desgredada, sucia, mal vestida, arrastrando por el suelo la culebra de sus encantos femeninos, el alegre e inimitable laberinto de sus vueltas. ¡No era ella!".

Lo que sí llamó la atención del cronista fue la fonda de la Liga

Antialcohólica, una carpa espaciosa, elegante y por cierto vacía donde campeaba un letrero admonitorio: "El alcohol es veneno". Se ofrecía en su defecto té, café, chocolate, horchata, limonada y "agua cristalina". En eso —cuenta Díaz Garcés— entraron unos rotos intemperantes pretendiendo bailarse un pie de cueca en la inmaculada pista. A gritos, el misionero los expulsó del recinto. Uno de los enfiestados le salió al paso diciendo: "Chih, pero si este ponche lo hacemos con chacolí". No vamos a explicar el chiste, pero en esos tiempos era bastante divertido.

En los tiempos actuales las fondas tiene una apariencia muy distinta, aunque el espíritu de disolución sea el mismo. Cincuenta equipos de sonido —cada uno con su propio ritmo— se aglomeran en una masa acústica digna de jaqueca. Hay fondas "oficiales", otras circenses y algunas pertenecientes a figuras como Pepe Tapia. En el sector de Grecia había una llamada El Huaso que Perdió la Penca, y otra Jane Fonda. La lluvia endémica denominada "matapajaritos" se presenta cada año a arruinarle el negocio a los locatarios, que cada año se quejan a través de los repórteres televisivos. En los barriales chapotean los borrachos como tagua y ahí los inmoviliza un sueño turbio y helado.

Aspecto inevitable de las fiestas dieciocheras es la parada militar. Para muchos resulta soberbia, para otros tantos deprimente. Los diarios del otro día la consideran impecable. Impecable o no, la parada invade con sus ruidos marciales de pitos y tambores nuestro subconsciente a través de la uniformidad de los televisores santiaguinos. A veces el televidente escucha, con cierto desfase, pasar una cuadrilla de aviones por el techo de su casa y luego por la elipse del Parque O'Higgins, donde se ha realizado este espectáculo desde los tiempos en que la explanada se llamaba Campo de Marte. La chicha en cacho, Gil Letelier y sus centauros, las pifias del público a las autoridades de gobierno y las proezas del guaripola son algunos fomes aderezos del evento, acaso demasiado largo para los tiempos que corren. El repertorio musical es amplio, desde el hermoso *Himno de Yungay* has-

ta las *Souza Marches* de la Boston Pop Orchestra, con especial énfasis en nuestra canción nacional. Interpretado por militares —quién sabe por qué— el tema se hace medio temible, sobrecogedor.

Lamentablemente ya no está Ramón Vinay —el chillanejo que regresó a besar la tierra patria— para entonar la canción nacional completa en la mañana dieciochera secundado por Carmen Barros, Marianela. La creación de Lillo y Carnicer es el aditamento central de estos festejos y hay gente a la que se le pone la piel de gallina con sus sonos. Nadie —hasta donde sabemos— la canta en otros idiomas. Habría que ser en extremo pedante o excéntrico. Pero el interesado puede encontrar algunas traducciones a la mano en un increíble estudio del erudito Clemente Canales Toro. Así suena el “puro Chile es tu cielo azulado” en danés, por ejemplo: “Chile med din Himmel dybe blaa,/og de milde blaesende Vinde,/Markernes tusinde Bolmster smaa/et Paradis paa Jord vi fende”. Otras indagaciones del profesor Canales nos permiten saber la frecuencia con que se han usado las 312 palabras de la obra. La palabra *amedrenten* aparece una oportunidad, la palabra *herencia* dos, la palabra *Chile* cinco. Y así.

Pero hay más todavía: el esparcimiento, vale decir, las diversiones colaterales del dieciocho. Oreste Plath —el recientemente desaparecido folklorólogo— hacía una comparación relevante: decía que en Japón los volantines emitían músicas sutiles, por medio de la acción vibrátil, y que los muchachos salían a las colinas a hermanarse en una suerte de sinfonía de las alturas. En Chile es, obviamente, diferente: aquí se trata de derribar en la *competición*, mediante el vulgar hilo curado, al vecino, de apequenarlo o humillarlo públicamente, trámite particularmente celebrado si el victimario es una inmundia ñecla y la víctima un glorioso pavo. A veces el verdugo del hilo curado con vidrio recibe duro castigo cuando su volantín se enreda en los cables de alta tensión poblacionales, con resultados de electrocutamiento.

Y así se pasan los dieciochos, de año en año y de tiempo en

tiempo. ¿Después de cada fin de fiesta, qué queda? Ni siquiera “pugilatos de quiltros y de granujas /y otros divertimientos descabellados”, como tuvo a bien escribir Víctor Domingo Silva. Barro sí que queda, por todas partes, estadísticas de muertos y heridos, hachazos de chichas adulteradas, e indigestiones de ñachi y de empanadas de cabeza de choncho.

ESTACIÓN CENTRAL

UN GALPÓN METAFÍSICO

Hasta donde alcanza la memoria, las inmediaciones de la Estación Central han tenido pésima fama: cogoteos y pendencias se han asociado desde siempre a esta zona popular y populosa. En medio del atollondramiento diario se levanta el edificio de la estación, hermoso vestigio arquitectónico del siglo pasado.

A pesar de la actual convalecencia de Ferrocarriles, la actividad no afloja un segundo en torno a la Estación Central. El sector no muere: renace a cada rato de los escombros de demoliciones e incendios. Es cosa de pararse ahí la tarde de un domingo para constatar el sofocante carnaval. Rostros y fachas innúmeras en procesión permanente, hervidero humano, griterío y música destemplada.

Lo de la música es cuento aparte. Proviene de los kioscos, de las fuentes de soda y de rincones misteriosos. Al unísono, y a todo lo que dé el "equipo", se trenzan en la atmósfera los gimoteos del músico popular, desde Juan Gabriel hasta Vicky Carr y otros productos aun peores. Los canutos no se quedan atrás: han instalado un amplificador en la vereda con sus respectivos parlantes y un charro chileno de bigotes zapatistas entona himnos a Jehová a ritmo de ranchera y a punta de micrófono. A su lado, un mariachi le lleva el amén con aullidos mexicanos y aleluyas. Los bafles retumban, saturados de ruido.

Así ha sido siempre la estación y sus inmediaciones: populosa y grotesca. Una nota periodística de principios de siglo describe la zona de este modo: "Edificios menguados, calles estrechas, sucias y mal cuidadas, cités y conventillos, comercio y bares de cuarto orden, bodegas y barracas". Habla también de "rancheríos inmundos, poblados de burdeles y cafetines".

El espíritu de rancherío es endémico del barrio estación y subsiste hoy no obstante los esfuerzos de "hermoseamiento". Las populares galerías comerciales de ahora son higiénicas, pero igualmente atiborradas y tristes. En sus laberintos se alternan peluquerías, shoperías-completerías, una feria artesanal, una tienda de animales, flippers, taca-tacas, módicos carruseles y un emporio de santería brasileña que ofrece soluciones paganas para los problemas de la existencia bajo el auspicio de un cierto Pai Joaquín y de una tal Tía María.

El hermoso edificio de la Estación Central queda finalmente en segundo plano. El escritor argentino César Aira lo describió como "un galpón metafísico, imaginado por Dalí". Algunos lo atribuyen a Eiffel, otros a un ingeniero Camus. Lo cierto es que fue prefabricado en Francia y que corresponde a la gran innovación arquitectónica francesa del hierro. Walter Benjamin especula sobre este tipo de construcciones en su obra *París, capital del siglo XIX*. Dice que con el hierro apareció por primera vez un material de construcción artificial. Edificios de hierro se levantaron por montones en lugares de tránsito: pasajes, pabellones de exposición y estaciones ferroviarias. El de la Estación Central fue terminado en 1900. La ciudad pudo exhibirlo con orgullo, rubricado por el famoso letrero que Vicuña Mackenna había hecho poner frente al terminal: "La mendicidad está prohibida en el departamento de Santiago".

En 1900 la red ferroviaria ya alcanzaba a puntos remotos del territorio nacional. Es interesante revisar el reglamento de Ferrocarriles del Estado vigente ese año. No se podía, razonablemente, subir a los vagones en estado de ebriedad y se especificaba que "aunque un pasajero tenga boleto, se le puede hacer abandonar el tren si su conducta diese lugar a ello". Transportar cadáveres costaba 62 pesos los primeros ochenta kilómetros, en tren de pasajeros. En tren de carga, el muerto pagaba 0,25 pesos el kilómetro. En todo caso, cualquiera fuera el tipo de tren, el reglamento advertía que "la colocación y extracción del ataúd debe hacerse por el interesado".

CHUCHUNCO

ARRABAL AMARGO

En las cercanías de la Estación Central aún hay noches tenebrosas y murallas hinchadas por la vejez. El barrio conserva su mala fama, aunque la vieja bohemia perdularia de antaño sólo queda en el recuerdo de unos pocos. Si Santiago se moderniza a mil por hora, no se puede decir lo mismo de Chuchunco.

En la jerga chilena actual, la palabra Chuchunco se usa para denominar un lugar perdido, ínfimo y vagamente irrisorio, tal como se habla de Tombuctú o de la Cochinchina. Vivir en Chuchunco es, en este entendido, hacerlo en una zona cuya oscuridad y desprestigio no amerita entrar en mayores explicaciones.

Chuchunco, sin embargo, existió, y en sus dominios campearon los ayes de las cuecas prostibularias y los provenientes de los cuchillazos de riñas y cogoteos nocturnos. En el plano de Santiago se lo ubicaba a principios de siglo hacia el poniente de la Estación Central y una guía de entonces definía el sector como un "caserío o arrabal". Hacia abajo, la Alameda adoptaba el nombre de Camino de Chuchunco y se alejaba internándose en varios fundos.

El diez mil veces citado Joaquín Edwards Bello localizó en una casa de tolerancia de esta zona los agridulces episodios de su novela *El roto*. Ahí, la descripción inicial de la calle San Borja es inolvidable. En la memoria de cualquier lector atento deben ser nítidos aún esos paredones hinchados, a punto de desplomarse bajo el peso de sus techos torcidos, los habitantes torvos y entecos, y un gaterío raquíptico que no alcanzaba a hacer frente a unos guarenes muy emparafinados ("calvos, con los ojos maliciosos, de tinterillos"). Fue tal —se dice— el descontrol que alcanzó la miseria en estos pagos, que las autoridades ordenaron la demolición de ingentes manzanas. Hay que anotar también que por ahí estuvo el Tattersal, la feria ganadera de los Larraín Bulnes donde

tres veces a la semana se transaba el ganado bovino bajo la tutela personal de los propietarios.

El propio Joaquín Edwards vivió en las inmediaciones de Chuchunco —en los altos de un hotelucho del Portal Edwards— cuando hubo de fondearse tras la publicación de su libro *El inútil*, especie de acabóse social o armagedón en 1916. Por esos años, otro perseguido —aunque en un orden muy distinto— había buscado refugio en el mismo lugar: Beckert, el siniestro homicida de la Legación Alemana, quien arrendó una covacha en el viejo edificio para capear los momentos inmediatos al crimen.

Romualdo Ibáñez —poseedor de un alma milagrosa— es acaso el hijo más famoso que haya ofrendado Chuchunco a la ciudad. Aún hoy en día está en pie —en San Borja y la Alameda— el negro y aislado murallón donde se acumulan las velas de los mandantes y las placas de los beneficiados por sus intervenciones en el Purgatorio. Hay también muchas flores de plástico y vírgenes de yeso descabezadas. Como se puede apreciar a simple vista, la pared perteneció a un edificio viejo: ningún contratista ha podido encontrar jamás a obreros que se animen a echar abajo la morada terrestre de Romualdo.

Presumiblemente, Ibáñez fue un contador, hijo único de madre viuda, que una noche de 1903 fue asaltado a la altura de Blanco. En su libro *L'animita*, Oreste Plath revisa varias versiones sobre la identidad de Romualdo Ibáñez. Hay quienes afirman que se trataba de un "tontito" del barrio, al que los vecinos empleaban para los mandados. Otros dicen que Ibáñez era un joven del sur, enfermo del pulmón, y que al momento de morir venía saliendo del hospital, abrigado con un chal. El caso es que, agónico, se arrastró por las calles vacías hasta morir a pasos de la Alameda. Hasta hace muy poco, un hombre que se hacía llamar El Venezolano se había hecho cargo de la mantención del animita. Sin familia, decepcionado del género humano, consideraba a Ibáñez su única compañía en este mundo y su seguro aval para el próximo. Un par de cañas de litreado carburaban todas las noches su vigilia.

Daniel de la Vega tiene recuerdos más luminosos del arrabal

chuchuncano, seguramente a impulsos de adánicas emociones juveniles. Rememora, entre el sonsonete de unos versos de Lugones, un ramillete de copleteras que actuaban, por 1912, bajo el nombre de Las Damas Vienesas. Del lugar donde esto ocurría —un tal Casino Bonzi—, como del vecino Teatro Politeama, ya casi nadie se acuerda.

QUINTA NORMAL

HISTORIAS DE PELAGATOS

Como tantos lugares claves de Santiago, este extenso parque ya no es ni la sombra de lo que quiso ser. Diseñado a fines del siglo pasado con cierta elegancia exclusiva, lleva varias décadas de colorinche remolienda, y hoy día, empobrecido y aún hermoso, es la Meca del esparcimiento popular.

En la tarde de un día de semana, la Quinta Normal llega a adquirir una atmósfera melancólica y hasta versallesca. Uno puede imaginar nítidamente los viejos tiempos, cuando el joven Alone —uno de sus hábitos de principios de siglo— paseaba como una sombra inquieta bajo los olivos de Bohemia con un tomo de Saint-Beuve bajo el brazo, espiando discretamente a alguna belleza local que cruzaba en carruaje fugaz por entre los arboledas vaporosas.

Pero un domingo después de almuerzo no hay ánimo para sutilezas. Chales, mamaderas, envoltorios de plástico y envases tetra-brik desparramados por el pasto conforman el decorado de la chingana veraniega. Los niños chapotean en la pileta de los botes, tragando litros de agua café. Otros pescan sapos con anzuelos y los viviseccionan con las uñas. Los grandes juegan a duras penas inarmónicas pichangas, "para botar la borra". De unos azafates con empanadas, dispuestos sobre carbón, emergen espesos aromas de Dieciocho chico, mientras en las radios portátiles compiten a todo volumen las cumbias con las peroratas evangélicas.

Son habituales en Santiago estos montajes de realidades distantes. Muchas de las cosas que le dieron vida a la Quinta Normal hoy son patrimonio del olvido o del deterioro. El invernadero donde una noche de 1889 floreció —por primera vez en Chile— la famosa *victoria regia*, con hojas de dos metros, ahora se ve desabastecido y en un plácido abandono. El Museo de Historia Natural está polvoriento y lúgubre, y en algún momento le aplicaron una de esas modernizaciones terribles, de rápido envejecimiento.

El terreno donde está la Quinta Normal fue parte de una chacra que desde tiempo de Valdivia conformaba el límite poniente de Santiago. En 1842 pertenecía a los Portales Palazuelos, de quienes el Presidente Prieto adquirió unas cuantas hectáreas para instalar un establecimiento de enseñanza y práctica experimental de la agricultura.

Hacia fines de siglo, la Quinta bullía de vida: había corrales para sementales, una lechería modelo, un aquarium, un observatorio astronómico (con "anteojos ecuatoriales"), un zoológico, edificios para ferias internacionales, un pabellón de botellas y un restaurant.

En 1906 la entrada costaba 20 centavos para peatones, y uno podía dar una vuelta por el Victoria Lawn Tennis Club a ver a las señoritas Browne y Amenábar que descollaban en el manejo del *racket*. Hasta antes de 1900 estuvo aquí el Museo de Bellas Artes. En otoño no era raro ver a Juan Francisco González, correteando a bastonazos a los jardineros que barrían las hojas.

El restaurant es otro cuento. Aparte de sus virtudes culinarias, se lo recuerda por sus reservados, "aptos para reuniones non sanctas". Una noche festejaron en sus salones al escritor Eduardo Zamacois. El discurso estuvo a cargo del poeta Manuel Magallanes Moure, quien tuvo la pésima idea de sugerir que en Chile triunfan los pelagatos. El pintor Benito Rebolledo se sintió íntimamente tocado. Pensó que se refería a él y vio risas en los rostros de Juan Francisco González y Valenzuela Puelma, a quienes llamaba "los melenudos". Hubo que sujetarlo para que no se abalanzara sobre Magallanes y le diera "un chopazo en la jeta".

El incidente tuvo otras escaramuzas. En un momento —ya bajo los árboles de la quinta— Magallanes se acercó al pintor para diluir cabellerosamente la disputa, pero sólo recibió insultos. Entonces advirtió que debía defenderse y se llevó la mano al bolsillo. Fuera de sí, Rebolledo desenfundó un trabuco dispuesto al duelo de honor bajo la luna. Pero todo se desinfló ridículamente cuando Magallanes, con una sonrisa fría, exhibió su arma: un manajo de llaves.

CERRO SAN CRISTÓBAL

CAMINO DE PERFECCIÓN

Más que el rampante león del escudo, el símbolo de Santiago es la Virgen del San Cristóbal. Subir hasta sus pies —preferentemente en funicular, ya que no de rodillas— es una actividad en la que se involucra diariamente un número insospechado de ciudadanos. Ahí, bajo su manto protector, puede uno perder la mirada en lontananza, hasta donde el smog lo permita.

Parece inverosímil, pero un martes de invierno a las once de la mañana ya hay usuarios para el funicular del San Cristóbal. Silenciosos, se apuestan en los carros anaranjados, lo más lejos posible el uno del otro. ¿Quiénes son? Misterio: un hombre con casaca, lentes verdes y cara colorada que lleva un destornillador envuelto en un papel de diario; un escolar con estampa de viejo; una monja civil que sonríe sin motivos visibles. Aparecen también, atacadas de risa, dos cimarreras flagrantes y un trío de excusables turistas.

La cuestión se pone en movimiento. El despegue es pesado y quejumbroso. Un perro café se cuela sin que nadie lo advierta. Por la caja de cemento en la que van empotrados los cables chorea un agua negra, difícil de identificar. La proximidad del zoológico aporta ululares amazónicos y griterío anárquico de cacatúas y de infernales primates. Aquí se baja sólo el perro, que se anuncia en la boletería a ladridos. La ascensión continúa.

Arriba, en uno de los puestos varios de bebidas y confites, a los pies de la Virgen, el tiempo se expande hasta la saciedad. La radio Sintonía embolina la mañana nublada a través de un mal sintonizado aparato a pilas, amarrado con elásticos al perchero junto al refrigerador: "Dicen que los hombres no deben llorar/ por una mujer que ha pagado mal", etcétera. "Es el éxito del momento", enfatiza la niña que atiende el quiosquito, con una seriedad indigna de la patraña musical.

El San Cristóbal es técnicamente una estribación o avanzada de la Cordillera en el plano de la ciudad. El pelón que ostenta al lado sur corresponde a la cantera de donde se obtuvo la mayor parte de la pedrería para los edificios coloniales. Por el lado de Conchalí, bordeando el antiguo camino de cintura, está todavía la casa que fue de Pedro Aguirre Cerda, anexa a su famosa viña. Por el lado de Santos Dumont, el Cristo de Elqui tuvo —mientras pudo— una chacra ínfima, de tipo informal. Por el lado de El Salto, aún sobrevive un barrio peludísimo, conocido como Pelotillehue, dado su innegable semejanza con la ciudad de Condorito.

De noche, los vericuetos del cerro se transforman en codiciado besódromo. No hay ser humano que no se haya aventurado de noche por ahí bajo los auspicios de cupido motorizado. En los miradores, las luces de la ciudad en la distancia y el canto de los grillos en la espesura aportan una circunstancia propicia a las ensoñaciones amorosas, pero la posibilidad de que haya un psicópata emboscado en las tinieblas hacen que el trámite se hagan con cierta premura. Un famoso escritor cuenta que en los años de Pinochet —“en una de esas noches de dientes apretados”— cortejaba favorablemente a una conocida en la cabina de su auto. De un momento a otro fue enceguecido por un foco y lo aturdió una voz de mando: “¡Váyase! ¡Aquí hay un artefacto explosivo!”. “Efectivamente —concluye—, de entre unos arbustos apareció un carabinero corriendo con una bomba en sus manos, buscando desesperadamente agua para sumerjirla. ¡Ja, ja, ja!”.

Ha pasado una hora y de los peregrinos iniciales no queda ni rastro. Ingentes grupos de turistas brasileños ocupan ahora las banquetas para la oración. Sólo el hombre de la casaca y los lentes verdes persiste, y se dispone a tomar el funicular del descenso. Ante el más leve interés de la mirada ajena se aproxima y la suelta: “Usted me ve, señor, y no me creerá, pero yo fui un hombre bueno, de muy buena familia”. La historia que sigue es larga y no cabe en esta página.

ZONA DE LOCOS

La presencia del Hospital Psiquiátrico y la cercanía de la Morgue le proporcionan una atmósfera inquietante a un sector de viejos adobones y decaídos ladrillos. Las tinieblas de la muerte y de la mente son referencia inevitable para quien se interne en este antiguo enclave santiaguino.

Hasta 1852 no hubo manicomio en Santiago. Los locos se mandaban a los hogares de caridad o eran recluidos en las casas, sin otro tratamiento que la paciencia infinita. Desde ese año —por iniciativa del vecino Francisco Angel Ramírez— comenzó a funcionar la Casa de Orates en el barrio Yungay. Muy pronto el recinto no dio abasto y debió trasladarse a su dirección actual, en la calle Olivos, barrio “ultra Mapocho”. La calle Olivos se llama así en atención a los antiguos propietarios de la finca en que fue abierta: la familia Olivos de Aguilar.

En 1900, la Casa de Orates ocupaba ahí un amplio edificio, con nueve patios por sección y un teatro que ostentaba 550 localidades “de luneta”. Había además talleres para que los internos invirtieran su tiempo productivamente: cortaban adobes, fabricaban escobas y por su propia mano degollaban el ganado para el consumo interno. En 1912 hubo una terrible crisis de camas. La población santiaguina de enajenados seguía creciendo y los postulantes debían ser rechazados en las puertas del hospital. Todo esto a pesar de que entre Providencia y Ñuñoa se había levantado un segundo manicomio gigantesco. Se llegaba a él por una calle conocida como Avenida del Manicomio.

Los cuentos de la Casa de Orates —actual Hospital Psiquiátrico— son muchos y en más de algún caso pueden corresponder a la leyenda. Como el de un doctor llamado Arturo Prat, que cierta vez apareció por la biblioteca a solicitar un libro. Cuando pasó la papeleta con su nombre, la bibliotecaria apretó discretamente

un timbre de seguridad y se abalanzaron sobre el médico unos camilleros para ponerle la camisa de fuerza. Le costó probar su identidad.

El sector de Olivos, Doctor Charlín y Avenida La Paz (donde hubo una barraca Ambos Mundos) da la imagen de un Santiago hondo y melancólico. No sólo son fúnebres las marmolerías, sino también las farmacias y hasta los locales de repuestos de bicicletas. La Morgue, el cementerio y el Psiquiátrico son vivas alegorías de trances extremos del derrotero humano y en esta zona entremezclan sus auras.

De noche al paisaje es simplemente sobrecogedor. Quien pase tarde por ahí creará que los aullidos de los perros le hablan de su destino. En su texto *El escupitajo en la escudilla*, Enrique Lihn escribió: "Tendría que gemir, en realidad, en ningún huerto de los olivos, como no fuera en el huerto de la casa de los olivos, los olivos es la calle del manicomio".

La poesía chilena ha ido a dar a la calle Olivos en más de una ocasión. Recuérdese el caso de la señora Virginia Toro Hermann, anciana asilada en el lugar desde los 16 años. Tenía delirio poético y Eduardo Anguita solía visitarla, para conversar con ella. Decía que la había reproducido ahí "por fotografía", hablaba de océanos constituidos de migas de pan y señalaba un extraño punto geográfico que denominaba Coca-Cola.

Una de las páginas tristes de la Casa de Orates la vivió Pedro Antonio González, poeta talquino y modernista. Dueño de una situación económica espantosa, se casó con Ema Contador, una niña de 14 años. Se fue a vivir con ella en una pieza que le cedió el administrador del recinto, en el segundo piso de su casa. La noche de bodas, González se emborrachó con sus amigos y dejó a su púber esposa completamente sola. Volvió al amanecer y la encontró aterrada con los gritos de los locos. El matrimonio duró poco. Ema Contador se escapó finalmente con un circo, donde terminó haciendo de mujer de goma. Pedro Antonio González murió en la sala común de un hospital.

CEMENTERIO GENERAL

EL PATIO DE LOS CALLADOS

Reavivada varias veces al año con romerías y otras bulliciosas justas políticas, la ciudad de los muertos permanece similar a sí misma a través de los años. Los versos inscritos en la bóveda de la Avenida la Paz (“ancha es la puerta, pasajero, avanza...”) nos recuerdan que tarde o temprano deberemos ingresar al recinto en posición horizontal.

Quien suba de noche a uno de los miradores del San Cristóbal, podrá observar hacia el oeste, entre las luces amarillas de la ciudad, una extensa zona de oscuridad cerrada. Es el Cementerio General. La visión es para congelar el alma, sobre todo si se recuerda en ese instante los teatrales versos de Becquer: “Dios mío, qué solos se quedan los muertos”. No hay mucha gente que se anime a trasponer a deshoras los pesados portones del recinto fúnebre. El periodista Patricio Amigo lo hizo en 1975 para un programa de televisión, con la gabardina puesta y la pipa encendida. Cuando los relojes daban las doce campanadas se internó entre las tumbas y certificó que los habitantes de las tinieblas dormían en paz. Esa noche, al menos, no hubo profanadores, ánimas en pena ni horribles casos de catalépticos enterrados vivos.

El poeta colombiano Claudio de Alas solía invitar a sus amigos al Cementerio General, para sacar naranjas de un árbol que crecía en uno de los patios. Naranjas de muerto. Las chupaba con deleite, adelantando sus labios equinos y mirando a los ojos a su acompañante. Aunque las ofrecía generosamente, todo el mundo rehusaba sus frutas. Jorge Délano —el cineasta, dibujante y espiritista— fue también habitué de este lugar. Dice haber visto, en la oficina del director, unos ataúdes en miniatura que las brujas enterraban por maleficio en el patio de los pobres. Los cuidadores sabían reconocerlas y tenían orden de corretearlas. Cuando no estaban enterrando ataúdes, andaban por ahí tratando de conseguir “aceite humano”.

La tumba de José Manuel Balmaceda, más que la de cualquier otro político, abunda en inscripciones espontáneas solicitando ayuda. Su destino de mártir le ha conferido entre la gente la facultad de ejercer poderes ultraterrenos. Los mensajes corresponden a desesperaciones y tragedias domésticas. Una escolar le ruega no repetir de curso, y un desconocido le pide: "Presidente Balmaceda, no dejes que suceda este temor que siento".

"Una gran metrópolis necesita una gran necrópolis", escribió el insoportable De Rockha alguna vez, empleado por el Cementerio General para el difícil trance de hacer su publicidad. La relación entre la ciudad de los vivos y la de los muertos salta a la vista. La zona de los viejos mausoleos es una réplica a escala de la calle Dieciocho y la de los nichos se parece a la Villa Frei. Por ahí hay incluso una tumba que reproduce la Iglesia de San Francisco. Hay también sectores ñuñoíños y otros como laberínticas poblaciones.

Como es sabido, el Cementerio General es pariente de la Biblioteca Nacional y del Instituto Nacional. La creación de estas instituciones se decretó en 1813, aunque el cementerio no se habilitó hasta 1822. Anteriormente, a los muertos con recursos se los enterraba al interior de las iglesias, junto a obispos y dignatarios. Los pobretones eran sepultados al lado afuera, en terrenos denominados *campos santos*. En San Francisco hubo un campo santo, por el lado de la Alameda, y otro al extremo sur de la calle Santa Rosa. Los extranjeros no católicos iban a dar con sus huesos al Cerro Santa Lucía, donde existía un cementerio de disidentes.

Para la construcción del Cementerio General se aprovechó un terreno que durante años había funcionado informalmente como panteón y donde cualquier muerto podía tener su metro de tierra: justos y pecadores, extranjeros y nativos. El panteón tenía incluso su pequeña capilla y estaba circundado de una alta pared, con puertas de hierro. Esto, para mantener a raya a los perros hambrientos que merodeaban, dispuestos a perturbar con sus colmillos la paz de los difuntos.

AVENIDA INDEPENDENCIA

UN MILAGRO EN LA RESOLANA

Esta revenida arteria sigue el trazado del antiguo camino del norte, por el que transitó el invasor inca y el conquistador extremeño. Las micros infatigables y el comercio al detalle la atiborran hoy día en toda su extensión, y en su atmósfera conviven emanaciones de smog con el lacrimógeno polvillo de la espuma plástica.

Desde su nacimiento a orillas del Mapocho hasta su extinción en las lejanías de Conchalí, Independencia configura una desordenada e inabarcable realidad. El observador que recorra en auto esta vieja avenida, tendrá necesariamente una impresión disgregada de arquitecturas, de comercios y de ajeteo humano a la luz de la endémica resolana abochornada de la Chimba. La escuela de medicina y el estadio Santa Laura le dan bríos particulares a la calle, en la que además se ha asentado visiblemente la grasosa institución del "pollo al coñac".

René Vergara —que hartó había recorrido Santiago como detective—, eligió Independencia como escenario de un extraño cuento suyo, *La bailarina de los pies desnudos*, donde se mezclan de un modo confuso los fenómenos paranormales con el homicidio en primer grado. Fernando Rodríguez se llama el protagonista, y sus compañeros burócratas lo apodan El Kardex con Zapatos. Rodríguez llega con diez mil pesos en el bolsillo al cine Capitol, y ahí se encuentra con una rubia que lo involucra en un enredo mayúsculo entre vivos y muertos.

El cine Capitol hoy no existe, pero queda una fuente de soda y otros boliches de ese nombre en un edificio monumental de comienzos de siglo. Los edificios hermosos apenas se ven en esta calle, sobrepasados por los pintarrajeos del comercio. Abundan las colchonerías y las distribuidoras de telas y de espuma plásti-

ca. De repente aparece un conventillo estrecho, decimonónico, y al lado un socavón con video-games. Llama la atención un negocito con escaparates de madera celeste, consagrado al ineludible rubro de los "artículos para caballeros". Es tristísimo: dos o tres camisas Kennedy conviven en la vitrina con unos zungas de 500 pesos y con unas mamaderas de plástico.

Lo que hoy es Independencia fue para los incas el Camino de Chile. Durante la Colonia se conoció como Camino Real de la Cañadilla y tuvo vital importancia por cuanto era la única entrada norte a la ciudad. Ambrosio O'Higgins ordenó transformar el camino rural en avenida a fines del siglo XVIII. Le encargó los trabajos a un cierto Nicolás Matorras, quien —según dice Justo Abel Rosales— lo primero que hizo fue declarar guerra a muerte a todos los matorrales del sector. Por esta ruta —generalmente animada por los carros que traían frutillas de Renca— entró el victorioso Ejército Libertador tras la batalla de Chacabuco.

Uno de los lugares más entrañables de esta avenida es la Parroquia de la Estampa, en la séptima cuadra. Se la conoció como de la Estampa Volada, en atención a la leyenda de su fundación. El obispo Marán —su gestor— la consagró a la invocación de la Virgen del Carmen, cuyos auspicios lo salvaron de morir cierta vez que los indios se estaban jugando su pellejo "a la chueca". Se dice que a un buhonero o "trocador de santos", que por algún motivo estaba parado en las escalinatas de la catedral, una ráfaga de viento le arrebató una estampita de la Virgen y la fue a depositar en la copa de uno de los árboles de la chacra de don Manuel Joaquín Valdivieso. Ante semejante milagro, no hubo quién se opusiera a la construcción de la parroquia en ese lugar. La iglesia original —muy suntuosa según quienes la vieron— fue derribada por el terremoto de 1822.

VIVACETA

EL REINO DE LA CARLINA

Esta vieja calle —que alguna vez se llamó Hornillas— es un largo y heterogéneo tributo a la fealdad. No hay conciliación con la vida en su triste continuidad y sus calzadas parecen un lugar idóneo para morir atropellado. Fermín Vivaceta, que tanto trabajó por las bellas formas urbanas, es el involuntario patrono del lugar.

En los alrededores del Hipódromo Chile los caballos andan por las veredas y cruzan la calle entre las micros. Los montan *jockeys* diminutos. Es una escena familiar por estos lados, y a nadie le llama la atención. Incluso algunos vecinos intercambian pullas con los jinetes. A uno le gritan Canitrot y lo instan a hacerse cargo de la pensión alimenticia de una guagua.

El Hipódromo es a todas luces el alma mater de la calle Vivaceta. Se trata de un edificio triste, de monumentalidad fiscal. Destaca en un sector de casas achaparradas, pero carece igualmente de espíritu. Muchas de estas casas corresponden a locales comerciales cerrados a perpetuidad, con desvanecidos letreros “se vende” pegados en las cortinas metálicas. Más allá hay un teatro —el Teatro Libertad— que al parecer ya tampoco funciona (en su frontis quedan las huellas borrosas de unas letras de fierro que alguna vez anunciaron la presencia de cierta botonería Abacril). El espectáculo no es para nada estimulante: a uno le da por pensar en domingos perdidos de hace cuarenta años y en taxistas con corbata haciendo fila para ver *Rin-Tin-Tin*.

Luis Oyarzún anotó en su *Diario íntimo* (3 de mayo de 1953): “Atravesando el Puente Manuel Rodríguez, seguí por Vivaceta hasta la casa de H.C. Difícilmente habrá ciudad más fea, miserable, sucia y deprimente en el mundo entero”. Tenía toda la razón. Vivaceta debe ser una de las calles más feas de Santiago, muy dejada de la mano de Dios. Los interiores son lúgubres en los boliches y en las viviendas. Los viejos adobones sin estilo ya no

resisten más bajo los sucesivos maquillajes de pintura. Por todos lados hay barro, piedras y costrones de cemento. Los árboles son flacos y chascones, y los kioscos de diarios no ofrecen más que *La Tercera* y un par de marcas de calugas. La fealdad es en este caso antigua; y la pobreza, inveterada. Que el liceo del lugar se llame Las Américas Modernas constituye una ironía muy santiaguina.

Antiguamente, por estos pagos se alineaban quintas exuberantes, como en toda La Chimba. Una de las últimas chacras que sobrevivieron a la urbanización fue la de la familia Mandiola, en Vivaceta 2344. Se llamaba Chacra Las Lilas. En su libro *Crónicas de un locutor de radio*, Jaime Bustos Mandiola la recuerda llena de enredaderas, acequias escondidas, nogales, nísperos, castaños y parronales. Este paraíso familiar tenía además un caserón de dos pisos junto al cual los tíos del autor levantaron una torre para mirar las carreras del Hipódromo. Las Lilas, por último, abastecía de mostos al Club de la Unión y proveyó los ladrillos con los que se levantó el Barrio Cívico.

Personaje inevitable de la Vivaceta remoledora fue Carlina Morales Padilla, la Carlina. Su sola mención origina sonrisas suspicaces en la gente de cuarenta para arriba. Prostituta de origen, llegó a hacerse de cierto capital regentando el lenocinio de travestis conocido como La Palmera. Después se sumió en las brumas de la mitología. Hace diez años no se sabía con certeza si estaba viva o muerta. Aparentemente se había cambiado al barrio alto y dicen que ante las visitas inoportunas se hacía pasar por su propia empleada doméstica. En el libro *La manzana de Adán*, de Claudia Donoso y Paz Errázuriz, vienen testimonios sobre la famosa cabrona. Los travestis la describen como una persona fría y algo tiránica, que manejaba todo con llave y “le sacaba revólver a la que se pusiera por delante”. Las mil y una noches de La Carlina—cargadas de oropeles, *strip-tease* y música de Lucho Barrios—son la gran novela aún no escrita del lumpen local de vieja estirpe.

SANTIAGO ABURRIDO

EL CÍRCULO DE LOS ERIZADOS

Morirse de lata en la capital es fácil. Sólo es cuestión de elegir el lugar y la época apropiados. El verano, con su programación televisiva deficiente y su clima inhabitable, probablemente es el momento más indicado para que las sensibilidades frágiles sucumban en la resolana y el hartazgo.

El lugar común proclama que ésta es una ciudad aburrida: que carece de ciertas actividades rubricadas como "cultura de café", que su cartelera cinematográfica es pobre y que no existe una vida nocturna relevante. Lo anterior puede ser cierto, pero no es menos cierto el refrán que indica que "sólo los tontos se aburren". Además, el reclamo encierra una visión del entretenimiento un tanto programática, culturalmente tendenciosa. Los ingleses —para no ir más lejos—, consideran muy instructivo caminar unas cuantas millas premunidos de un bastón, o internarse por los parques con unos binoculares y una silla plegable con el fin de observar a los pájaros. Esto aquí sería considerado extravagante y aburrido. Etimológicamente, aburrirse significa "tener aversión a algo". Viene de *horrere*, erizarse.

Hay que reconocer que ciertas zonas de Santiago suelen enfrentar el espíritu del observador a una perspectiva desoladora. El *spleen*, el *ennui*, el *taedium vitae* y otros tecnicismos literarios del hastío parece que se empozaran en el alma de un golpe. Sólo es cosa de estar dispuesto.

Ejemplos sobran. Hay esquinas claves. Imagínese el lector a sí mismo —a las tres de la tarde del día más caluroso del siglo— botado en Franklin con Santa Rosa, en los pedreríos de General Velázquez o buscando una dirección equívoca por la horrible calle Radal, donde Renca pierde su nombre.

Apoquindo con Alcántara, lo mismo. Hay sequía, el sol irrita los pescuezos y exprime los gaznates, y no hay más refugio que la exigua franja de sombra de un kiosco de diarios donde uno se arrima a releer por cuarta vez los titulares del día. El ruido sí que abunda: de motos, de micros, de excavadoras, trayendo la espantosa evidencia del trabajo ajeno. Ahí cerca, al frente, hay un peñasco llamado Cerro Navidad, donde antaño funcionó un asilo para tuberculosos, y en cuyo frente un monolito honra la memoria de cierto patriota turco. El cuidador de autos del sector confirma la sospecha: "Mire, señor, aquí no ha pasado nunca nada. No tengo nada que contarle".

El itinerario del tedio puede continuar —Metro mediante— por la calle San Diego. Si uno anda con el ánimo como lo tuvo alguna vez Mallarmé (cuando dijo "la carne es triste, ¡ay! y ya me he leído todos los libros"), no encontrará alivio en las abrumadoras librerías de viejos, ni menos en los sofocantes topless. En la esquina de Tarapacá se topará con un pasaje tenebroso. Refugiarse ahí es una equivocación. Quienes lo construyeron años ha deben haber tenido las mejores intenciones: comercio, ajetreo, prosperidad. Pero hoy día no hay más que un socavón con olor a comida añeja, con un par de peluquerías de triste fluorescencia. En una única vitrina agonizan unas máquinas de escribir esperando un comprador imposible.

Dicen que hasta fines de la Colonia, a la hora de la siesta no se veía por las calles "más que a los perros y a los ingleses". La siesta era por entonces una institución nacional tan importante como el chisme. La gente tenía al parecer la sangre más fría, el metabolismo más lento y era medianamente feliz haciéndose visitas de cumplimiento y jugando de vez en cuando a la gallinita ciega. No se pedían más espectáculos que los que brindaban ciertos "forzudos" en la vía pública o el de procesiones y corridas de toros. Quizás los santiaguinos de entonces eran levemente más sabios que nosotros. La siesta —hoy extinguida— tenía una función social y el trabajo no dignificaba a nadie.

El espacio urbano y la arquitectura

Apoyado en el estudio de los planos, se puede decir que el espacio urbano y la arquitectura se relacionan de una manera muy estrecha y no hay más que ver los ejemplos que se dan en el mundo de la arquitectura y el espacio urbano. El espacio urbano y la arquitectura se relacionan de una manera muy estrecha y no hay más que ver los ejemplos que se dan en el mundo de la arquitectura y el espacio urbano.



EL DERECHO A ALETEO

Patos, garzas blancas, taguas, cernícalos e incluso cisnes se han ido a vivir recientemente a un estanque de EMOS, en Maipú. En Bilbao se ha verificado una invasión de catas argentinas y en otras zonas han sido avistadas bandadas de loros. Esta curiosa inmigración es un buen pretexto para revisar el panorama ornitológico de la ciudad.

A través de los siglos, los pájaros han sido compañeros inevitables de nuestros pasos terrenales. Generalmente han sido asociados a la imagen del alma, cuando no se les han adjudicado capacidades agoreras. Como la corneja medieval, el tuetué de los mapuches anuncia mala o buena fortuna según largue el canto a la derecha o la izquierda del interesado.

Hay veces en que las criaturas del cielo son recibidas como emisarios del infierno. En el campo, la aparición de cierto pájaro nocturno se entiende como una visita del mismísimo diablo. Para conjurar su abominable proximidad hay que decirle: "Vuelve mañana por un queso". Cuando Hitchcock filmó *Los pájaros* le dio forma a un miedo inoculado en la retina humana desde la noche de los tiempos: miedo a las "fuerzas en disolución, pululantes, inquietas, indeterminadas, rotas", como los avechuchos de la leyenda de Hércules. De ahí la desapacible eficacia de la película.

Hay individuos que se asustan mucho con las palomas, sobre todo cuando se presentan en grupos numerosos. Creen que estos pájaros ocultan pésimas intenciones. Hace poco aparecieron legiones de palomas envenenadas en un sector del Río Mapocho. El Racumín mezclado con pan remojado ha hermanado muchas veces el destino de palomas y de ratones, con quienes se las identifica a menudo (por algo las llaman "ratones con alas"). Sin embargo, hay quienes las recomiendan al horno.

Las pobres palomas —sus patas casi siempre están hechas unas lástimas— no hacen más que tratar de subsistir a su manera, como

todo el mundo. Duermen en los fríos intersticios de iglesias y de edificios viejos, y le dan un poco de alegría al mediodía del jubilado en la Plaza de Armas. Son rutinarias, puntuales: Clotario Blest recibía —por la mañana y por la tarde— la visita de una bandada en el primer patio de su casa, y Enrique Lihn alimentaba diariamente una familia de palomas en la ventana de su departamento. Había descubierto una de deplorable conducta: no comía, ocupada en no dejar comer a las demás. Lihn trataba de alejarla a cachetadas.

Aunque se han detectado en la isla Robinson Crusoe y en Chañaral —en estado silvestre— las palomas comunes son sobre todo allegadas de las ciudades, y deambulan con la mayor confianza entre zapatos y automóviles en marcha. Tanto o más urbanos son los gorriones —*passer domesticus*—, prodigios de adaptación al medio. Es más: los hay específicamente centrerros. Con saltos rústicos y veloces se desplazan sobre los adocretos del Paseo Ahumada para disputarse al vuelo las migajas de los barquillos que se desprenden de la boca de la gente. A las parsimoniosas palomas les ganan invariablemente en la competencia cuerpo a cuerpo por una miga de pan duro o un envoltorio de helados. Nadie quiere mucho a los gorriones, pues recuerdan a personas pechadoras y desagradables. Parece que antes de 1904 no existían en Santiago: en esa fecha los trajo Alberto Cousiño, para compensar sus nostalgias parisinas.

A veces los gorriones pagan sus culpas en vida: deporte predilecto de niños malos es amarrarlos de una pata a un hilo largo y encumbrarlos como si fueran volantines. Las palomas también son con frecuencia sacrificadas al ídolo de la crueldad infantil. En una escena de la película *El largo viaje* —de Patricio Kaulen— se ve a una de estas aves sujeta a una estaca mientras un grupo de pelusones la despaturra a hondazos.

Zorzales, queltehues y tiuques conviven también en el espacio aéreo santiaguino, pero jilgueros, chincoles y picaflores han raleado mucho en el último tiempo. Estos últimos —que los indígenas llamaron pínquedas— son capaces de maravillar a cual-

quier espíritu bien dispuesto (un poeta británico habló de "the glory of the hummingbird"). Aún se dejan ver de vez en cuando en jardines de Ñuñoa o de Las Condes. En ocasiones ejecutan naderías que son verdaderas proezas, como perseguir una gota de agua en su caída, succionándola. En Chile los hubo desde siempre. Alonso de Ovalle —que en sus clasificaciones de pájaros incluía a las mariposas— dice que el cuerpecito del picaflor "será poco más de una almendra", y que su pico "cuando está cerrado no se diferencia de una aguja de coser". El padre Rosales, en tanto —que consideraba pájaros a los murciélagos— nos ha dejado inestimables observaciones de las costumbres del picaflor. Escribe en su *Historia general*, a fines del siglo XVII: "Marchitas ya del todo las flores y en sintiendo las primeras asperezas del invierno, cosa singular: se retira a las concavidades de los árboles y en ellas se sepulta y adormece con tan gran suspensión de los sentidos, que parece muerto".

El tiuque es una de las pocas aves de rapiña que se aventuran por los borrosos cielos santiaguinos. Su graznido anuncia lluvia, y en los días tormentosos se lo ve dando vueltas en círculo a gran altura, para gran conmoción de las palomas. Antiguamente, se sospechaba que su carne iba a parar a los "sánguches de ave" que se expendían a los viajeros que ~~paraban en~~ Melipilla. De cualquier modo, se trata de un pajarraco hermoso, de plumas café rojizas y amarillentas y de cola jaspeada. Hace soberanía en casi todo el territorio nacional, y en los campos sigue el desplazamiento de los arados, probablemente a la espera de lombrices o bichos damnificados por la remoción de la tierra. No hay que confundirlo con el traro, especie de halcón no habido en las ciudades, a pesar de que la capitalina calle Santa Elena se llamó alguna vez Callejón del Traro, sepa Dios por qué.

El chuncho o búho es suficientemente conocido por su triste papel en el infortunio humano. Está en todas partes, con enloquecidos ojos insomnes, presto a lanzar su gemido avisador. Uno de los incendios de la Iglesia de la Compañía —anterior al definitivo— se produjo cuando unos colegiales del Instituto Nacional

soltaron un chuncho en llamas, que fue a posarse al campanario del templo.

Los benéficos queltehues, por su parte, insisten en establecer sus colonias de nidos en segmentos urbanos, donde quiera encuentren un espacio abierto y ojalá húmedo. Los hay en el costado del Estadio Nacional, en la Escuela de Arte de la Universidad de Chile, en Manquehue con Kennedy y —hasta hace un par de años— en pleno centro, en un eriazó que hubo en Santo Domingo y Teatinos. Criatura eminentemente alharaca, eleva el vuelo y grita hasta desgañitarse cada vez que un extraño se aproxima a sus dominios. Tanto es así que en muchos fundos son aún utilizados como una suerte de timbres vivientes. También atacan a los intrusos con sus espolones, en vuelo rasante. Y otra cosa: en tiempos lluviosos su canto se interpreta como señal de que parará de llover.

Habitantes relativamente recientes de la ciudad son las gaviotas. Llegan remontando el Maipo y luego el Mapocho a merced de las corrientes de aire, en busca de comida y calor. Ahí se las ve, en las cercanías de los inmundos desagües, en la Estación Mapocho y en Pedro de Valdivia Norte, al acecho de cuanta porquería les ofrezcan las aguas mapochinas.

Los chincoles son aves de inclinaciones canoras. Así como en el silbido de la diuca los privilegiados de oído creen escuchar la expresión “tres chauchas y un diez”, en el del chincol descifran “¿ha visto a mi tío Agustín?”. Nobles, pero tímidos, los chincoles han sido corridos por los desafinados gorriones, verdaderos gurkas del universo ornitológico. Con su penachete ornamental, amenizaban mucho las mañanas dominicales de los santiaguinos de antes. Lo mismo los jilgueros: aves domesticables —pueden compartir jaula con los canarios—, de plumaje verdoso y gorjeos melódicos. La inglesa María Graham escuchó cerca de Santiago —por 1822— esta melancólica tonada: *Llora el ave su orfandad/mirando a su dueño ausente./ El jilguerillo inocente/llora su cautividad.*

Gabriel Lafond de Lurcy, viajero francés que nos visitó algunos años antes que la Graham, asistió a una peculiar cacería a tres leguas de Santiago. De su relato inferimos que por entonces no sólo había gran abundancia de torcazas y tórtolas, sino que tam-

bién de tordos, papagayos verdes y loros. “Estos loros —escribe De Lurcy— tienen la vida muy dura y, cuando se dispara, aquellos que están heridos forman una algarabía de gritos espantosa”. Llama la atención, finalmente, el comportamiento de uno de los cazadores de la partida —un dentista de apellido Carré—: se pasó todo el tiempo recitando epigramas y gastó sus municiones no en disparar, sino en cambiárselas por pájaros a unos huasos de las inmediaciones.

UN FLASH EN LA OSCURIDAD

Con diversos entusiasmos, la vida nocturna de las ciudades grandes es más o menos la misma. En todas partes hay gente dispuesta a desafiar el sueño para realizar sus fantasías noctámbulas, ahora y siempre. Un vistazo azaroso a una noche de hace 60 años, por ejemplo, nos entrega una foto de época inesperadamente movida.

Recientemente, un grupo de documentalistas de la Biblioteca Nacional —dirigido por Justo Alarcón— publicó en forma de libro un sorprendente índice general de *En Viaje*, la buena revista de Ferrocarriles que se editó entre 1933 y 1973. En sus páginas se consignan tres reportajes ilustradores, de tres épocas muy distintas, sobre la noche de Santiago. Uno es de agosto de 1934; los otros, de 1954 y de 1966.

El primero es una verdadera coreografía. El anonimato cronista testimonia sobre multitudes de bailarines febriles “entregándose al culto de Terpsícore entre la estruendosa alegría del jazz-band”. Estaban por todas partes: en la terraza del Parque Forestal, en la del casino del cerro San Cristóbal, en el hall de Santa Lucía y “donde quiera que haya amplitud para girar al son de la música”. “Puede decirse”, afirma el testigo, en un arrebatado estadístico, “que la mitad de la población santiaguina baila animadamente en las noches invernales, sin temor al frío y muchas veces desafiando la lluvia”.

Ya hacia el alba, por la Alameda y por la Avenida Matta aparece el tortillero, voceando vivamente su mercancía, mientras numerosos “nocherniegos” se agrupan a su alrededor con los estómagos expectantes por los perniles y los huevos duros. Pero algo sucede: “De improviso, el tortillero y su clientela se ven forzados a huir como si un monstruo los amenazara. Huyen de las barredoras que, haciendo girar sus escobas automáticas, circulan ruidosamente por las calles”. Tras las máquinas, hace entrada una

falange de lavadoras, pitoneando las calzadas. Con los chillidos de los gorriones ya todo el mundo se retira a sus hogares.

Mucha gente coincide en afirmar que en 1973 se operó una feroz sangría sobre lo que podría entenderse como la noche santiaguina. El silencioso toque de queda drenó radicalmente las rutinas nocturnas. Los dueños de restaurantes y de boites tuvieron que tragarse el alegato y no faltaron los comentaristas televisivos que celebraron la obligatoria vuelta al redil de los maridos pródigos y salidores. Quienes mantenían algo de ánimo zandunguero debieron conformarse con las acomodaticias fiestas "de toque a toque". Una revista —llamada precisamente *Santiago de Noche*— debió parar las rotativas ante la muerte de la farándula.

Hoy día —con libertades relativamente amplias— la noche es en Santiago en extremo inestable; "pulsional", diría alguien. Hay misteriosas fechas en que la trashedada arde por los cuatro costados, desde la Gran Avenida a San Damián: patotas bullangueras, muchachones motorizados y no pocos solitarios hacen uso de plazas, bares, restaurantes y discotecas, en un contexto de general y dionisiaca excitación. En otras ocasiones, sin embargo, la vida se repliega con miedo y por las calles que parecen boquerones no queda más que los papeles de diarios volándose al viento mientras a la distancia los aullidos de los perros aportan uno que otro escalofrío.

Ni los taxistas aciertan a explicarse estos súbitos bajones de la presión nocturna. Pareciera que el fantasmón del toque de queda hubiera regresado espontáneamente y uno recuerda entonces las palabras para el mármol espetadas alguna vez por cierto general: "No entregaremos la noche".

LLANO SUBERCASEAUX

MÚSICA DE CÁMARA

Casi todas las calles de este enclave sanmiguelino tienen nombres que evocan a parientes de los Subercaseaux, dueños de la zona durante más de cien años. En la pequeña historia de la propiedad hay episodios melancólicos con recargados tintes muy fin de siglo y uno que otro dato insospechado.

Al comienzo de la Gran Avenida —más allá de los oxidados entornos de la línea férrea y de la calle Placer— está el barrio conocido como Llano Subercaseaux, especie de Ñuñoa con algo más de estilo. A pesar de la mala fama, la noche transcurre apaciblemente por sus calles flanqueadas de árboles viejísimos.

Hasta hace poco, el compás de la vida nocturna del Llano lo llevaba la Gelattería, un nombre cuya sola mención provoca una leve sonrisa en los iniciados. Convenientemente motorizados, jóvenes del barrio alto se dejaban caer por ahí guiados por el instinto a hacer contactos con bellezas de las proximidades, muy avezadas en la tasación de marcas de auto. Noche tras noche, y por influjo del tom collins y otros brebajes, Eros se desataba en la danza de la movilidad social. El vecino Club de San Miguel, en tanto, es aún el solaz de otro tipo de hedonismo: el de los amantes de las ancas de rana.

La historia antigua del Llano es profusa y tiene episodios viscontianos. Bernardo O'Higgins fue su primer dueño. Aquí durmió la noche después del triunfo de Maipú y aquí estableció provisionalmente el gobierno tras el terremoto de 1822. Algunos años después de su muerte el terreno fue comprado por el minero Ramón Subercaseaux. Cuatro o cinco generaciones de sus descendientes vivieron en la chacra, que tuvo casa patronal, viña (de donde salían los aplaudidos vinos Subercaseaux), juncales, bosque de olivos, y un parque francés con estanques ornamentales y

altos parrones de fierro forjado rematados en su base por figuras de lebreles y jabalíes.

Cada uno en su momento, no hubo quien no pasara por los salones de la mansión campestre. Benjamín Vicuña Mackenna se casó en ella con su prima Victoria Subercaseaux. Juanita Fernández Solar aparecía para tocar el piano y Gabriela Mistral para extasiar al auditorio con su conversación. Alfredo Helsby andaba siempre por el parque con su caballete de campaña. Alguna tarde perdida, el famoso pianista Rubinstein regaló a la familia algunas sonatas de Beethoven. También se veía a un joven Claudio Arrau perturbado por la obsesión de un amor juvenil. Entre los cuadros de la pinacoteca destacaba uno de Sargent, *La belle chilienne*, que no era otra que Amalia Errázuriz Urmeneta, retratada en melancólica dejadez por el gran pintor. *

La religión y sus misterios fue el correlato constante de la vida en la chacra. Magdalena Vicuña —esposa de Ramón— hacía decir misa en un salón del segundo piso. Luego construyó una iglesia y trajo como párroco a Miguel León Prado. Hasta entrado este siglo se mantenían en la zona las fiestas atávicas rurales, con quema de Judas y romerías de jinetes ataviados con cucuruchos. Margarita Valdés cuenta que por entonces los carabineros del sector se presentaban a misa “en correcta formación”. En el momento de la consagración, juntaban sus tacos al unísono, con estruendo.

Otro pintor dejó huella en la chacra: Fray Pedro Subercaseaux. Vivió aquí mientras estuvo casado con Elvira Lyon. Ambos hacían una pareja extraña, introvertida. A veces partían a Europa sin avisarle a nadie. En uno de estos viajes decidieron recluirse en respectivos conventos. El se quedó en uno de benedictinos, en Inglaterra, y ella entró en las damas catequistas de Loyola. Eso fue en 1920. De ahí en adelante sólo se comunicaron por carta. Nunca más se vieron.

SAN MIGUEL

LUCES Y SOMBRAS DE LO MIRA

La comuna de San Miguel —no sin motivos llamada “populosa”— tiene entre sus perdidos anales a figuras importantes. Las hermanas Mira no sólo fueron las primeras pintoras chilenas, sino también las representantes de un viejo estilo de vida familiar que consideraba el arte entre sus principales devociones.

El vocablo *chacra* es de origen quechua. Significa “campo labrado” o bien “mandíbula de hierro”, en atención a que los incas utilizaban este despojo óseo como herramienta para arar sus tierras. Como sea, hoy la palabra se utiliza para designar pequeñas propiedades donde los cultivos se limitan al poroto o los choclos. Venir de las chacras, en consecuencia, es hacerlo desde un lugar de rédito escaso.

No fue así siempre: durante el siglo XIX las chacras eran heredadas hartó extensas, y no hubo familia de fuste que no tuviera la suya en las proximidades de Santiago. Recién hace 60 años la parte sur de la ciudad estaba ocupada por prósperas chacras. Sus nombres: Barros Luco, Prieto Concha, Ochagavía, Gandarillas, Subercaseaux, Lo Mena y Lo Mira.

El pintor Pedro Subercaseaux recuerda cómo eran los viajes hacia la zona en los años del centenario: se toma un tranvía en la Alameda con San Diego y “la conductora (con sombrero de paja sobre la frente y mugriento chalón) da la partida. El watman hace resonar su manivela y el vehículo comienza su ruidosa marcha... A las pocas cuadras ya no se ven casas de dos pisos. Pasada la Avenida Matta las construcciones son tan miserables que ya ni merecen el nombre de casas, aunque a muchas no les falte un alto antepecho y ostenten en sus pintarrajeadas fachadas composiciones que representan temas como *El rey que rabió*, *El canario navegante* y otras fantasías. En la esquina de Franklin nos deja el tranvía eléctrico y es preciso esperar a otro de sangre. Este tarda en

llegar y da harta oportunidad al ojo de un artista para contemplar los charcos de fango que inundan esta calle y la del Placer, cuyo nombre no puso ser más apropiado. En efecto, varios puercos se revuelcan con delicia en aquellas aguas malolientes”.

Hasta 1954, en plena Gran Avenida —frente al Llano— estuvo en pie la casa colonial de Lo Mira, construida en 1819 y anexa a la chacra familiar. Algunas fotos guardadas en archivos privados dan cuenta de los interiores: techos altísimos, murallones atiborrados de cuadros, rasos, cortinajes y —en el salón principal— un proscenio para la melopea.

El arte fue el distintivo de la familia. Gregorio de Mira fue abogado y hombre de empresas: a él se debe el auge —casi la existencia— de San Antonio. Pero por sobre todo fue pintor. Discípulo de Monvoisin, le hizo el quite a la bulla en tanto fue “completamente ajeno a las exterioridades y enemigo de cuanto significara aplauso humano”.

Sus hijas impresionaron a la sociedad santiaguina del pasado fin de siglo. Rosa tocaba con facilidad cinco instrumentos y hablaba inglés, francés, ruso, italiano, griego, árabe y vascuence. Aurora y Magdalena, por su parte, fueron notables pintoras de factura naturalista. En 1884 arrasaron con los premios del Salón de Bellas Artes. El hecho puede parecer insustancial hoy día, pero en el momento se trató de un jaque social. Según Rafael Egaña, desde entonces quedó “derribada una preocupación torpe, como son casi todas las preocupaciones: en adelante una niña de la alta sociedad podrá dedicarse seriamente al estudio de las bellas artes y exhibir al público sus trabajos”.

Las hermanas Mira disfrutaron de un breve período de notoriedad, pero luego se eclipsaron por su propia voluntad, consagrándose a los ajetreos de la vida familiar. En 1930 murió Magdalena. En 1939, Aurora, en su mansión de la Gran Avenida. Sus nombres y los de sus hermanas perviven hoy en varias calles sanmiguelinas.

UN FOGONAZO ENTRE LAS ZARZAS

El populoso sector anexo al Estadio Monumental fue campo hasta hace poco y vive en relación permanente con el agitado recinto deportivo. Al paso de las barras electrizadas por los pelotazos, tiemblan las pequeñas casas de uniforme factura. Un crimen increíble —ocurrido hace cuatro décadas— añade fantasmas al sector.

El Estadio Monumental fue inaugurado en octubre de 1989, con un triunfo de Colo-Colo sobre Peñarol y desde entonces le ha añadido vida a una barriada extensísima, de pequeñas casas uniformes con pequeños antejardines.

Hace poco, con la construcción de la nueva línea del Metro, surgió una polémica curiosa: la así llamada Garra Blanca se opuso a que la estación correspondiente llevara el nombre de la zona: Pedreros. Conocedores del concepto de imagen corporativa, los colocolinos querían que la parada fuera bautizada con un nombre más ligado al club de sus amores. Alegaban que sus archiveros de la Universidad de Chile tienen su propia estación de Metro.

La mitología consigna que la cancha del Monumental es una de las más largas y angostas del mundo. Esto es apreciable si uno se apuesta en alguna de las galerías detrás de los arcos. Los goles del arco contrario se adivinan por los gritos de quienes los han visto de cerca. El recinto estuvo sometido durante años de años a un pleito entre Colo-Colo y Carabineros de Chile, zanjado finalmente a favor del primero. Quién fue el mentado Pedreros, no lo sabemos, pero sí que es un apellido a la medida de los pedreríos anexos al estadio, de donde los hinchas —excitados por el triunfo o severamente irritados por la derrota— extraen las municiones para las batallas campales que suelen sostener entre ellos mismos o contra las fuerzas de orden.

En el invierno de 1944 ocurrió en el Camino de Pedreros uno de los crímenes más sonados de la historia santiaguina, con ribetes ridículos y crueles, novelescos. René Vergara —el detective escritor— publicó un libro con el caso: *La otra cara del crimen*. La zona era por entonces absolutamente campestre, refugio habitual de parejas furtivas que llegaban ahí tras la ansiada intimidad de las penumbras. Una atardecer de domingo, el doctor Guy Pellisier y su hermosísima amiga de 17 años, Alicia Bon Guzmán, derivaron hacia el camino en cuestión. Hablaban de trivialidades en el interior del auto —él trataba de explicarle el concepto de “autodeterminación”— cuando una descarga de escopeta entró por el parabrisas. Lo único que alcanzó a verse entre las cobardes zarzamoras fue un fugitivo fogonazo.

Herido, y con su amiga agonizante, Pellisier manejó por la oscuridad hasta que pudo encontrar ayuda en un retén rural. Alicia fue enviada a una posta de la calle Maule, pero murió en el camino. El carabinero que la transportó se llamaba Marfull; el cura que le dio la extremaunción, Biskagenaga; el médico que certificó su muerte, Tisné. La pesadilla del doctor Pellisier recién comenzaba, en todo caso. Al morbo nacional se le despertó el apetito: desde todos los flancos —y con toda irracionalidad— el joven fue acusado como autor del asesinato. Hubo concentraciones de madres en la Plaza de la Constitución, exigiendo justicia, y un tal Ciego Peralta —autor del panfleto *Lira Popular*— encontró inspiración en la muerte de Alicia para sus cuchufletas. Con picardía funeraria, todos los ciegos cantores de Santiago repetían las estrofas de *Alicia va en el coche...* El diario *Las Noticias Gráficas* llegó a vender 200 mil ejemplares con la foto de primera comunión de la víctima en portada. Como pasó con el doctor Lucas Sierra en el crimen de las cajitas de agua, en el de Pedreros una babeante “opinión pública” se dejó llevar por sus fantasías más primarias. No hubo descanso hasta que la policía capturó al autor real del absurdo disparo: un lugareño de apellido Castro, un simple merodeador, un gato de campo.

LA TROMPETADA DEL JUICIO FINAL

En un Santiago permanentemente picoteado y afeado, esta calle amplia y encomiable mantiene en la actualidad su elegancia de siempre, sus árboles e incluso sus viejas acequias. Fue trazada a fines del siglo pasado y en sus primeros tiempos unió soledades campestres con zonas de incipiente población.

Pedro de Valdivia es una de las calles hermosas y —lo que es bastante decir— elegantes de Santiago. Esto, en el tramo predominante, entre Simón Bolívar y Providencia. Hay ahí edificios que casi emocionan (como el de la esquina de Mar del Plata), mansiones al fondo de profundos antejardines y árboles de un siglo levantando las veredas.

En las proximidades de Irrarázaval —eso sí— la calle cambia de pelo. En el suelo —junto a unos eternos kioscos de plantas— se venden libros viejos, hierbas medicinales y ensaladas callejeras en bolsas plásticas. Todo presidido por el olor de unos pollos que rotan en el grill de en una fuente de soda moribunda. Los teléfonos públicos descuartizados y unos rayados primarios en las murallas delatan el paso de los fanáticos del fútbol en noches de partido. Al sur, más allá del Estadio Nacional, la avenida se vuelve irreconocible —siniestra por las noches—, disgregándose en caseríos y tierras.

Es lógico que una avenida tan larga conecte mundos disímiles, inconciliables. Las “nostálgicas mansiones” valdivianas hoy son clínicas, sedes institucionales y colegios. En la que fue propiedad de Manuel Cruzat Vicuña —con glorietas y fondo de una cuadra— funciona desde 1945 la Municipalidad de Providencia.

Los colegios son una particularidad de esta zona. A vuelo de pájaro se puede mencionar al Luis Campino, al Notre Dame, y a las Monjas Argentinas. Emigraron hace tiempo el Jeanne d'Arc y el Saint George, y recientemente las Teresianas.

Carlos Ruiz-Tagle fue alumno del Saint George y perteneció a la mítica academia literaria dirigida por el profesor Scarpa. Un día —lo cuenta en sus *Memorias de pantalón largo*— regresó para recorrer los patios que encerraron su niñez. Un mormón le impidió amablemente la entrada y de paso lo dejó informado sobre John Smith y los santos de los últimos días. El escritor entendió que para el país de la infancia no existía lugar físico alguno. Desde lo alto del edificio, un terrífico ángel daba la trompetada del juicio final.

En los años 40 aún estaban por ahí los viejos estanques del agua potable. En verano, Ruiz-Tagle y sus amigos saltaban una pandereta y usaban los estanques como piscina. “Nunca supimos —escribe— si el agua potable tenía gusto a nosotros: al probarla no le encontrábamos gusto a nada”.

No hay certeza de cuándo la calle adoptó el nombre de Pedro de Valdivia. René León Echaíz explica que fue abierta en 1895, para unir la incipiente Población Providencia con el Camino de Ñuñoa (Irrarázaval). Juntamente se lotearon 147 sitios a ambos lados de la calle. El 9 de marzo de 1896 corrió por vez primera un tren arrastrado por caballos, denominado Ferrocarril Urbano de la Población Providencia.

En 1905 la revista *Zig-Zag* rifó entre sus lectores un magnífico “chalet” diseñado por Alberto Cruz. Estaba en Pedro de Valdivia con Diego de Almagro y tenía ventanas ojivales, miradores y espigas. El ganador se llamó Eduardo Castillo. Una foto tomada desde el techo de la casa muestra un entorno rústico de murallones y arboledas.

Veinte años más tarde Pedro de Valdivia era ya un sector urbano y elegante. En una de sus novelas, Tomás Gatica Martínez habla de una adivina muy pituca —Mónica Ríspoli— que le veía el futuro a la flor y nata de Santiago. Vivía en “Avenida Pedro de Valdivia, tercera cuadra, izquierda, *apartment* de lujo”. A menudo se veía en su puerta la limusina de la presidencia. Gatica Martínez ponía en sus novelas hechos reales de la sociedad santiaguina. No inventaba nada. Sólo cubría los identidades de las personas con nombres de ficción.

LA VIDA CONTINÚA

Entretenida y larguísima, esta avenida tiene movimiento día y noche. Entre sus dos arrabaleros extremos —Diez de Julio y Egaña— se multiplica una oferta comercial que excede la imaginación. Hoy, entre bocinazos y movidas nocturnas, nadie se acuerda de que la calle está ahí desde tiempos coloniales.

Es sabido que la actual Avenida Irarrázaval corresponde al trazado del viejo y rural Camino de Ñuñoa, por el que carretas y ferrocarriles de sangre (tirados por caballos) se internaban hasta entrado este siglo hacia las numerosas chacras ñuñoínas. Estos ferrocarriles de sangre —a fuerza de accidentes, apedreos y volcamientos— hicieron honor a su denominación, a tal punto que la imaginación popular los inmortalizó en unas versainas callejeras: “Viajar en carro a Ñuñoa/hoy es cosa original/a lo cual ya no se atreve/así no más un mortal”. El cómico Pepe Vila bautizó a los tres vagones del ferrocarril ñuñoíno con los nombres de Infierno, Paciencia y Eternidad.

La calle tomó su actual nombre del de Manuel José Yrarrázaval, ministro del Interior del gobierno revolucionario de Jorge Montt. En 1891, sobre caliente, el funcionario firmó el decreto de la creación de la comuna. La calle se despidió del polvo campesitre en 1919, cuando fue pavimentada desde Vicuña Mackenna hasta la Plaza Ñuñoa.

Irarrázaval ha tenido sus momentos de esplendor, especialmente cuando una juventud motorizada en Lambrettas y Vespas se reunía en torno a los muchos cines, hoy convertidos en barracones y templos de canutos. Sobreviviente de esos tiempos es el espectacular cine California. En el recinto del Hollywood funcionó en los años 70 la famosa Disco Hollywood —propiedad del Padrino Aravena—, con piluchas enjauladas bailando *Fiebre de sábado por la noche*. El local se incendió una noche con más tem-

peratura de lo normal, y de sus escombros surgió un cierto Supermercado del Pueblo, hoy desaparecido.

Del Padrino Aravena fue también la inextinguible boite La Sirena, cerca de Vicuña Mackenna, escenario nocturno de cumbiancheros y chistólogos. En las noches de año nuevo de hace tres décadas circulaba por el sector una banda de peculiares carteristas. Daban abrazos fraternales a cuanto curado se les ponía por delante, despojándolos de billeteras y efectos personales.

En la esquina de Villaseca estuvo por años la tenebrosa Posta 4, y a su costado, el Mercado ñuñoíno, saturado de olores y vocinglería. Tras el mostrador de una de sus pescaderías permanecía un desorientado pingüino antártico, mirando a la gente parado sobre su barra de hielo. A veces —según dicen— lo ponían a atender la caja.

Bares-restaurantes que perduran de los tiempos viejos son Las Alegrías de España (los maliciosos de antes leían *alergias*) y —al llegar a Diez de Julio— El Tequila y el Da Gino. Lamentablemente ya no existe El Amigo de Todas las Naciones, con las banderas del mundo pintadas en la fachada. Cuento aparte es el Baviera, con su pérgola anexa. Cualquier sibarita puede hoy salir reconfortado de sus comedores.

Irrarázaval es una calle entretenida y múltiple, inabarcable. En sus aceras se ve de todo: desde huasos con sombrero de paja hasta *thrashers* y contraproductentes. En las noches veraniegas hay excitación en pizzerías y bares, y por la plaza circula una limusina de una cuadra repleta de enfiestados. En las tardes dominicales de verano, sin embargo, las perspectivas son desoladoras. Los espejismos en el pavimento y la chata arquitectura le hacen sentir a uno la incómoda sensación de naufragar en algún perdido andurrial de Arabia Saudita. Los endémicos helados Nieve pueden servir de consuelo en estos casos.

Bastión irrenunciable de Irrarázaval es la peluquería de don Vicente, El Fígaro Nortino, al llegar a Marchant Pereira. Más que octogenario, el peluquero no entrega la guardia y aún sigue efectuando el corte inglés, el alemán y otros casi modernos. Dicen que es tal su maestría que los clientes pueden dormir la siesta mientras él manipula sus cueros cabelludos. Y un detalle curioso: tiene precios especiales para calvos.

GRECIA-MACUL

A LA SOMBRA DEL PEDAGÓGICO

Grecia y Macul no sólo configuran un cruce de calles: toda una zona se arma a partir de este punto. En ella —bajo los añosos olmos y acacios que alguna vez ornaron el camino de la chacra de Macul— pena aún el extinto Pedagógico. Anima secundaria es el conspirativo Café Pushkin, bautizado así en recuerdo del hit de Gilbert Becaud.

En un par de décadas, varios mundos han pasado como ventarrones por la intersección de Grecia con Macul. Pararse un rato en la esquina equivale a una shakespeareana invocación de fantasmas. No sólo ectoplasmas de personas aparecen, sino también de quimeras y de emblemas. En un mundo que imposterablemente cambia, se confirma el aforismo tanguero: "Amores de estudiantes, flores de un día son".

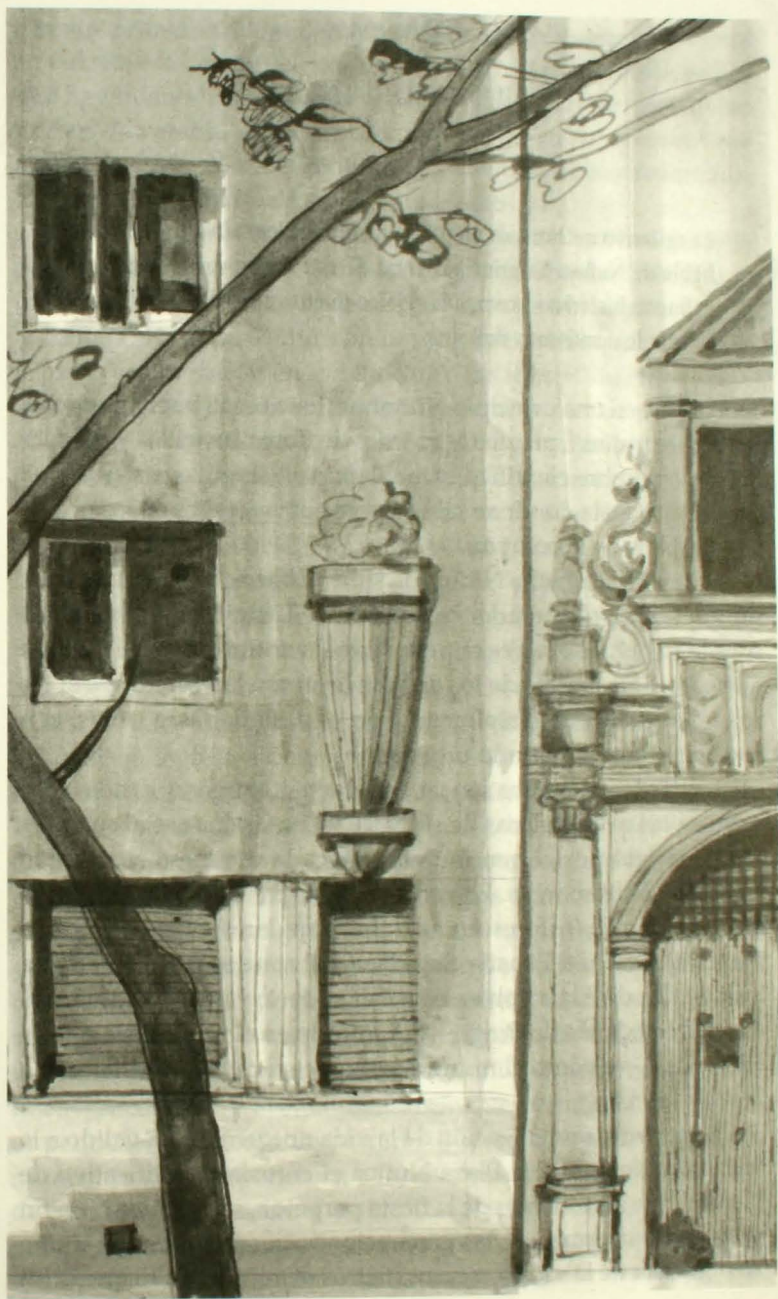
Para mucha gente, el recuerdo del Instituto Pedagógico tiene el sello invariable de la agitación callejera. Lo llamaron, como se sabe, el Piedragógico. Pero no hay que olvidar que también se lo conoció como Pedantógico y que tenía una biblioteca admirable. Todo se acabó a fines de 1980: los viejos edificios fueron pintados de blanco y azul, arrancada de cuajo la vegetación tupida y dispersado el alumnado hacia extramuros. De cualquier modo, las protestas del 83 tuvieron en la zona uno de sus epicentros. Tomando palco en el alto ciclotrón de Ciencias era posible contemplar cómo se movía la historia, entre peñascos y bombazos lacrimógenos. Al año siguiente la cosa emocionaba menos. Los carabineros actuaban con poco entusiasmo y los revoltosos les recitaban la tabla del uno, para irritarlos. O hacían mofa a gritos de las expresiones carabinerescas "negativo, afirmativo". O simplemente exigían en coro: "¡Queremos represión!".

Nunca terminó Rodrigo Lira —alumno de carreras varias— su novela del Pedagógico. La protagonista era una obesa estudiante de ciencias, adscrita a un grupo revolucionario trascen-

dental. Terminaba instalando un bomba atómica en el patio del recinto. Rodrigo experimentó el Pedagógico —según sus propias palabras— como su “nicho ecológico”. El lugar cumplía en parte sus necesidades de información, alimentación y vida social. Llegó incluso a cultivar tomates enanos en un traspatio.

Ciegos de todos los rangos deambulaban por los senderos encementados del lugar. Todos ostentaban esa particular buena educación, esa ecuanimidad del ciego. Uno de ellos llegaba por la entrada “de atrás”, siempre clausurada. Tiraba los cuadernos y luego escalaba la reja de tres metros. A otro le habían puesto El Radar: movía la cabeza en círculos mientras caminaba. Cuando entraba a la biblioteca se producía una discreta estampida de usuarios, porque tenía la costumbre de acercarse a quien detectara para pedirle: “¿Me puede leer los títulos de esta estantería, por favor?”.

Había también algunos personajes aislados, autosuficientes, extrañísimos. Uno de ellos, gordo y desaseado, pasaba regularmente con un atado de cuadernos sebosos y barba de cuatro días. Se lo suponía anarquista. No se relacionaba estrictamente con nadie. Usaba un abrigo tosco, que también es probable que le sirviera de frazada. Producía misterio: al verlo, era inevitable especular sobre su intimidad. Hay testigos de un tropiezo lamentable en su vida. Una noche lluviosa de viernes (invierno de 1980), el anarquista salía de clases. Entumecido, apretando el leal abrigo, enfiló bajo la lluvia fría, seguro quizás de encontrar compensación a esta penuria en el anafe de su pieza de pensión, en su café, su marraqueta y su ropa seca de cama. Se detuvo en el semáforo de Grecia con Macul. Cuando dieron la luz verde, apuró un paso seguro sobre las hojas atascadas en la cuneta. Hizo esto y desapareció en el acto: se lo tragó un desagüe asqueroso que las traicioneras hojas cubrían del todo. Durante un minuto —hasta que sacó la cabeza— la gente pensó con terror que el tenebroso alcantari-lado se lo habían llevado para siempre.



ÑUÑO A

DE ÑUÑO HUE A ÑUÑO R K

La agitación nocturna de un par de cuadras ha logrado que otra vez se hable de Ñuñoa. La principal plaza de este barrio-comuna, con sus palmeras históricas, acompaña al jaleo con una suburbana indiferencia, por lo demás muy ñuñoa.

Ñuñoa fue en un principio Ñuño hue. Esto es, en buen mapuche, "lugar de ñuños", plantas herbáceas de flores amarillas y escarlatas cuyo nombre científico es, hablando en singular, *sisyrinchium ñuño colla*. Hasta donde se sabe hoy ya no hay ñuños en los poblados jardines de la comuna.

Desde hace mucho Ñuñoa ha sido un barrio a escala humana; burgués, despreocupado y ecuménico. Tiene la cuota justa de ruralidad que uno necesita para vivir sin entrar en conflictos con el medio. Si las raíces de los árboles levantan las veredas, o si las rejas de madera se desploman bajo el peso de las glicinas, son problemas no demasiado urgentes.

Las tardes en Ñuñoa son verdaderamente largas, y a cada tanto se ve en las calles hileras de sillas de viena secándose al sol.

La religión es el pan ñuñoño de cada día, pero siempre al ritmo de contramarcha. La veneración de Santa Gemita adquiere una vez al mes fosforescentes tintes populares; el muecín de la mezquita de Chile-España eleva la voz al atardecer para inducir a los devotos de Alá a volverse hacia La Meca; y unas cuadras más allá, el Niño Jesús de Praga —empotrado en el muro de la iglesia lefrevista— ve cómo el mundo prosigue su carrera indiferente a la misa latina.

La reciente revitalización de la vida nocturna le ha valido a la franja occidental de la Plaza Ñuñoa el entusiasta calificativo de Ñuño r k. En los altibajos de la fiesta perpetua, se produce cada fin de semana la danza de las generaciones: cuarentones con moño se regocijan de la vida a escasos metros de niñas de 13 que exhi-

ben sus primeros maquillajes, y más de algún teatrero confirma en terreno eso de que "la vida es un teatro". Hay que decir, eso sí, que hay buenos restaurantes y que la zona es, sobre todo en las noches de verano, agradable. Se puede estar un tiempo más que prudente sin que aparezcan mimos o poetas por las mesas desviando la atención hacia sus asuntos creativos.

Hace exactamente cien años, Luis Gregorio Ossa donó el sitio para que se hiciera una plaza junto a la parroquia. Ossa era el dueño de la chacra San Gregorio, cuya construcción principal es la actual Casa de la Cultura Ñuñoa. Las palmeras que flanquean la plaza ya eran viejas en esa época. En los años 50 de este siglo se usaba poner un escudo chileno en la punta de una de ella para el 18 de septiembre. De esto se preocupaba principalmente un tal Negro Aguirre, despótico profesor de un liceo cercano que elegía de entre sus alumnos al encargado de subir el emblema. Cierta vez un colegial —atacado de pánico— se paralizó en las alturas. Nadie sabía qué hacer. Aguirre le gritaba: "¡Apúrate, Camberra!" (el Camberra era el avión más rápido de ese momento).

Como todas las avenidas santiaguinas, Irarrázaval sigue el trazado primitivo de un camino colonial, por el que se accedía en somníferas carretas a los dominios de Arrieta y de Egaña. María Graham —la viajera inglesa— anduvo por ahí un fin de semana, y vio sementeras de trigo y bosques de olivares. Mucho después y durante largo tiempo, un ferrocarril de sangre (es decir, tirado por caballos) cubrió diariamente la distancia entre las actuales Portugal y Avenida Ossa. La Plaza Ñuñoa era su penúltima estación.

Este rústico transporte se consideraba "algo propio de Ñuñoa" y su existencia fue bastante accidentada. Por su desmejorada condición, a los caballos la prensa los llamaba Rocinantes. Una vez, sepa Dios por qué, el convoy fue apedreado cuando el cura local iba en su interior. En otra ocasión —"a causa de una mala maniobra"— se cayó a una acequia con Rocinantes y todo. En 1895, ante el penoso espectáculo de carreras desbocadas y atropellos, el municipio decidió poner fin a los excesos: prohibió el consumo de alcohol en los carros y limitó la velocidad del tren "sólo al galope natural de los caballos". Para muchos, el viaje perdió prácticamente todo su encanto.

TOBALABA

RECUERDOS DE TODALAGUA

Remota es la memoria de esta calle peculiar, que se pierde en las lejanías de Peñalolén a la vera del imperturbable Canal San Carlos. En los años 30 fue la frontera oriente de Santiago: hasta ahí llegaba la urbe y ahí empezaba el campo. Los vaivenes de la locomoción le han dado famas diversas a través de los años.

Algo de sus orígenes silvestres ha persistido hasta hoy en toda la extensión de la Avenida Tobalaba. Edificaciones, remodelaciones, pavimentaciones y planos reguladores no han logrado omitir totalmente la presencia del campo en esta calle vieja y ribereña. De noche, los sauces que flanquean el Canal San Carlos se vuelven fantasmales entre los faroles. Del canal suben olores mezclados de desagüe y de putrefacciones vegetales. Los tenebrosos guarenes se enseñorean a esa hora y de vez en cuando deciden visitar las casas del vecindario. A veces mueren en extrañas circunstancias y se los encuentra por las mañanas a medio camino, tumefactos.

Tobalaba o Tobalahue fue la designación indígena para un gran territorio de límites variables que conectaba las actuales Las Condes y La Reina. Fue rancherío de indios y posteriormente encomienda y "chácara". Es sabido que La Quintrala fue propietaria de la hacienda. Los apellidos de los sucesivos dueños se repiten actualmente en las calles de las proximidades: Alderete, Larraín, Sánchez, Ossa.

A principios del siglo XVIII ya casi no quedaban indios en Tobalaba. El encomendero Antonio Carvajal y Saravia se llevó a los últimos a su estancia de Quillota, a la fuerza. René León Echaiz consigna estos datos en una de sus investigaciones.

Entre los primeros españoles, el sector se había hecho imprescindible desde un comienzo por sus vertientes naturales, gran alternativa a las aguas del Mapocho, teñidas frecuentemente por la *polcura*. Ya en 1577 se trazó un cauce que traía el agua de

Tobalaba hasta un estanque que se levantó al oriente del Santa Lucía. Desde ahí, una acequia la llevaba por Monjitas hacia la Plaza de Armas. Es por esto que los santiaguinos de la Colonia conocieron la zona como Todalagua.

Hasta entrado este siglo, Tobalaba no era más que campo y aldea. El escritor Ricardo Puelma cuenta que era por entonces una proeza vivir ahí. El tranvía llegaba sólo hasta Los Guindos, y debía continuarse en un carrito de trocha angosta, “arrastrado por un caballejo anémico, que casi se caía de cansancio”. Puelma, por ganar tiempo, bajaba a su trabajo en bicicleta. Llegaba con las ruedas chuecas y los rayos cortados. “Un aristocrático compañero de oficina” le decía: “Si yo tuviera por fuerza que vivir en esa calle, más bien preferiría suicidarme”.

Cosa aparte fueron después las liebres Tobalaba-Las Rejas, que le imprimieron mucha —es decir, demasiada— velocidad al trayecto. Para los choferes, los tramos largos de la avenida eran una suerte de Indianápolis. En una perdida entrevista, a Alfonso Calderón le hicieron la consabida pregunta trascendental: ¿A qué le teme en la vida? Respuesta de Calderón: a la Tobalaba-Las Rejas.

Claudio Quintiliani fue chofer de esas liebres y campeón chileno de automovilismo “en la monomarca 2.000 centímetros cúbicos”. El periodista Hugo Marcone lo entrevistó hace diez años en la revista *Apsi*. Quintiliani se la jugaba los fines de semana en Las Vizcachas y en los días laborales seguía corriendo por Tobalaba. “Dentro del automovilismo local —confesaba— soy un tipo pobre, pero que manejando un water obtuvo un campeonato nacional. Por ahora, me dedico a entrenar trabajando”.

Según Quintiliani, los mejores pilotos del país estaban en la línea Tobalaba-Las Rejas. “Aunque a veces acelero más de la cuenta —añadía— no choco porque estoy seguro de lo que hago. Se me han cortado dos veces los frenos y he detenido la máquina a puro cambio. La última vez saqué aplausos de los pasajeros, igual que cuando salí campeón en Las Vizcachas”.

PLAZA EGAÑA

ZONA DE NADIE

Anarquizante y pendenciera, la Plaza Egaña no tiene en rigor nada que ver con su entorno inmediato. Con algo de barrio chino portuario, en este limbo santiaguino —sitio de trasbordo entre comunas populosas y distantes— todos van de paso: futbolistas, evangélicos, borrachos, amantes y simples despistados.

Extraño destino el de la Plaza Egaña. Para la mayoría de las personas no significa más que un lugar de tránsito, mientras que sus vecinos históricos no parecen demostrarle demasiado afecto (“ah, sí, bueno, la Plaza Egaña”, dicen cuando se los interroga, cerrando los ojos en un gesto de ilimitada paciencia). Pero así está la plaza, inalterable, como ha estado durante décadas: con su público flotante, sus fuentes de soda mortecinas, su Pollo Caballo, sus metafísicos paraderos de micros y su cine convertido en templo de canutos.

El gimnasio Manuel Plaza —triste edificio— es acaso un hito distintivo. Escenario y platea preferencial de las pasiones humanas, se le recuerda como el lugar del deseo en un programa mitológico de Televisión Nacional: *Tugar, tugar, salir a bailar*, sudoroso y popular concurso de bailes, con cámaras estratégicas dispuestas a ras de piso para proporcionar las mejores “tomas de calzón” a ritmo de cumbia. Conducía —cómo no— Juanito la Rivera, y se premiaba con ponchos de Poncholindo y con Sabrosalsa Deyco para un año.

En el gimnasio actualmente se alternan los mundos antagónicos del rock pesado sabatino y del baby-fútbol dominical. Los jugadores se quejan regularmente de las bolsas plásticas con restos de pringoso neoprén dejadas ahí por *thrashers* y otros contraproductentes. Como si fuera poco, los vecinos se niegan a devolver las pelotas extraviadas. Impedidos de dormir por los decibeles y madrugados a pelotazos, es fácil entender que estos ciudadanos hayan perdido por completo el humor.

Lo popular en la Plaza Egaña es la herencia de la vida campesina que animó —es un decir— la zona hasta hace 40 años. Los bares atendían de preferencia los fines de semana a los huasos que llegaban de Lo Hermida y Peñalolén. Muy celebrado era el servicio adicional de uno de estos tugurios: al final de la noche, el propio dueño —un español— iba a dejar en taxi a los clientes que terminaban en calidad de bulto.

En el sector también estaba el viejo cine Arrieta, con películas de Hugo del Carril, y poco más allá agonizaba un circo pobre cuyo número central era una fomedad mayúscula: un payaso que toreaba con un carnero.

Por ahí se empalmaba antiguamente con el Camino Real de Peñalolén, que llevaba al campo de quienes le dieron el nombre a la plaza, los Egaña: don Juan, el patriota, y don Mariano, su hijo y ministro plenipotenciario de Chile en media Europa. Este se encargó personalmente de enviar a su padre árboles europeos para el parque de la hacienda. Además, fue idea suya traer a Chile a Andrés Bello, su gran amigo en Londres. Dicen que fue en la arbolada propiedad de Peñalolén donde don Andrés compuso su célebre *Oración por todos* (“y en la aleve mordedura/escupe asquerosa hiel”). Y dicen además que cuando llegaba ahí —“buscando el olvido”—, Egaña padre advertía por carta a los administradores que mantuvieran a las mujeres a prudente distancia.

Hasta entrados los años 50 de este siglo, todas las mañanas llegaba hasta las cercanías de la plaza un carrito tirado por un caballo. Venía a buscar a las profesoras que hacían clases en la escuela rural, Peñalolén adentro. A veces el carro misterioso aparecía en las tardes, trayendo a una mujer marmórea y elegante. Se bajaba en la Plaza Egaña y tomaba el trolley de la Avenida Ossa. Nadie sabía quién era ni cómo se llamaba, pero llegó a ser para el vecindario un fantasma familiar.

Habitúes del mismo trolley era una dama con gabardina beige y zapatos de hombre a la que se apodaba “la lesbiana camello”, y un francés muy poco recomendables que —sin sacar jamás los ojos del diario— hacía crítica de costumbres en voz alta, fustigando al resto de los pasajeros.

CANAL SAN CARLOS

MISTERIOS DE AGUAS TURBIAS

La memoria agrícola y policial de Santiago se encuentra ligada a este canal de agua café y turbulenta. Fangoso y traicionero, el zangón volvió fértiles hace siglo y medio tierras de secano. Hoy sigue ahí, a vista y paciencia. De vez en cuando alguien va a caer a sus fauces, para contento de la crónica roja.

Bordeado alternativamente de sauces, de rejas o de paredones, el Canal San Carlos es uno de los lugares espiritualmente turbios de Santiago. En los diccionarios de los sueños debería ser un símbolo cierto de la muerte. Uno de sus enigmas atañe, por de pronto, a la hidráulica: todo cuerpo que resbala hasta sus aguas es necesariamente chupado hacia abajo y no se le ve más.

Hace ya algunos años, el biólogo Humberto Maturana recibía a sus nuevos alumnos con una prueba de diagnóstico. En ella hacía referencia a un cuero que —según la gente— habitaba en el fondo del canal y que vagaba por ahí esperando que cayera algún desgraciado, para comérselo. Los alumnos debían establecer si el cuero era o no un ser vivo.

Todo esto llama la atención sobre el patético rol que ha tenido el sombrío canal en nuestra historia urbana. En su monótona existencia —de vez en cuando alterada por drenajes o aluviones— ha hospedado decenas de cadáveres. Los casos son incontables. Entre los más recientes se anota la estúpida muerte de una prostituta del sector Apoquindo, que una noche —hará unos cinco años— se trenzó en una discusión con un cliente ocasional. Envalentonado por las libaciones, el tipo la cacheteó, forcejeó con ella y de repente la mujer “se le cayó” a la helada corriente nocturna.

Un tiempo después, el sicópata que descuartizó a una bailarina del topless Unicornio tuvo a bien depositar la cabeza de la víctima en el limo del Canal San Carlos. Cuando drenaron un sector buscando la cabeza, las pesquisas dieron con un hallazgo

adicional: el cadáver de un hombre de 60 años enredado en las ramas de un árbol sumergido.

Más de alguien se acordará también del misterioso carabineiro Cisternas, punto fijo que una noche de agosto de 1947 desapareció inexplicablemente del portón que vigilaba. Fue encontrado varios días después por unos chacareros, atascado en las aguas del canal, cerca de la Avenida Ossa. Aún vestía el uniforme verde institucional, con capote, polainas y luma. Tenía los tobillos atados con alambres, las manos amarradas a la espalda y un pañuelo atravesado en la boca. A pesar de todo, había ciertas pistas para pensar en el suicidio. Un diario de vida encontrado en el camarote del carabineiro lo sindicaba como miembro de una organización política secreta, "de alto nivel". Expertólogos añadieron un complicación más: al parecer el hombre escribía su diario por adelantado. Es decir, primero redactaba y después vivía. Otros vestigios —cartas de amor de una tal Betty cuya letra era idénticas a la de las cartas de un tal Raúl— pusieron otro ingrediente en la maraña: ¡tercer sexo!

La construcción del canal es una novela de costumbres: duró un siglo entero, la mayor parte del cual estuvo consagrada a los peleos. Cuando el Presidente Avilés quiso retomar en cierto momento las obras, éstas estaban tan olvidadas que debió ordenar pregones públicos para que quienes supieran algo de los antiguos trazados los pusieran en conocimiento de la autoridad. Uno de los ingenieros contratados, Olaguer Feliú, que venía de levantar los célebres castillos de Cartagena de Indias, resumió así su experiencia en 1809: "Yo estoy admirado de tanto escribir, tantos expedientes, traslados y cuentas para una cosa tan trivial, tan llana y tan sin disputa".

La apertura del canal fue absolutamente benéfica para la ciudad. Se conjuró con él al inestable Mapocho —raqúitico en verano, salido de madre en invierno—, se fecundaron las tierras y aparentemente se combatieron las enfermedades que —"originadas en la sequedad de la atmósfera", según el Cabildo— mortificaban a los santiaguinos.

EMILIA TÉLLEZ

RASPANDO LAS MURALLAS

Fronteriza entre La Reina y Ñuñoa, esta zona desdice la burguesa y reposada cotidianeidad de su entorno. Pasada la hora de almuerzo, diariamente se reproduce en sus laberintos la transaca de la droga. De noche la cosa prende, se pone espesa y tiene como protagonistas eternos a *dealers* esquineros, compradores y grupos de control.

No es tan raro encontrarse en Santiago con pequeños barrios incrustados en otros de diferente catadura. Es el caso del sector bien conocido como Emilia Téllez, una de las zonas vivas del comercio de drogas actual, en la franja oriental de Ñuñoa. Se trata, como todo el mundo sabe, de un paisaje particular: un cónclave desigual de casas pareadas y de bloques de edificios uniformes, en cuyos interiores (de televisores perpetuamente encendidos) se realiza el diario menudeo de la marihuana, la coca y otros productos.

La vida tiene en la barriada un tono del todo distinto al ñuñoíno. De hecho, las mañanas son muertas. Un pool, una botillería, un boliche de video-games y una fuente de soda de la que salen aromas espesos a comida comienzan a dar la bienvenida al día más o menos como a las once. Es la hora en que se asoman las viejas, azumagadas y chasconas, con bolsas de malla para las compras. Predeciblemente, la mitología —que nunca duerme— señala a las ancianas como el poder que mueve los hilos de la droga en la sombra. Las han visto, entre bacinicas y goteras, despacharse bandejas de camarones ecuatorianos y botellas de vino Finísimo.

“Pajarito nuevo siempre paga el pato”, advierte un usuario de estas laberínticas callejas. Se refiere a la posibilidad cierta de que el *dealer*, contactado al vuelo en alguna esquina, desaparezca con la plata. Las esperas de los compradores —o *pilotos*— pueden llegar a ser simplemente infinitas y en ese lapso puede pasar cualquier cosa. Una dosis de angustia para estas personas la ponen

detectives y carabineros, merodeadores muy frecuentes del sector. En el dialecto local, a estos últimos los llaman *la yuta*, o *la patá*. En febrero de 1996, el televisivo comisario Vallejo ordenó una operación peineta en el sector, iniciativa que culminó con varios vecinos entre rejas.

Dicen los conocedores que la traición es una moneda corriente en estas transacciones. Puede venir en cualquier momento y de cualquiera de las partes. Se ha dado el caso de muchachones que han llenado botellas pisqueras con agua para después cambiarlas por mercancía (los traficantes son proclives al trueque: los compact-discs, la ropa cara y los artefactos los trastornan particularmente). Pero lo más seguro es que el perjudicado por las engañiflas sea el piloto en cuestión: si no está lo bastante despierto, en una de esas le pasan coca adulterada con sucesivos añadidos —desde anfetaminas molidas hasta “raspado de murallas”— o una nefasta marihuana prensada con neoprén.

¿Se llamará *chamico* todavía a la marihuana de pésima calidad? En 1981, Rodrigo Lira fundó el Grupo Chamico, con conexiones en Valparaíso. Se trató de una parodia del frente literario chileno de los años cuarenta bautizado con el mitológico mote de La Mandrágora. Técnicamente, el chamico es la *datura stramonium*, mala hierba crecida en los campos y a la que las vacas le hacen el quite por sus efectos tóxicos. En un panfleto difundido por entonces, Rodrigo incluyó la fotografía de un sujeto que se desgañita en un grito feroz, con la lectura: “El Ñato Neira, poeta del Grupo Chamico, profiriendo incoherencias bajo los efectos de la droga”. Tras la muerte de Lira, uno de los escasos miembros reales del grupo en cuestión se tomó un cocimiento de hojas de chamico. Los efectos fueron para no contarlos: enrojecimiento del iris, dilatación de la pupila, sensación pronunciada de angustia.



PLAZA LAS LILAS

NUNCA EN DOMINGO

Según la hora y el día, va cambiando la cara de esta plaza, que en dos grandes manzanas reúne un jardín "introvertido", un parque inglés y una meseta para juegos infantiles. Los nuevos edificios circundantes proporcionan cada vez más expansivos usuarios.

Un conocido epistemólogo ha observado que los ovnis hacen siempre sus apariciones en los lugares más aburridos del planeta. Se atreve a predecir que algún día lo harán en la Plaza Las Lilas.

La exageración hay que tenerla en cuenta. Al menos en su faceta dominical, esta plaza —que en verdad se llama Loreto Cousiño— es un compendio de la lata en formato de jardín. Aburrimiento, eso sí, humano, demasiado humano. A la hora de la siesta, mientras el sol es un guatapique sobre el asfalto, todo se hace ahí con estricto apego al libreto del esparcimiento familiar: futbolistas de ocasión, con sus feas sudaderas, se desgañitan en discusiones reglamentarias; niños con casco se ejercitan en el arte del bicicross; grupos de familia (que no excluyen a perros espasmódicos) se distribuyen desordenadamente sobre el pasto radiante.

Al frente, uno quisiera —por simple e ingenua identificación— refugiarse en el Shakespeare, pero las rejas del local están echadas y a través de los vidrios se alcanzan a ver unos escudos de armas un tanto escabrosos. Del interior del cine Las Lilas, para mayor abundamiento, sale una emanación a cabritas digna de la feria de juegos de El Quisco.

El cine sigue teniendo preponderancia en la vida del barrio. Las señoras, sobre todo, son fieles a la cartelera. Llueva, truene o exhiban *Asesinos por naturaleza*, se presentan sagradamente a la vermouth con sus altos peinados perjudicando a esa mayoría silenciosa: la de los lectores de subtítulos. Y con el cruncheteo de los popcorns perjudican a quien todavía no se haya sentido perjudicado. Un joven de las inmediaciones recuerda con placer las

guerras de piedrazos que se producían hace años entre los cuidadores de autos y los muchachones que salían de la película *Gandhi*, aparentemente sin asimilarla del todo. Ahora, como entonces, las patotas juveniles se congregan en los alrededores por las noches. Los vecinos se quejan de que ponen botellas quebradas en los refalines para que los niños se hagan daño.

Hay que reconocer que un lunes por la mañana la Plaza Las Lilas cambia un poco el aspecto. El aburrimiento se hace habitable. La soledad deja ver el bosque (cedros, cipreses, olivos de Bohemia, ciruelos, un arce japonico) y el sol matinal hermana a los jardineros, a unos pocos ancianos y a más de algún ciudadano que ha decidido iniciar el día con un descanso. En todo caso, una extraña estadística nos informa que la mayor concentración de actividades se produce aquí a las cuatro de la tarde. De éstas, la preferente es "sentarse" y la que sigue es "conversar". El casillero "rezar" no merece anotaciones, mientras el pololeo se registra en horas más oscuras.

De un modo u otro, junto al desmadejado laberinto de rosas, es fácil entender los orígenes bucólicos de la Plaza Las Lilas: su pertenencia al fundo Los Leones, de Ricardo Lyon y Loreto Cousiño. Ella donó el terreno para la plaza y la iglesia de El Bosque, donde actualmente está su tumba y la de su esposo. Es una iglesia extraña, con minaretes y plafones. Una mezcla de Antiguo Testamento y modernidad rampante.

Dicen los primeros habitantes del sector que a mediados de los años 40 la plaza era un peladero y que las vacas de los fundos cercanos se metían a los antejardines a comerse el pasto. En ese momento la calle Carlos Antúnez llevaba el nombre de Margarita. De un día para otro le pusieron Invencible Armada. El martillero Ramón Eyzaguirre montó en cólera: "Al que le diga Invencible Armada, lo mato". Para dejar clara su opción, mandó a poner una placa de cerámica en la fachada de su casa en que se leía: Margarita número tanto. Nadie le hizo mucho caso, aunque algunos —inconsciente corrección histórica— empezaron a hablar de "Invisible Armada".

AVENIDA PROVIDENCIA

UN TOQUE DE DISCRECIÓN

A la sombra de sus plátanos orientales, la calle Providencia no progresa: madura. Unas pocas cuadras de café y comercio, edificios relativamente recientes y un incesante ajeteo humano le dan el sello a esta arteria, una de las más familiares, reconocibles y a escala humana de Santiago.

Providencia se llama así por un estricto azar: en 1853, cinco monjas canadienses de la Congregación de la Divina Providencia abandonaron Montreal rumbo a Oregón, al noroeste de Estados Unidos, donde pensaban establecer su ministerio piadoso. No pudieron: se enfrentaron ahí “a todo tipo de obstáculos y escarnios”, y continuaron el viaje hacia el sur en un vapor del millonario viñamarino Francisco Alvarez Condarco. En Santiago les fue mejor. La Beneficencia les compró una chacra al oriente de la ciudad, en la parte inicial del rústico Camino de las Minas. A fines de siglo habían construido un soberbio edificio de líneas romanas que se llamó Casa de la Providencia. De ahí se derivó el nombre definitivo de la calle. Hacia 1905 se insinuaba ya una población Providencia en las inmediaciones de Pedro de Valdivia.

Actualmente, en toda su extensión, y más que nada en el tramo que une Pedro de Valdivia y Los Leones, Providencia debe ser una las zonas más habitables de Santiago. Tiene el grado exacto de modernización, de elegancia y de descuido que uno requiere para no andar a tropezones con la vida, aparte de veredas sombreadas y anchas. En el Tavelli del Drugstore sigue operando por mesas y espejos ese deseo oculto de todo ciudadano: dejarse ver, mirar y ser mirado. Pero incluso esta actividad —tan santiaguina como el pelambre— se hace ahí con bastante discreción.

En Providencia da la rara sensación de que sobrara tiempo y espacio. Se puede pasear como un flaneur de fin de siglo, sin molestarle mayormente en buscarle explicación al inverosímil Monumento a la Lola y esquivando en slalom el feroz macheteo, endémico de la avenida. Por un decreto del cielo ya no se divisa un mimo infernal que se paraba hasta hace poco en la Plaza Lyon a imitar burlescamente —con hipócrita ternura— los movimientos de los transeúntes.

Lugares distintivos del sector hay muchos: desde el Villarreal, con su concepto ortodoxo de la once familiar, hasta la Pizza Nostra, con sus extraños asientos semicirculares y sus relojes con la hora de las capitales del mundo; desde el inveterado Kali, café de barrio con español en la caja, hasta los dédalos del General Holley, donde en una especie de boulevard helvético se congregan los árbitros de la moda. Nunca habría imaginado el general parlamentarista —que peleó contra Balmaceda en el 91— que cien años después su nombre se asociaría a faldas plisadas, canesúes y mangas tipo murciélago.

En los conflictivos tiempos de la UP, se podía ver en la televisión un aviso de la farmacia Andrade en que un mono animado —una culebra— anunciaba: “Y ahora también estamos en Providencia”. Al decir esto engolaba la voz del mismo modo en que el irreductible Firulete lo hacía para representar a su personaje Pepe Pato.

El cuento es significativo: en esos años solía identificarse a Providencia con un cierto modo de hablar. Lolosaurios de fuste aún en nuestros días conservan un sonsonete y un vocabulario salidos de las inmediaciones del Coppelia, zona epicéntrica de la Providencia de entonces (llamarle “palomas” a las mujeres es —en este sentido— un rasgo delator). Algo de esto se puede pesquisar en el audio de la película *Palomita blanca*, que muestra unas abismantes tomas de un Drugstore subterráneo, con libertarios posters sicodélicos y acrílico anaranjado a granel.

Todavía hay quienes recuerdan un episodio inexplicable que tuvo como escenario una vereda de Providencia, en pleno invier-

no de 1974, cuando el horno no estaba para bollos: un tipo caminó desnudo a través de una cuadra y luego se metió en un auto blanco. Fue probablemente el primer caso santiaguino de esa particular forma de exhibicionismo denominado *striking*.

PROVIDENCIA, 1897-1997

LA ESTRELLA DEL ORIENTE

De orígenes campestres y clericales, Providencia ha sido en un siglo barrio de extranjeros, de comerciantes, de educadores, de artistas, de empleados y de sicológicos, aparte de barrio-jardín y zona preferentemente "chic". Revisemos, a la luz de un libro de reciente aparición, algo de los inicios de la comuna.

La historia de un segmento de la ciudad bien podría constituir el trasfondo de un novelón a la vez realista y romántico, de sello balzaciano. Es cosa de asomarse y empiezan a aparecer los paisajes, los movimientos humanos, los destinos. Este año Providencia ha cumplido un siglo como municipio independiente, y el libro *Providencia, 100 años de la comuna* —de Ana Francisca Aldunate y Consuelo Larraín— puede entenderse como la mejor conmemoración posible. Atentas a los elementos que han ido configurado la identidad de la comuna actual, las autoras despiertan la memoria. El libro trae fotos (de este tiempo y del otro) y muchos datos de interés.

Providencia fue, desde siempre, una zona rural. A fines del siglo pasado —cuando se instaló ahí el Seminario Conciliar y las monjas de la Divina Providencia— no había sino huertos, chacras, sementeras y viñedos, aparte de unos terribles pobreríos en la zona surponiente, junto al Mapocho. Si bien los santiaguinos habían puesto de moda los paseos a los tajamares ("con fichú, miriñaques y polizón" en el caso de las mujeres) suponían que Providencia estaba lejos. En 1872, a propósito de la fundación del Hospital del Salvador —donde se enseñaría la medicina— un lector manifestaba su alarma en las páginas de *El Ferrocarril*: "Se tiene la torpeza —alegaba— de comprar un terreno que dista veinte cuadras de la Plaza de Armas, es decir, que va a obligar a los alumnos a tener un caballo o a pagar un coche para ir al hospital, gravamen que no merece la gloria de ser médico". En 1896, la ilumi-

nación de la comuna consistía en 33 lámparas a parafina en los lugares más concurridos. El concesionario Huerta cobraba cuatro pesos por lámpara y calculaba una rebaja si alguna se le apagaba.

El paisaje y las costumbres de antes son inimaginables hoy día. La Avenida Providencia era entonces un polvoriento callejón que se convertía en barrial todos los inviernos, por los desbordes de canales y acequias. La propiedad de la familia Infante —anexa a su molino— se distinguía por una fila de acacios eternamente blanqueados por el polvo de la harina. Y en la calle Manuel Montt, hasta entrado este siglo, campeaban las carreras “a la chilena”. En los días elegidos, según una testigo —doña Estela Armas Cruz—, se instalaban por la madrugada los puestos de pan amasado, mote con huesillos, pequeños y otros comistrajos criollos, amén de la chicha baya y del impenitente litreado. Patrones de los fundos aledaños —“respetados por el roterío”—, simples vecinos y el roterío en cuestión —campesinos de Las Condes y Vitacura— se congregaban para disfrutar de estas justas, en que los competidores huasqueban no sólo a los caballos patacones, sino que además lo hacían entre ellos. La cosa terminaba, por lo general, en borracheras y grescas, en las que también se veía involucrada la policía. Lo curioso es que de las ventas de alcoholes la parroquia de San Antonio deducía un 2 por ciento para combatir el vicio del alcohol. Un edicto municipal, en tanto, prohibía que en las calles de la comuna los vehículos sobrepasaran la velocidad “del trote de un caballo”.

Según nos enteramos, por último, en Providencia estuvo la primera cancha de fútbol de Santiago: la mandó a construir el arzobispo Larraín Gandarillas en el Seminario, donde había además una biblioteca de 30 mil volúmenes, incluidos algunos incunables. De este edificio eclesiástico no queda hoy más que la capilla de Los Angeles Custodios, llamada “el Vaticano chico” por los taxistas.

PLAZA DE LA INDIA

LA NADA

No es mucho lo que se puede agregar a la cotidiana irrealidad de esta plaza, incrustada en un vértice de Pedro de Valdivia Norte, entre calles saturadas de vehículos. Hay un misterio o una equivocación fundamental en su origen, algo que no nos ha sido dado dilucidar y que aleja de allí a la gente como de una maldición. Por el momento, sólo es posible aventurar conjeturas.

Hay lugares en el mundo cuyo destino no podrá quedar nunca claro. No se sabe bien para qué fueron concebidos y a nadie le interesa buscar una respuesta. Se ofrecen a veces con simpatía al transeúnte: tienen blandos senderos arcillosos para que corran los niños, bancos limpios y cómodos para los ancianos, jazmines y otros arbustos aromáticos para los enamorados, además de fuentes de amable murmullo y césped del mejor. Sin embargo, estos sitios permanecen inhabitados la mayor parte del tiempo.

Tal es el caso de la Plaza La India, en la avenida Santa María. Por algún motivo misterioso, este retazo urbano aleja a las personas. Da la impresión de haber sido construido sin ninguna necesidad, quizá por no desperdiciar un recorte de terreno que dejó un ensanche de calles. Chile —se dice— tiene señas de identidad arbitrarias con países distantes: con Inglaterra, con Japón, con México. Pero con la India no hay nexos visibles. Ni siquiera el clasismo, tan caro a ambas naciones, las acerca espiritualmente. El clasismo indio es demasiado taxonómico, demasiado trabajoso para la pereza chilena. Distinguir a un sudra de un paria y acordarse de que hay que evitar la sombra de uno de ellos es mucho pedir. Quien quiera conocer la India sin moverse de su barrio, que lea *Un bárbaro en Asia*, la gran obra de Michaux, o *La India eterna*, de nuestro Juan Marín, el que llega a testimoniar cómo un faquir callejero encantó una soga, la elevó hacia las nubes y se trepó por ella hasta que no se vio más.

Quizá ésa sea la función cultural de la Plaza La India, que pasado un cuarto de hora dando vueltas uno se aburre tanto, que necesariamente termina pensando en la India, repasando todo lo que sabe de ese país universal y remoto.

En la fuente rectangular que domina el recinto —enlucida con esas caluguitas azules que plagaron Santiago en tiempos de Frei padre—, unos chorros simétricos son lanzados hacia lo alto mediante pistones para caer sobre el agua quieta del estanque con un ruido continuo, de burbujeante eternidad. Los tres paladines de la India moderna vigilan el espectáculo, inmóviles, desde una especie de acuático proscenio: Nehru, Tagore, Gandhi, en sus encarnaciones escultóricas. El tercero está levemente adelantado, sentado en su posición favorita: la del loto.

La efigie de Gandhi se reproduce hoy por miles de esos posters en blanco y negro destinados a las piezas de los adolescentes idealistas, junto a otros hombres que el lugar común —que rara vez se equivoca— ordena admirar sin miramientos: Neruda, Martin Luther King, John Lennon, Chaplin, Violeta Parra. Incluso Borges ha aparecido por ahí con ese poema casi apócrifo de los helados que se tomaría si naciera de nuevo. Winston Churchill —cuya foto de seguro no adorna la pieza de adolescente alguno— se expresó así, parece, del venerado Gandhi: “Causa repugnancia ver a ese abogadillo sedicioso, raquíptico y semidesnudo subiendo las escaleras del Palacio de Buckingham”.

Pero volvamos a la Plaza La India, en cuyas soledades fueron elaboradas estas digresiones. Finalmente, algo sucede aquí, un hecho aislado que por único es impostergable consignar: dos sujetos pasan caminando en amigable charla. De pronto se detienen. Uno saca un libretto de cheques, el otro se agacha. El primero firma un cheque sobre la espalda del segundo, el que —concluido el acto— se incorpora, recibe el cheque que su amigo le extiende y se lo guarda en el bolsillo de la camisa.

Luego siguen caminando.

EL ARCO DE LOS FALSOS SUICIDAS

Este puente curvo de nombre inverosímil une la Avenida Santa María con un sector muy quitado de bulla del Parque Gran Bretaña. Se trata de una edificación rara, bonita desde lejos por su diseño simple, donde con bastante frecuencia ocurren hechos, si no extraordinarios, al menos de memorable peculiaridad.

Se podría decir que el puente Rac-Alamac es un ícono santiaguino, como la Virgen del San Cristóbal o el letrero del champagne Valdivieso, en la calle Rancagua. Al parecer su nombre —que podría evocar a alguna divinidad egipcia o azteca— es un retruécano armado con las iniciales de sus constructores o pontífices, aunque la gente se refiere a él simplemente como Tracalamaca. Hasta donde sabemos, es el único puente peatonal del Mapocho.

Quienquiera que se anime a especular sobre una “metafísica de los puentes” no podría dejar de lado este enigmático arco de concreto, elevado sobre un río famélico. En un momento en que Santiago se expande ferozmente y por tanto cualquier iniciativa urbana tiende a optimizar —así dicen— el tiempo de los traslados, llama la atención la supervivencia del Rac-Alamac, que demora al transeúnte y lo insta a la contemplación desde la altura.

Cada lugar tiene su karma, según sus posibilidades. El viejo Puente de Cal y Canto tuvo ánimas en pena. Llegó un momento en que nadie se atrevía a atravesarlo de noche por miedo a que se le apareciera el fantasma del corregidor Zañartu en su calesa o el demonio en persona. Se escuchaban también quejidos de todo tipo, ruidos de piedrazos y lamentables cadenas arrastrándose entre las sombras nocturnas. El Rac-Alamac es teatro frecuente de episodios inusitados, aunque de índole más terrenal. Veamos. Cierta noctámbulo, que lo cruzaba una madrugada desoladora, se encontró en la cima del puente con un grupo de festejantes. Habían puesto una mesa con mantel, descorchaban botellas y

apuraban unos canapés con manifiesta alegría. Alguien estaba de cumpleaños y nuestro testigo se unió a la celebración. Bebió, rió y lo pasó extraordinariamente bien. Nunca supo quiénes eran los comensales.

Ha habido también aquí estampas terroríficas: la de un suicida, al menos, que amaneció colgado una mañana, bamboleándose ante los ojos espantados de los automovilistas que bajaban por la Costanera. Luego se supo que se trataba de un estudiante universitario que junto a sus compañeros había decidido hacer una broma en el contexto de una jimcana u otra puerilidad por el estilo. El falso ahorcado pendía de un dispositivo oculto bajo su abrigo.

Otra de suicidas: un periodista se encontró una tarde de invierno —en plena cumbre del Rac-Alamac— con un joven atribulado, que se inclinaba sobre la baranda con el evidente propósito de dar un salto al otro mundo. El periodista, hombre humanitario al fin, se acercó al joven, lo tomó por el brazo y estuvo un rato —angustiante y eterno— desplegando en su oído todos los argumentos que se le ocurrieron sobre lo digna de ser vivida que la vida es. Lo invitó, incluso, a tomarse un café para conversar sobre el tema. En ese momento aparecieron unas personas y le agradecieron haber participado en una investigación sobre “cómo reaccionaba la gente” en casos como éste.

El poeta que conocemos con el pseudónimo de Ajens, tuvo a bien hace un tiempo presentar su primer libro en las alturas del Rac-Alamac. Fue un acto extraño, porque el viento se llevaba las palabras de los presentadores y las del propio poeta. Para realizar un lanzamiento literal, Ajens arrojó un libro a las aguas del Mapocho, pero el viento lo peloteó y lo depositó en la ribera, impidiendo la consumación del acto simbólico. Tiempo después, el autor se llevó todos los ejemplares de su obra a una parcela de Melipilla y les prendió fuego en un gesto de extremo arrepentimiento poético.



BARRIO EL GOLF

AIRES DE FAMILIA

Todo tipo de casas y varias especies de árboles dan hoy la atmósfera a este barrio concebido inicialmente como una ciudad jardín a las afueras de Santiago.

Uno de los 10 proyectos municipales que hace poco votaron los vecinos de Las Condes contemplaba la instalación de una red de alarmas que conectaría la intimidad de 50 mil hogares con una central de Carabineros. Costo del plan: mil millones de pesos.

O tempora, o mores, se podría exclamar con Cicerón. Entre los árboles dorados del barrio El Golf —el primero de la comuna— se mueven con automática parsimonia las cámaras policiales. Su ojo imperturbable neutralizó —en cuestión de meses— el comercio nocturno de travestis y otros hijos del lumpen. Cámaras y alarmas son nuevos órganos de nuestra vida urbana: un permanente desvelo y un sistema nervioso a punto de saltar.

¿Qué será hoy de La Muerta, belleza de ultratumba que solía pararse *after hour* en los semáforos de Tobalaba? El mito —tantas veces repetido en otras épocas y en otros lugares— la suponía hija de gran familia o esposa de un hombre acaudalado “del sector”. Si algún juerguista la subía a veces a su auto, era fijo que la bajaba media cuadra más allá. De eso hay testigos suficientes, aunque no explicaciones.

Curiosamente El Golf surgió cuando a mediados de los años 30 el centro empezó a hacerse un poco sofocante para la clase alta santiaguina. Mucha bullanga por todas partes, mucho meeting, disturbios, huelgas, onces populares y descontento general. Hubo iglesias donde se debió camuflar con pintura el bronce de las puertas, para no herir susceptibilidades. La movida hacia el barrio alto fue uno de los primeros gestos de autoconfinamiento de la vieja aristocracia, que volvía a sus orígenes campestres, y de la nueva, más ostentosa y deportiva.

El tiempo, cuando no refuta, ironiza. Un observador de hoy, caminando por Málaga o Alcántara, podría mirar con familiaridad lo que ayer era flagrante pretensión: las altisonantes fachadas pétreas, un poco fúnebres, de las mansiones chilenas.

Todo convive en el espacio común de la memoria: el precio y el desprecio, el cacique Apu Kintu y las boisseries de encina, las cómodas estilo Regencia y los carros de sangre. Donde hubo campo, hay ciudad; donde hubo peladeros, hay parques. Mientras tanto, un gaitero apura la mañana en la Plaza Loreto y unas alumnas del Villa María comparten en el pasto unos dudosos helados de manjar.

Las calles de El Golf encubren una novela histórica, cuyo plan hubiera interesado a Balzac. Hace 500 años, cuando los primeros españoles se asomaron por ahí, el trazado de Apoquindo era exactamente el mismo de hoy. La zona estaba dominada por el cacique inca Vitacura, nombre quechua que significa Piedra Grande. Algunos han querido que la piedra en cuestión corresponda al actual cerro San Luis, donde Vitacura asentaba su dominio sobre los mapuches, quienes optaron finalmente por asesinarlo. Motivos tenían: el hombre les daba un trato abusivo, colaboraba con los conquistadores y —se especula— había enterrado un tesoro con los tributos cobrados por El Cuzco.

Ricardo Lyon Pérez y Gertrudis Echeñique son otros nombres claves. La señora Echeñique —última dueña de la chacra San Pascual, al sur de Apoquindo— fue la viuda del Presidente Federico Errázuriz Echaurren, el “huaso macuco” que según Edwards Bello nos legó la frase “nunca falta el tontón con fósforos”. Su hija única, Elena Errázuriz de Sánchez de Loria, mandó a hacer el loteo, a diseñar el sector y a construir el parque que hoy lleva el nombre de su padre. Todo en familia, las calles de las proximidades rememoran al resto de la parentela: Renato Sánchez fue su esposo y Sánchez Fontecilla su suegro. Un vecino reciente, Augusto Pinochet, ha dejado una herencia algo más problemática: guardias armados y letreros con la prohibición de tomar fotos.

Lyon fue el último dueño de la chacra San Luis, que sus suce-

sores vendieron al Club de Golf Los Leones, fundado en 1910. Carmencita, Luz, Benjamín y otros nombres de confianza con que se bautizaron las calles recuerdan a descendientes suyos. El club permaneció ahí durante un cuarto de siglo. La entrada era por la sombría Avenida El Bosque y al fondo resplandecía una gran casa blanca, de madera. Cuando en 1935 se lotearon las canchas para construir el barrio, Ricardo Astaburuaga Lyon compró el sitio correspondiente al hoyo 1, donde tiempo antes se había coronado campeón de Chile. Levantó su casa de modo tal que su dormitorio —y, es más, la cabecera de su cama— quedara precisamente sobre el hoyo de la fortuna. Ahí residió hasta el día de su muerte.

EL BOSQUE NORTE

GULA Y CELULARES

En los últimos años, famosos restaurantes santiaguinos han ido trasladando sus locales a esta zona, y detrás de ellos, quizá por qué oculta conexión, han hecho lo propio muchos psicoanalistas. De ese modo, la oferta del sector cubre desde las tribulaciones del alma hasta los caprichos del estómago, aunque —la verdad siempre sea dicha— sin mayor onda.

Cualquier mediodía de semana, la vida fluye torpemente en El Bosque Norte, una vía poco aislada, fronteriza del barrio El Golf. En la esquina con Apoquindo, innumerables taxis se enfrascan en una permanente guerra de bocinazos y los motoristas de la Pizza Hut parten como almas que se lleva el diablo a satisfacer las premuras de los consumidores hambrientos. Cambalache mundano de signos y de símbolos, al parecer ya casi nadie se siente motivado por la italianidad de las pizzas, porque lo que ahí se propaga con gran despliegue es más que nada su virtual propiedad neoyorquina: la Pizza Hut ostenta la palabra “delivery” en su frontis y más allá la pizzería Sharro se autoproclama como “the best choice in italian food”.

Los puristas del idioma considerarán que el hecho es grave y a la mayoría de las personas les dará probablemente lo mismo. Pero de un modo u otro el caso corrobora la internacional tristeza de estas cuadras, su aburrimiento de aeropuerto. Pareciera que por estos pagos sólo sucede ese particular tipo de cosas que no amerita comentario alguno. De las oficinas de KLM —por ejemplo— salen unas turistas alemanas y se van con lentitud mirando los edificios con las bocas entreabiertas. ¿Qué se puede decir? De vez en cuando se escuchan conversaciones en inglés: chistes magros, celebrados con carcajadas estruendosas por los protagonistas chilenos de la charla, al tiempo que ejecutivos demasiado jóvenes pasan a todo vapor hablando del devaluó con el celular

pegado a la oreja. Por sanidad mental o simple decoro, el dueño del restaurant El Club (misteriosamente, la gente le dice *le clab* al establecimiento) solicita a sus clientes que dejen este adminículo en la recepción.

Es muy extraña esta compulsión por aglutinar en zonas acotadas todas las ofertas de un ramo, por armar ciudadelas en la ciudad, por hacer que todo se parezca lo más posible a Disneylandia o a Las Vegas. Se trata de una raza de ideas que a uno le entusiasman estrictamente cuando niño, lo que demuestra que la imaginación comercial es más exitosa mientras más infantil sea. No en vano el patrono del inverosímil Food Garden —una aglutinación dentro de otra— es un oso hormiguero inflable que se bambolea con gesto sonriente, y cerca de ahí, en el Don Carlos, un novillo embalsamado trepado en el techo recuerda a la clientela la especialidad de la casa. En el Pub Licity, entretanto, se llama la atención con unas pantallas gigantes y unos tarros de café también gigantes, mientras el Coco Loco muestra en su terraza un bote de pesca artesanal convertido en macetero.

De día y de noche, El Bosque Norte aporta una galería de los milagros a la mitología del macheteo santiaguino. Robustos lisiados se mueven entre los automovilistas con la seguridad de un propietario. Avanzan levantando las cejas y el dedo índice, como diciendo: “¿Está en condiciones de colaborar hoy? Le estoy dando la oportunidad”. Los fantasiosos aseguran que a estos mendigos los reparten en camiones y que son agentes de una empresa de captación de recursos. Otros juran haber visto que, cuando terminan la jornada, los niños que venden flores a la salida de los restaurantes se van a sus casas en taxi.

El amante del tedio puede volver en cualquier circunstancia a El Bosque Norte, incluso la mañana calcinante del primero de enero, el verdadero día de los muertos. Bajo la resolana, ni siquiera encontrará muchos vestigios de la fiesta nocturna: a lo más unas serpentinas rosadas en el suelo junto a unas flores convenientemente marchitas, y unas cajas de frambuesas podridas que unos mozos sonambulientos barren a patadas.

CAMINATA A APOQUINDO

LA RUTA DE LOS TIPÓGRAFOS

En estos días de stress, paranoias colectivas, apuros a discreción y saturado "parque" automovilístico, la experiencia deportivo-peatonal de un grupo de esforzados imprenteros —hecho ocurrido en 1906— puede llegar a ser conmovedora. El Apoquindo actual tuvo, como Santiago entero, un pasado bucólico, hoy impensable.

Al parecer, Apoquindo fue ya desde los incas una zona para paseantes y caminadores. Lo prueba el tambo —o posada de indios— que prestó servicios en la zona que actualmente se conoce como Lo Fontecilla. El tugurio establecido por las autoridades incaicas proporcionaba techo, abrigo, granos de choclo y charqui a los diligentes chasquis y al público en general.

Hasta entrado este siglo, las tierras de Apoquindo fueron el *locus amoenus* de Santiago. Particularmente célebres fueron unos baños sulfurosos en que nuestros bisabuelos buscaban solución a males tan diversos como la gota y el reuma, o que usaban para "robustecer la sangre, tonificar el cerebro y alentar el espíritu", según una inédita memorialista. Los baños estaban, según parece, cerca del Tropezón (anacronismo por bifurcación) que todavía existe en el nacimiento de la Avenida Las Condes.

Entre las páginas de una revista *Zig-Zag* de febrero de 1906 aparece con lujo de detalles la noticia sensacional de una caminata a Apoquindo. Caminata deportiva, es decir, competitiva, insólita modalidad de esparcimiento organizada en este caso por un cierto Club Atlético Imprenta Franco-Chilena. La crónica nos regala todo tipo de informaciones sobre el desarrollo de los hechos. Vale la pena revisarlos.

Los excursionistas se reunieron a las seis de la mañana de un domingo en la plazuela Vicuña Mackenna, a un costado del Cerro Santa Lucía. Sin demora, recibieron su numeración "por orden de estatura" y tomaron colocación según las órdenes del

juez de partida, a cuya voz, dada a las 6:50, se empezó la marcha.

El itinerario adoptado es cosa de asombro: en reconcentrado cortejo, los deportistas enfilaron por la Alameda, doblaron por la Avenida Vicuña Mackenna y por la actual Irrarázaval se internaron en el pago de Ñuñoa. De Los Guindos siguieron a Tobalaba y bordeando el Canal San Carlos llegaron a Apoquindo. Varios ciclistas del club El Cóndor, de bigote obligatorio y traje de campaña, servían de jueces de camino y de llegada.

Menos de tres horas después de la partida ya todo estaba zanjado. Los jueces-ciclistas se instalaron en el camino de Los Baños y desde ahí fijaron el orden de llegada. Sería injusticia histórica —vulgar ninguneo— omitir aquí los nombres de los ganadores: 1° don Arsenio Martínez, 2° don Alfredo Quiroz, 3° don Alfredo Manso, 4° don José Segundo Ojeda y 5° otro Martínez, don José Francisco.

Los premios fueron repartidos de inmediato: un reloj Waltham de níquel con cadena enchapada en oro, un par de colleras enchapadas en oro, un prendedor para corbata, un cinturón de cuero para caminatas y otro cinturón con cartuchera para caminatas.

“Después de bañarse y de tomar un ligero refresco, los excursionistas almorzaron en medio de grande alegría y animación, sin que se notara entre ellos el cansancio de la larga y rápida caminata. Se regresó a Santiago a las 4 P.M.”. “Tenemos conocimiento —continúa la crónica— de que varios otros establecimientos tipográficos llevarán a efecto, dentro de poco, caminatas como la ya descrita, porque bien comprenden sus iniciadores que este gremio necesita, más que ningún otro, de ejercicios físicos, dadas sus condiciones de poca actividad en el trabajo”. Inobjetable.

LA FRONTERA DEL CURACA

Una especie de Chile pujante y vertical ha querido instalarse en esta zona de paso, donde hasta hace poco había unas tenebrosas fuentes de soda para obreros, muy en disconformidad con el resto de la comuna. Si alguien quisiera insistir con la vieja idea de que Chile es un país de contrastes, un recorrido por este enclave de ruinas y novedades arquitectónicas podría darle más de algún argumento.

La parte occidental de Vitacura configura una de las zonas extrañas de Santiago. Un odioso recodo obliga a los automóviles y micros que bajan por Apoquindo a dar un paseo involuntario por una zona cuyo carácter más notorio es carecer de carácter. Si uno se interna en el lugar comprobará que el paisaje —por momentos— se parece a la visualización de *El proceso* que hizo alguna vez Orson Wells. Cuando el atardecer se pone marcadamente fantasmal, uno juraría que se le va a aparecer Tony Perkins corriendo jadeante por entre los escombros fronterizos.

Los amigos poner la vida chilena en metáforas se sentirán tentados de encontrar aquí una de las buenas. Por un lado relumbra la magnificencia de los nuevos edificios, sinuosos, espejeantes, en los que se nos insiste que habría que ver un nuevo Chile o un slogan semejante. Por otro, se impone la decrepitud del Canal San Carlos entre unos sitios pelados, de estériles terrones. En la calle Nueva Tajamar, los vidrios polarizados del World Trade Center reflejan la turbia actividad del desagadero del canal, con sus murallones de ladrillo carcomido y sus oxidados sifones decimonónicos junto a los que surge —porque Dios es grande— un dorado manchón de margaritas. El arqueólogo de ocasión podrá detectar por ahí incluso algunos restos en ruinas de la Compañía de Cervecerías Unidas. Un poco más allá, frente al Hospital Militar, subsiste un pequeño comercio que por su catadura recuerda al de calles como San Diego o San Pablo: ejuncados, com-

posturas de calzados, copias de llaves, tiendas de ortopedia y un restaurant El Campito con el lomo a lo pobre en "promoción".

Los teléfonos celulares agitan un poco la modorra matinal del Au Bon Pain de Nueva Tajamar. Suenan dentro de las carteras y entre los cafés que humean en sus depósitos de papel encerado. Para el que no provenga del mundo de los negocios las conversaciones no dejan de resultar intrigantes. "Tengo que hacerles sentir —clama una mujer— que mis productos son necesarios". Ulceroso trance. ¿De qué inutilidad se tratará? ¿Pinzas plásticas para tensar cortinas, un poderoso removedor de sarro de teteras, nuevas etiquetadoras retroactivas? En tanto, desde los parlantes, prosigue inalterable una banda de jazz. A las diez de la mañana tal trompeteo y tal tamborileo hacen una conjunción frívola, imposible de conciliar con la vida.

Finalmente, no está de más recordar que Vitacura fue pueblo de indios, dominado por un curaca o jefe incásico, que en este caso es nuestro conocido Butacura o Vitacura. El nombre (que originalmente significó Piedra Grande) le fue adjudicado al curaca en honor del Cerro San Luis, sitio donde ejercía su mandato. De este hombre se sabe básicamente que ejercía poder sobre una notable cantidad de caciques; que a veces cedía al despotismo (se cuenta de un canal que mandó a hacer para regar Conchalí: como no fue entregado a tiempo, por sus aguas corrió sangre de cinco mil aborígenes); y que "por ser indio peruano recibió con buen semblante a los españoles". Y una última cosa: muy poco después de la llegada de Valdivia, Vitacura fue asesinado, llevándose a la tumba —según dicen— el secreto del tesoro del Inca. En su totalidad, sus súbditos fueron reubicados en las inmediaciones de Quillota.

PARQUE LOS DOMINICOS
300 AÑOS DE INDULGENCIA

Donde se acaba Apoquindo y empiezan los cerros, aún permanece esta zona distintiva, que con su vieja iglesia y su feria de artesanos sirve tanto al que busca consuelo espiritual como al que necesita aplacar sus inquietudes folklóricas. El vecino reducto infantil Katylandia ha cerrado, para despecho de padres separados.

Dos tendencias espirituales han constituido la trama de las calles de Santiago. Una corresponde al casco antiguo, geométrico y regular, la otra, a los suburbios de caprichoso urbanismo. En esta última categoría —por cierto— hay que ubicar a Los Domínicos. Hasta sus propios residentes se pierden en sus calles sinuosas, inconstantes, cerriles. ¿Quién no se ha mareado dando vueltas en auto alguna noche, guiado tan sólo por esa estrambótica forma de certeza que Charles Peirce llamó “abducción” y que confianzadamente podríamos denominar “al achunte”?

Aunque hay al menos un lugar en esta zona al que se puede llegar siguiendo la línea recta: el Parque Los Domínicos. A su vera, la feria artesanal Los Graneros del Alba, ostenta el decanato del esparcimiento local. Contra toda prevención, uno termina entreteniéndose en el campestre desorden del recinto. Bajo polvorientos árboles y junto a amables acequias, locales de huasa escenografía exhiben una inimaginable diversidad de ofertas: muebles raspados, cerámicas musicales, policromías bizantinas, confites de La Serena, ocarinas, parafernalia mapuche, cuyes, gallos, papagayos y gallipavos. Además, uno puede pedir que le saquen el tarot o que le tomen una fotografía disfrazado de Napoleón, u observar cómo unos turistas rusos se zampan una empanadas de pollo con ají.

Por fuera se prolonga inhabitado el parque en cuestión. Pocas personas se animan a ocupar el pasto público. No hay siquiera esos futbolistas de ocasión con la camiseta de nylon de la U

encasquetada a presión en sus torneos. A lo más se ve por ahí un par de parejas ejerciendo el pololeo. Razonablemente, nadie parece tampoco muy interesado en utilizar cierta "cancha monumental de ajedrez", para piezas a escala humana.

El abandono se enseñorea también en las casonas anexas a la iglesia. Viejos corredores de facha colonial permanecen despanzurrados sin más habitantes que los chiflones. En un patio central aún está el monolito piadoso con su cáliz y su inscripción: "Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío. 300 años de indulgencia". Más adentro, una placa de marmoleta homenaja la viva memoria de doña Lucía Hiriart de Pinochet, mencionando su abnegación o una virtud equivalente.

Como es sabido, el inveterado Katylandia —a un costado del parque— ya no funciona. Hasta hace un mes fue el karma dominical de los padres separados y la Meca de los cumpleaños infantiles. El mito voraz ya proporciona versiones sobre el cierre de los juegos: una niñita se accidentó fatalmente. Un cuidador de autos dice que no, que simplemente se trató de mala administración, que incluso había un puro baño para hombres y mujeres. Donde los pequeños tiranos correteaban con los ojos lleno de gozo ahora hay sólo culebrones de tierra horadada. Las boleterías están cerradas, desmanteladas las sillas voladoras. Ni siquiera han dejado alguna cama elástica para solaz del paseante aficionado a los saltos compulsivos. Entre unos matorrales, un perro abatido sufre los tristes síntomas de una conjuntivitis, sin manos diminutas que ansiosas se aproximen a brindarle cariño.

Pero no hay que alarmarse: la alegría —como en el show de Bugs Bunny— volverá. Alejándose rápidamente, el cuidador de autos da la información a gritos: "¡Van a construir una pista de patinaje!"

LA DEHESA

LA VENGANZA DE LOS GUAYCOCHES

El entusiasmo por esta zona ha sido explosivo: casas de todos los pelajes se disputan cada centímetro de suelo, y a velocidad inaudita se estructura día a día una especie de ciudad aparte, que no desprecia cerros ni pedregales. El crecimiento de este reducto precordillerano ya va pareciendo hipertrofia.

Quienes viven en La Dehesa suponen que para el resto de la población es fácil orientarse en esas zonas de campestre desolación y dan por descontado que todo el mundo tiene permanentemente a la mano locomoción propia y —es más— moderna. Cuando hacen invitaciones dan referencias tan estrafalarias como El Estero de las Rosas o El Rebalse, y si a uno se le escapa un gesto de pregunta piensan que es broma.

Estas son calles muy propias del sector y en ellas uno puede confirmar a todas horas del día un tránsito incesante de jardineros, empleadas domésticas y obreros de la construcción. Los lugareños se ven poco, como no sea en la flamante zona de shopping, con Pizza Hut, Burger King, Redbanc y sistemas de autoservicio de lavado de automóviles, una incomodidad mayúscula inventada por sociedades más apuradas que la nuestra. En las calles dehesianas —incluso en las del muy privado Club de Golf— a cada tanto unos letrados nos recuerdan que hay niños jugando, aunque en la práctica no se vea ninguno. Novedosos lomos de toro —*sleeping policemen*, por decirlo británicamente— obligan a conducir a una velocidad de paseo.

Para los sociólogos —o quien sea que se preocupe de estas cosas— debe ser un misterio la moda de los barrios y sus paradojas. La Dehesa fue hasta hace poco —y sigue siéndolo— un sector bastante exclusivo, pero hoy esa exclusividad es el slogan comercial para su ocupación masiva. Los generadores profesionales de la ansiedad se desgañitan con ofertas de loteos, y las

palas mecánicas andan trepadas a los cerros abriendo calles y pasajes. Por otro lado, en cualquier parte del mundo es un rasgo de incivilidad construir ciudades puertas adentro, con fachadas grotescas, alarmas paranoides y guardias de punto fijo. La Dehesa combina esta modalidad con un discreto decorado de bucolismo chileno.

La palabra *dehesa* significa simplemente “pasto para el ganado”. Cuando Pedro de Valdivia se asomó por aquí, estas tierras pertenecían a una cacique —un tal Huara-Huara— y sus habitantes se autodenominaban guaycoches (“gente de la quebrada con agua”). Valdivia fue drástico: le arrebató la propiedad a Huara-Huara, trasladó a sus súbditos al vecino caserío indígena de Apoquindo y fundó la Dehesa del Rey, destinada a alimentar caballos. A fines del siglo XVIII, aparecieron en Peñalolén unos indios que decían descender de los antiguos guaycoches. La Real Audiencia los desalojó y de ellos nunca más se supo.

Por el trazado de la actual Avenida Vitacura funcionó durante cientos de años el Camino Viejo de la Dehesa, uno de los accesos al condado de Sierra Bella, mayorazgo notable de la Colonia. El catoliquísimo Pedro Fernández Concha —abuelo de Vicente Huidobro* y dueño de medio Santiago— adquirió la heredad directamente de las manos de la séptima y última condesa del linaje criollo. Nada de esto es visible en el pujante espectáculo de La Dehesa de hoy día. No hay rastro de guaycoches ni de condes, y los caballos se reducen a los del club de equitación o al que monta a ritmo cansino algún huaso indiferente a las pathfinders y a otros vehículos de gran equipamiento.

Casas: casas sí que hay por miles. Aparecen todos los días, con arquitecturas uniformadas a lo Barragán —enchapadas en estucos de pésimo gusto—, y se suman a las ya tradicionales de estilo

* El abuelo de Huidobro fue en realidad Domingo Fernández Concha. Ver “Schubert en el laberinto” (N.del A.)

californiano-español. Todo esto le da al lugar un innegable aire mexicano, lo que no debe sorprender: Joaquín Edwards Bello —años ha— ya había detectado en el pueblo chileno el gusto ancestral por lo mexicano. Y entre el pueblo y las clases dirigentes debe haber más de algún secreto conducto. Ya lo dijo José Joaquín de Mora en unos versos: "Futres por fuera/por adentro rotos".

LA REINA

DONDE EL DIABLO PERDIÓ EL PONCHO

Próspera e informal, esta comuna —que suele asociarse a una izquierda más o menos dorada— vive día a día la fábula de la ruralidad y el Internet. El buen pasar urbano y los terrones campestres son sus características más visibles.

Hace no mucho tiempo, se consideraba más bien una extravagancia que alguien se cambiara a vivir a La Reina. A esta zona rural, entre campestre y cordillerana, se le consideraba —en un sentido estricto— el lugar “donde el diablo perdió el poncho”. Unas micros rojas hacían a cada tanto el ascenso obligatorio por la Avenida Larraín, y entre sus pasajeros no faltaba el hombre de sombre de paja y canasto. Cuando en invierno pasaba por las calles del centro de Santiago un auto con el prototípico mono de nieve sobre el techo, se decía: “Debe venir de La Reina”.

Escribir hoy sobre esta comuna es tan complicado como orientarse por sus calles. Habría —en ambos casos— que pedirle ayuda a Erick Pohlhammer, el único reinino puro. El asunto es que no hay en rigor una La Reina, sino un conglomerado de arquitectura —y aún de culturas— distintas, en que conviven una cierta idea del buen pasar bucólico con una mitología de moteles, drive-in y discotecas. A espaldas de la Plaza Egaña, por contraste, internándose por la calle Blest Gana, se puede acceder a un sector cuasi ñuñoíno, con árboles podados y jardines de peluquería. Hay veces en que estas calles silenciosas se asemejan a un suburbio curicano, y otras al decorado de la película *El joven manos de tijera*. Da la impresión —sin duda falsa— de que todos sus habitantes son jubilados de las fuerzas armadas.

Pero otra cosa es La Reina profunda, allende el Canal San Carlos. Ahí las cuadras son cuadras de campo, los árboles añosos forman bóvedas de follaje sobre las calles y la numeración de las casas obedece a una lógica indescifrable. Las noches son sinies-

tras, al menos para un peatón despistado (lo que en verdad es en estos tiempos una redundancia). No hay taxis ni teléfonos en esa oscuridad. Amos y señores de los antejardines, los más horribles perros de Santiago sacan sus fauces al paso del medroso transeúnte, humillándolo con ladridos criminales.

Si bien hoy —según cuentan— La Reina es un reducto de “cierta izquierda acomodada” y ni siquiera tiene escudo de armas, en el pasado exhibió blasones de abolengos harto rancios. En principio fue una encomienda de indios llamada Tobalahue. Perteneció a Jerónimo de Alderete y después a Bartolomé Blumen, unos de los capitanes intrépidos de Pedro de Valdivia. Fácilmente aclimatado, Blumen castellanizó su apellido como Flores, se casó con una dama indígena —Elvira, cacica de Talagante, dueña de medio Chile— y se hizo terrateniente de la noche a la mañana. Su extensa hacienda de Tobalaba la heredó años después una descendiente muy famosa: Catalina de los Ríos y Lisperguer. Al parecer La Quintrala concentró sus perversiones estrictamente en sus tierras de La Ligua, porque en Tobalaba —lamentablemente para esta historia— no se registra ninguna. Sólo hay datos de una considerable y somnolienta producción de vinos, almendras, aceite, trigos, papas y porotos.

Por intrincados injertos entre árboles genealógicos de buena cepa, la hacienda de Tobalaba llegó a manos de Josefa Larraín de la Cerda, “religiosa profesa” que dejó la heredad en manos de su padre, don Santiago Larraín Vicuña. Este hombre emprendedor instituyó el mayorazgo en estas tierras y uno de sus parientes agregó después el título —también hereditario— de marqués de Larraín.

Se podrá adivinar que de Lo Larraín a La Reina hay sólo un paso en la pronunciación tan peculiar del pueblo, que quería mucho a don Santiago. Otra posibilidad es que la deformación fonética se haya producido por influjo del cerrado acento vasco. En cualquier caso, Bernardo O'Higgins puso fin a los títulos nobiliarios y la Constitución de 1828 disolvió el mayorazgo, pero los Larraínes nos han legado hasta hoy su impronta toponímica.



PIRQUE

EL DIABLO EN SU CASILLERO

En esta zona rural próxima a Santiago, la vida arrastra un leve dejo extemporáneo, muy lejos de otra bulla que no sea la de Grieg o Rachmaninov en conciertos al aire libre. Un proyecto de gasoducto ha llevado recientemente a Pirque a las noticias y a la confrontación de opiniones.

Pirque está a ocho leguas de Santiago, encerrado entre el Maipo y los cerros. Tiene su propio viento, el raco, que según algunos viene de la pampa y se filtra por los pasos cordilleros. El raco tiembla el invierno y abriga las míticas viñas de la zona: Santa Rita y Concha y Toro. Melchor Concha y Toro fundó esta última en 1833. Las bodegas donde madura el célebre Casillero del Diablo están hechas a la antigua usanza con ladrillos, cal y clara de huevo.

Parientes próximos de los Concha son los Subercaseaux, "esa raza encantadora". Por 1860, Ramón Subercaseaux hizo las obras de regadío que volvieron fértiles estas tierras de rulo por las que nadie daba un peso, y donde abundaban litros y arrayanes. Dicen que don Ramón hizo pacto con el Diablo para que Pirque prosperara. Hasta hace no mucho, un banco de piedra partido por un rayo se señalaba como el lugar donde el prohombre y el Coludo se sentaban a conversar. La cosa va más allá: se ha asegurado que una vez que Subercaseaux cruzaba el Maipo, bajó un carruaje negro con caballos alados y simplemente se lo llevó.

Tiempo después, otro Subercaseaux —Julio, recordado rastá— tuvo fiebres nobiliarias y modernizadoras: en unos meses echó abajo el pesado caserón de su hijuela Las Majadas y levantó el castillo francés en cuyo parque se hacen hoy conciertos al aire libre.

Rosita Renard —la pianista— ha sido para Pirque una especie de emblema. Se arranchó en un principio en una casita de ma-

dera, con techo de coirón. Después se mandó a hacer una casa monstruo, muy ajena a su estilo (sus amigos "se tomaban la cabeza a dos manos"). A ella le importaba un rábano la fama, y en general andaba más preocupada de los cultivos y otros asuntos campestres. Aun así, se la llevaron a tocar a Nueva York, al Carnegie Hall. Cuando regresaba a Chile, le pasaron un disco con la grabación del concierto, de la que la artista no tenía la menor idea. Escuchándose, no se reconocía: "Por Dios que toqué rápido, mijito", le confidenció al doctor Vásquez Friedemann. Una encefalitis letárgica le fue restando vida, pero incluso enferma se la veía viajar en un armatoste todos los días a Santiago, para hacer clases en el Conservatorio.

La luz polvorienta de Pirque ha sido perseguida por pintores de tono diverso: desde Juan Francisco González (visita habitual del fundo de los García-Huidobro, donde estaba la parra más grande de Chile) hasta el acuarelista Exequiel Fontecilla Larraín.

Notoriamente pirqueano (¿será ése el gentilicio?), el escritor Carlos Ruiz-Tagle llegó a compendiar una antología muy entretenida con datos y recuerdos del lugar. En una entrevista, Santos Rubio —payador ciego— le confió a Ruiz-Tagle un episodio rarísimo, cuando partió con otros entusiastas a las Mesetas de Aravena —cordillera adentro— para recoger un novillo que se le había muerto a "un caballero pobre". Llevaban unas botellas de vino que les había pasado una tal doña Lidia a cuenta de la carne. Se demoraron una infinidad y al llegar comprobaron que el botín estaba asqueroso. "No se aguantaba el olor. Le pegamos unas patadas en los cachos: estaban sueltitos".

El poeta aprovechó el caso para componer unas décimas rimadas.

Una ciudad abierta a los cuatro vientos

En una crónica de 1982, ese veterano del periodismo que conocimos con el pseudónimo de Panurgo, se sobrecogía estoicamente ante la remoción de los adobones de los pobreríos de cepa: “¿Ponerme a llorar, yo, a estas alturas? ¡*Vade retro* pesadumbre! —exclamaba—. Mi entereza me ha hecho pisar serenamente sobre muchas transmutaciones. Yo vi de este Santiago inquieto convertirse los adoquines en palimpsestos bajo espeso alquitrán, para enseguida ver aparecer sobre ellos a los abominables y soltadizos adocretos. Al mismo tiempo, sobre el tugurio, vi erguirse el atropello antiecológico de babilónicas construcciones. ¿Qué más me quedará por ver?”

La ciudad se transforma con indiferencia, sin grandes traumatismos, aunque es difícil definir en qué se está convirtiendo. En los viejos barrios empobrecidos, las iniciativas de inversión se hacen con el bolsillo perro. Según el mandato del mercado no podría ser de otro modo. Las emociones colectivas predominantes están a kilómetros de aquí, en El Golf (por segunda vez), hacia la precordillera y —recientemente— en los suburbios del norte. Los fatalistas piensan que los sectores antiguos de la capital serán en un tiempo no lejano caseríos uniformes. Que la vieja tristeza atmosférica de estas zonas —que ya tenía su pátina— será simplemente reemplazada por una de nuevo tipo, como de población venida levemente a más.

Hasta hace no mucho tiempo, en la esquina de Brasil y San Pablo hubo un monolito de cal y de ladrillos que marcaba el límite poniente de la antigua ciudad. El monolito lo instaló el Cabildo, en 1795, cuando se concluyeron las obras del Camino de Valparaíso, ordenadas por Ambrosio O'Higgins. Era costumbre antigua la de señalar ciertas distancias en los extramuros por medio de estas pequeñas edificaciones. Hubo monolitos en Vicuña Mackenna y Avenida Matta, como también a lo largo del

Mapocho, donde todavía quedan algunos, casi indistinguibles en medio del trajinado paisaje urbano de hoy.

El monolito de Brasil y San Pablo lo conocemos a través de nebulosas fotografías del tiempo ido. Hay por ahí una de 1890, en la que se divisa —pegado en los ladrillos, sin ninguna consideración por la memoria del barón de Vallenar— el afiche de un cierto Gran Circo Ecuestre Oriental, a cargo de “nueve eximios profesores”. Otra, de 1931, da cuenta de la construcción de las líneas férreas para el tranvía, que también son ahora cosa del pasado. Aquí se delata la catadura populachera de la zona. Los furtivos personajes que aparecen van sin corbata, tocados con revenidos sombreros tipo calañés, y pareciera que se aprestan a ingresar a los expendios cercanos para “enjuagarse el hocico” con un vaso de bilz o con un potrillo de chicha cocida.

Se sabe que los caminos coloniales fueron, en su mayoría, intransitables: verdaderos quebraderos para las cabezas de los comerciantes y para los ejes de sus carretas. El trayecto a Valparaíso era largo y, por cierto, penoso. El viajero debía suscribir un larguísimo desvío hacia el sur y entrar a la capital Melipilla mediante. La idea de O'Higgins de abrir una vía directa tuvo oposiciones de suyo irracionales, como todos los proyectos de bien público anunciados en esa era consagrada a la majestad del trámite. Al Camino de Valparaíso se lo llamó “la nueva torre de Babel”, en alusión quizás —piensa Vicuña Mackenna— a que O'Higgins conversaba con algunos de sus colaboradores en inglés. Ya a principios de este siglo se podía salir de Santiago a través de doce caminos públicos. La capital estaba —según una guía de la época— “abierta a los cuatro vientos”. Después estos caminos fueron absorbidos por los arrabales de viejo cuño. Es el caso de las actuales calles Exposición, Vivaceta, Independencia, San Diego y Portugal, entre otras.

La esquina de Brasil y San Pablo se ve en 1997 casi idéntica a la de la fotografía de 1931, salvo la desaparición del referido monolito y de unos caserones de pesadas techumbres, en cuyo lugar dormita hoy una bomba de bencina. Quedan, por testimonio, los

rieles de los extintos tranvías y al fondo las cúpulas de la iglesia de los capuchinos de la calle Santo Domingo, a metros de la cual Joaquín Edwards Bello vivió sus últimos años.

Como paráfrasis del demagógico enunciado "Madrid me mata", unos jóvenes bonaerenses de la pasada década acusaron un injustificado "Buenos Aires me aburre", para titular una revista de su responsabilidad. De Santiago, en este sentido, se podría decir que más bien satura y que todo santiaguino alberga el sueño de salir periódicamente de sus límites. Esto vale también para el cronista ciudadano. El mismo Edwards Bello lo señaló en alguna parte: lo apremiaba de vez en cuando la necesidad de huir, huir de la chimuchina céntrica, de la calle Cueto, de los humanizados perros callejeros, de los temas del día y de la "escupidera nacional" distribuida en las veredas desde temprano.

El poema más famoso de Kavafis advierte que es imposible salir de la ciudad: que donde uno vaya recorrerá siempre las mismas calles. Así como la psicología literaria ha definido una "casa-fantasma" en el alma de todo ser humano, se podría pensar que también habría una ciudad-fantasma, generalmente aquella en la que se ha nacido o en la que se ha decidido nacer. Santiago es, doblemente, una ciudad afantasmada, a causa de una endémica inclinación a la inestabilidad. El que quiera aproximarse a su pasado —y por tanto a muchas de sus conductas presentes— debe agotar los ojos en los archivos e invocar el ectoplasma de las fotografías.

Para los escritores argentinos pareciera tan fácil nombrar las calles, los barrios y los hitos de su ciudad. Si mencionan Rivadavia al 2.000 no deben incurrir en un acto casi iniciático, de bautismo, como pasa entre nosotros. Esto se debe al apego espiritual a un conjunto de señas de identidad, a una observación generalizada de las formas. Por algo Darwin opinó que el gaucho parecía siempre un *gentleman*, y el huaso —si bien preferible en ciertos aspectos— una persona trabajadora pero vulgar. Si uno va a tomar el sol al Jardín Botánico, en Palermo, y se ríe de las familias de gatos obesos que habitan el lugar con todo

desplante, se asombrará de que Roberto Arlt se haya reído de lo mismo hace cincuenta años.

Pero ya es hora de finalizar esta digresión nacida al pie del desaparecido monolito de Vallenary. Los copistas de la Edad Media —sabiamente— anotaban en los textos transcritos los momentos en que los vencía el cansancio. Lo mismo quiere hacer el redactor de estas páginas. Detener por un momento el flujo de las ideas y partir, quizás por San Pablo hacia el poniente, en busca de las cuevas silenciosas, de los paisajes abiertos y de las luces dispersas de los campos.

LISTADO DE ILUSTRACIONES

- Pág. 10 Iglesia de San Francisco
- Pág. 21 Vista del río Mapocho
- Pág. 30 Edificio de la antigua farmacia Bendtjerodt
- Pág. 41 Pilares del antiguo Congreso Nacional
- Pág. 50 Merced esquina Miraflores
- Pág. 62 Plaza de la Merced
- Pág. 71 Calle San Isidro
- Pág. 78 Fuente Alemana en el Parque Forestal
- Pág. 90 Edificio CTC en Plaza Italia
- Pág. 101 Avenida Providencia
- Pág. 112 Vista antigua del Instituto Nacional
- Pág. 121 Puente del río Mapocho
- Pág. 134 Detalle de bar santiaguino
- Pág. 151 Virgen del San Cristóbal
- Pág. 162 Vista de Calle Olivos
- Pág. 172 Quinta Normal
- Pág. 183 Calle Irene Morales
- Pág. 194 Plaza Las Lilas
- Pág. 206 Iglesia de los Santos Angeles Custodios
- Pág. 223 La chacra Subercaseaux

Otros títulos de la colección
MEMORIA DE CHILE

Carlos Monge
Carrera
El húsar desdichado

Juanita Gallardo
Déjame que te cuente

Pedro Steiger
La corona de Araucanía

Santiago de memoria



El autor vive —como usted, lector, o como todos nosotros— en el sofocante presente de Santiago con su a ratos enloquecido salto al futuro. Pero hay un escape: el de la memoria, que nos acerca a la ciudad, descubriendo el sustrato de sus calles y plazas, sus monumentos y rincones, y recupera lo que hay en ellos de secreto y entrañable. Rescata también —de su momento actual y de sus numerosos pasados— los personajes que compusieron y componen el entramado humano de la capital.

Este libro descubre algunas de las claves del reencuentro con nuestra ciudad.



9 789562 471855 >